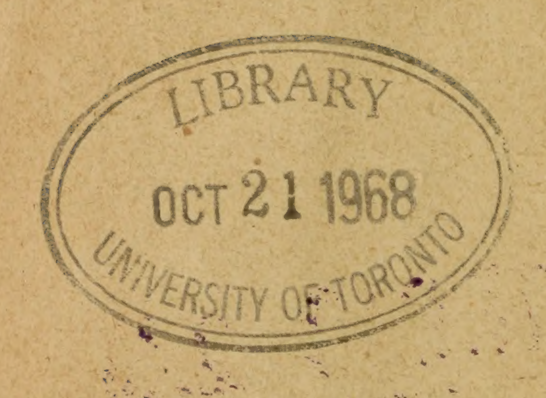


ALBERTO GERCHUNOFF

EL NUEVO RÉGIMEN



BUENOS AIRES
OTERO Y GARCÍA, EDITORES
856 - Calle Perú - 858
1918


LIBRARY
OCT 21 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

Al Cuarto Obscuro, fundamentalmente exigido por la ley, en cuyo rincón, lleno de discreta penumbra, legal también, se levanta la urna, imperante y enigmática.

Caja de Pandora de la democracia, destino invisible de las instituciones, suerte escondida del pueblo, su abertura es la boca de alcancia que traga la libra auténtica y la moneda mísera para devolver el caudal en sorpresas inverosímiles. De su fondo misterioso ha salido lo que tenemos hoy; de su fondo misterioso — si subsiste — saldrá lo de mañana, mejor, desde luego, por que será distinto.

Advertencia

Muchos de los artículos contenidos en este volúmen se han publicado en La Nota. Los demás son inéditos, salvo el primero de todos, que publiqué años atrás, en las columnas de La Mañana, en cuya redacción fuí por largo tiempo camarada de Francisco Uriburu y de Mariano de Vedia, condenados ambos a hervir en las dilatadas calderas bajo las cuales los ángeles redentores atizan el fuego divino de la purificación.

Confieso que la compañía me es grata. Quiero hervir con ellos. No me resigno a la idea de dejar solo a Francisco Uriburu en la tarea de decir cada día, en su periódico insustituible, de modo elegante y mundano, las cosas más corrosivas contra el apóstol excelente. No menos envidia me dá Mariano de Vedia. Espíritu exquisito, revestido de noble gracia y nutrido de bondadosa filosofía, nombre rico en la historia de la literatura y en la historia legislativa del país, su vecindad será saludable para mí y su acogimiento benévolo me

pagará la hostilidad, bien ganada, de los que hoy nos dominan con tan insondable frenesí.

Aquí acabaría el preámbulo si no me creyera en la obligación de advertir al lector que es este un libro patriótico. Lo es de la manera más absoluta. Más que un libro de crítica política, es un libro cívico. Los que me conocen, saben hasta que punto trabajan mi alma la emoción de la libertad y la emoción de la justicia. La libertad y la justicia están en peligro ahora. Por esto he pensado, y con razón, sin duda, que el hecho de ser periodista me impone el deber de no sustraerme a los debates diarios. Antes que nada soy ciudadano de la república. Heme aquí pues, en medio de las filas tendidas, ocupando el pequeño lugar que me corresponde.

El Profeta [1]

Los periódicos anuncian que don Hipólito Irigoyen hará un viaje a Córdoba. Naturalmente, no es una noticia definitiva, pues nada de lo que se relaciona con el señor Irigoyen puede tener tal carácter. Sólo sabemos —así lo susurran los cronistas más allegados al personaje—que la excursión a la ciudad universatiaria revestirá la importancia de una jira política; es decir, conversará con algunos delegados. Porque, el señor Irigoyen, a la inversa de todos los jefes de partido, posee el arte del silencio. Es un profeta que no predica, es un apóstol cuyos méritos singulares y cuyas virtudes más altas residen en un mutismo permanente y esquivo. Es el origen y la condición actual de su prestigio. Se nos ofrece, en este pueblo de oradores, como excepción sorprendente. No habla y dè ahí la sospecha generalizada de que piensa.

(1) He publicado este artículo, sin firma, en las columnas de *La Mañana*, el 3 de Febrero de 1915.

Pero si los metropolitanos estamos habituados a esa actitud constante y hallamos en ello cierto sabor, los cordobeses se desconcertarán, sin duda, ante este emisario supremo. Ni siquiera atinarán a reconocer en el recato de su conducta misteriosa a un alma plasmada en las páginas de "Los ejercicios espirituales". Esa vaga similitud con los que aprovechan la didáctica más vinculada a la índole social de la región, tampoco absolverá al señor Irigoyen, que se les presentará como un enigma sutil. Ellos saben que la popularidad de un hombre se funda siempre en la obra realizada. El señor Irigoyen disfruta de una nombradía universal en la república sin que haya contribuído a difundirlo caulidad alguna que justifique el auge de su personalidad. Sin embargo, no es posible desconocer su influencia omnímoda en la agrupación, su ascendiente indiscutible sobre los elementos directivos como sobre las masas anónimas. Es quizás, dentro de un límite partidario, el prestigio más incuestionable que ha revelado la historia democrática en los úlimos años. He aquí las reflexiones que se harán los cordobeses al intentar el estudio de esa extraña figura, que comporta a su vez un fenómeno raro de psicología colectiva.

Los adeptos del señor Irigoyen manifies-

tan hacia éste una veneración sistemática. Es el maestro y es el consejero, es el guía y el dictador. Así lo pintan en su dialéctica acostumbrada y en su entusiasmo fácil. Jamás han exteriorizado una opinión de este jefe. Sólo nos han descripto sus evasivas, que denuncian, según los interesados, una habilidad extraordinaria de caudillo y un conocimiento profundo de los que lo rodean. A pesar de esa falta de documentos sobre sus pliegues íntimos, no es absolutamente difícil determinar su verdadera fisonomía. El señor Irigoyen — digámoslo en síntesis — sabe utilizar el misterio que se le atribuye. Emplazado en su casa de la calle Brasil, otorga las audiencias y celebra conciliábulos. Coloca al visitante en plena luz y él se sitúa en la sombra. El visitante emite su juicio y el señor Irigoyen lo escucha. Al final, le asegura que opina de un modo análogo, si bien con cierta reserva. Y si desfila un centenar de personas traídas por el mismo asunto, considerándolo cada uno de una manera personal, el señor Irigoyen no dejará de encontrar un matiz de coincidencia, y así los más contradictorios expositores salen convencidos de que el pastor de la iglesia radical está de acuerdo con ellos, lo cual origina, tratándose como se trata de un partido sin ideas, un centro confluyente de

la opinión común. El que quiere un programa y el que teme los programas; el que afronta una cuestión y el que la elude, ven en las ingeniosas tangentes del señor Irigoyen un vínculo que reposa en una frase cuyo fondo es una vaguedad sibilina y profética. Su voluntad se impone así, paulatinamente, consolidándose a medida que se flexibiliza, pues se preocupa de dar al interlocutor la idea de ceder cuando en realidad lo somete. Y si el hecho es complicado, el señor Irigoyen se ausenta a su estancia. El señor Irigoyen no está. A su retorno se informa. Entonces lamenta lo ocurrido, mas sus secretarios ya han impuesto su deseo. Si hablara, si manifestara su pensamiento, su predominio se liquidaría en breve tiempo. Por eso no habla, y es porque no siente la necesidad de pensar. Los hombres discrepan en materia de ideas. No poseyéndolas, el señor Irigoyen reune en torno suyo a los más antagónicos. Este es el secreto de su prestigio en las muchedumbres. Además, es generoso, y se le ama. El partido ha contado invariablemente con su amplia y repleta cartera: mérito este que refleja en el autor de las dádivas una impresión de sacrificio por la causa, que lo engrandece ante los ojos ingenuos. Claro está, su apostolado no excluye las preocupaciones materiales. El pala-

dín sigiloso, el mudo anunciador de paraísos electorales, no descuida a sus buenos toros y a sus abundantes vacas. Los adeptos le llevan los datos oportunos y le tienen al corriente de las novedades del mercado pecuario, honrados con la confianza del prócer, el cual recibe los detalles con igual parquedad que una versión sobre el partido.

Desde luego, esto no tiene importancia en la vida del héroe. La gleba sufragante alcanza el perfil del que se "sacrifica" y los rasgos del espíritu singular que allana los obstáculos al extremo de sobreponerse a las intenciones ajenas y a los juicios disidentes. Lo admiran por ese vigor aparente de carácter, por esa robustez oculta de energía. ¿Es posible llegar a tan sonora eminencia sin un propósito filosófico, sin un concepto fundamental de estadista, sin una visión de conductor de multitudes? Si hacemos esa pregunta a sus partidarios de más inteligencia, nos dirán categóricamente que el señor Irigoyen es genial.

En efecto, ha mantenido la cohesión del radicalismo durante un largo trecho con esta frase sentenciosa y grave. "Hay que luchar por la libertad de sufragio". Ahora, el programa de la época de conspiración a base de comandantes veleidosos se ha substituído: "Hay que mantener la libertad de sufragio".

Pero no todos son muchedumbre, observarán. Es verdad. Conviene no ovidar que entre el señor Irigoyen y las filas populares se interpone el estado mayor. Este se halla compuesto por políticos, es decir, gente de sentido práctico, con un concepto utilitario de las cosas. Supongamos un legislador ilustrado. Este acata al señor Irigoyen porque el señor Irigoyen es el lábaro flamígero ante la masa y le conviene estar bien con el lábaro, que da, de reflejo, la popularidad, al precio de la acquiescencia invariable. El legislador aspira a que el radicalismo gobierne y por ende a ser ministro o a ser vicepresidente. Pacta, pues, con espontánea facilidad, ya que en el partido de los apóstoles se carece substancialmente de un sentimiento apostólico en política. Fingen la veneración y la admiración hacia su prohombre; son acomodaticios y manuables; son políticos y dentro del radicalismo como en sus ensayos efectivos de administración, restauran la oligarquía violenta combatida téoricamente en su propaganda. Esa es la situación y esa es la psicología del señor Irigoyen. Se conoce bien y se rodea de inferiores, asegurándose perpetuo acatamiento. Los que le superan no le acatan menos, y es por cálculo: no ignoran, con el viejo Vizcacha, la sólida conveniencia de estar en armonía

con el juez a fin de contar con el consabido palenque para frotarse los carnudos omoplatos.

Así es grande hombre. Hundido en el misterio, sujeto a un halo de niebla, se le puede atribuir ideas puesto que no las emite y es hacedero creerlo genial, puesto que se esconde y se escurre. Se concilia con el reaccionario y con el liberal, con el latifundista y con el progresista. Es elástico e inasible. Se recordará que ha escrito cartas famosas y telegramas notorios. Su estilo ofrece la confusión necesaria para evitar una intención definida. Luego, no se opone a la opinión de nadie. Logra con su literatura el caos de la mentalidad colectiva del partido, que se arraiga en una ausencia total de sintaxis y de pensamiento, estallada en relámpagos de esa fraseología que gusta a los cuarterones con bachillerato...

He aquí la raíz de su éxito. Hasta tiene el talento de contradecirse: coincide con el señor Menchaca, acusado de malversación, y con el señor Caballero que lo acusa. Es una ganzúa que sugiere la ilusión de una barra de acero.

Ahora va a Córdoba. Los casuitas de las arcaicas aulas verán en el glorioso viajero al casuista por excelencia; los impetuosos estimarán en el dirigente curvilíneo al cam-

peón invencible y audaz de las libertades públicas; los transadores orgánicos de la provincia se sentirán ante su jurisconsulto; los devotos sabrán que es clerical y los carbonarios recordarán su amistad con los anarquistas ingresados a sus filas.

Como no ofrece las dimensiones netas de todo volumen real, se acomoda a los aspectos más opuestos y esta es su cualidad inmutable...

La política del Sr. Irigoyen

—¿Ha leído usted el mensaje? — Es la pregunta que invariablemente se hacen dos personas al encontrarse en la calle, en el club, en el vestíbulo del teatro. No importa que el documento haya aparecido semanas atrás. Su actualidad continúa, su boga, un poco jovial, perdura como si lo hubiésemos leído en los periódicos de esta mañana. Es que, por primera vez, el señor Irigoyen opina y expone su doctrina de gobierno en forma pública. Este demócrata y este caudillo de multitudes, ha llegado a la presidencia sin habernos dicho su pensamiento, sin haber confrontado, con los demás demócratas y los demás caudillos de multitud, su manera de encarar los problemas internos y externos. Ha llegado a la presidencia silenciosamente, como un cura meritorio puede llegar al obispado, como un cadete laborioso puede llegar a la jefatura de un negocio. Ha procedido de un modo inverso al común en la vida política, que es sustancialmente de agitación,

de palabra en la bocacalle, de polémica y de pelea, de razón opuesta a la razón del adversario, de conquista del pueblo mediante la infatigable ostentación de un principio.

El señor Irigoyen no lo ha hecho así. Encerrado en la calle Brasil, en una planta alta, circuida de un viejo parapeto de fierro fundido y alguna malva y algún geráneo en el corredor, se pasó un cuarto de siglo, la cabeza en la mano, en actitud meditabunda, con los ojos vueltos hacia el techo. El señor Irigoyen meditaba. Cuando iban a verlo los que conocían su destino y confiaban en su misterioso horóscopo, le divisaban siempre en un rincón, veladas las pupilas, nimbado de atracciones arcanas. Oía a los tímidos visitantes, opinaba con ellos, valiéndose de esos signos breves y suficientes que caracterizan a los hombres sobre cuyas fuertes espaldas vuelca el porvenir sus designios impenetrables. Nunca se abrió su boca sino para decir cosas cortas y sibilinas. Desde el tiempo lejano en que usaba todavía, como casi todos los federales "netos y de color" las recias botas Mellier, contoneándose por los alrededores del antiguo Correo, desde aquellos días con olor reciente de Caseros, el señor Irigoyen venía siendo la promesa fecunda, la providencia futura de una clase social, ensanchada por el aluvión inmigra-

torio hasta tapar las demás clases de la sociedad argentina. Ya entonces se entendía tan solo con el horizonte y con el señor Crotto, sino el actual, el de espíritu equivalente, símbolo del estancierismo inmestizable, inavenible, a pesar del diploma y del bufete abogadil, con el frac y con el libro, con esa finura porteña que mezcla en su ingenio fácil y en su distinción auténtica, lo francés y lo español.

Grave, parco, hondo, el señor Irigoyen vivió una existencia apostólica y profética. Se le vió cambiar de posición con la misma rapidez con que el país cambió de fisonomía. Sin proferir un vocablo, ascendió, por virtud íntima, sin duda, a los puestos que se obtienen en las contiendas arriesgadas y ruidosas o bien por verdadera encarnación de grandes núcleos, por entronque oligárquico, que es, a pesar de la filosofía de los malos oradores, un rango gubernativo propio. El señor Irigoyen se vinculó así a hechos históricos y a la pequeña historia, hasta surgir en la imaginación de la masa como un ser extraordinario, de mentalidad cavernosa y de corazón puro, digno de representar esas aspiraciones populares que no son sino sumas de odio contra lo establecido, contra los hombres ocupados en su turno de labor. El señor Irigoyen asumió la jefatura de

esa vaga tendencia, que empieza en la inquina de barrio contra el juez de paz y concluye en el discurso contra el general Roca. Esa misma tendencia llevóle a donde está ahora. Pero, si pudo reducirse a un silencio preñado de tormenta cuando hacía gemir las botas Mellier, o cuando combinaba la revolución contra el gobierno de Quintana, flor del viejo régimen, su silencio, siendo candidato o presidente, resultaba, sino una calamidad pública como el del abate Sieyes, un enigma demasiado curioso. ¿Qué piensa el señor Irigoyen? ¿Qué dirá el señor Irigoyen? El señor Irigoyen nos dijo que haría un gobierno ejemplar. Los electores lo creyeron y lo eligieron. Un gobierno ejemplar demanda, naturalmente, ideas ejemplares. Así lo suponen los más versados y así lo atestigua el relato de las acciones gubernamentales del mundo.

Claro está, las ideas reclaman ejecutores, y éstos, cuando no son mediocridades rampantes, los convierten no sólo en valores esenciales de transformación sino en fuentes de emoción colectiva. Es por eso que un caudillo elocuente y audaz nos apasiona y es por esto que un político hábil y seguro nos admira más que la aplicación de su programa.

El señor Irigoyen no quiso hablar. Sus

amigos nos decían que meditaba. Sus ministros afirmaban en la cámara que el presidente trabajaba en planes de increíble trascendencia. Nadie quería recordar, entretanto, sus cartas contra el doctor Molina ni su olvidado telegrama al mismo personaje, a raíz de la clausura del Congreso. El señor Irigoyen, presidente constitucional de los argentinos, no debía confundirse con el callado vecino de la calle Brasil, huraño e ignoto, desfogado a veces en páginas de revista colegial.

— ¡Si ustedes lo conocieran — solían exclamar con voluptuosa fruición sus íntimos y sus admiradores. Uno de ellos, al trazar la silueta vagorosa del prócer, lo comparaba con Tolstoi. Su alma intacta — proseguía — destila libertad y hay algo que fluye de su cerebro y de su espíritu que lo eleva a una altura de religiosidad inexpresable, lo sumerge en el reino de lo inconcreto, de lo inasible, de lo perfecto. Este hombre mayúsculo se aparta de sus semejantes, para ejercer sobre la vasta grey de la nación una magistratura moral, una influencia indefinible como la de los santos. Es un santo, el santo de la Constitución, del Sufragio, de la Urna redimida y envuelta en un halo de luz. El día que hable...

Habló. Los ministros tenían razón al

anunciar en las discusiones del presupuesto que dentro de algunos meses el gobierno tendría ideas. Aquel temerario pagaré no fué lanzado en vano y henos aquí con el mensaje que encierra las meditaciones, los pensamientos, los propósitos del señor Irigoyen.

Estamos acostumbrados a la prosa radical. Estamos acostumbrados a la prosa del señor Irigoyen. El señor Irigoyen, habituado a expresarse en gestos y a comunicarse por medio de señales, no domina la vieja y buena lengua castellana, tan fácil para decir lo que se piensa, cuando se piensa algo y traducir lo que se siente, cuando se siente algo. Decididamente, combina las palabras de tal modo que acabará por crear, no ya un estilo peculiar sino un idioma individual, de uso propio, cuya sintaxis y léxico harían creer en el nacimiento de un Volapuc nuevo, más complejo y más pintoresco, más inaccesible y hermético. Pero, prescindiendo de esta particularidad puramente estilística y gramatical, se puede, con algún riesgo, desde luego, precisar, no lo que ha dicho, sino lo que ha querido decir. Sus ideas fundamentales son éstas: desde Rivadavia hasta el 12 de octubre de 1916 ha predominado la

oligarquía. La oligarquía es un mónstruo espantoso que hay que desarraigar de la política argentina, reemplazándola por elementos dispuestos a servir al país en nombre de un alto ideal. El ideal es la constitución. Sus elementos ejecutivos son las excelentes personas que frecuentan al señor Irigoyen.

Sería pueril analizar el mensaje en una forma metódica. El señor Irigoyen se propone abolir nuestra historia, la historia de los partidos, de los prohombres, de los hechos realizados. Eso le resulta sencillo y no hay para qué discutirlo. Está bien. Veamos, en cambio, en qué consiste su gobierno. El señor Irigoyen ama la Constitución pero a fuerza de amarla, la aplica exiguamente y tanto su envío violento de fuerzas a San Juan como su extemporánea intervención a Buenos Aires, decretada unos días antes de abrirse el Congreso, prueba que tiene de la carta orgánica un criterio tan personal como de las demás cosas, inclusive el idioma. No es, pues, lo constitucional lo que más especifica su acción. Por lo menos, así se lo dicen a diario legisladores de todo color y periódicos de toda facción. Interpreta las leyes fundamentales de una manera "oligárquica", puesto que las aplica de acuerdo con las conveniencias de los círculos de su partido. Por este lado, no hay como canonizarlo y

ahí están demostrándolo sus correligionarios más visibles, con esa actitud malhumorada y retraída, que apena un poco, cuando se les vislumbra en las cámaras, escurridizos y apartados.

Aplica la Constitución, interviniendo y rasando, para diseminar en los puestos públicos a los compañeros de fila y a los meritorios de la causa. Hace oligarquismo radical. Esto beneficia a los cofrades del credo renovador, mas no aprovecha al país, porque los reemplazantes son por lo común gente sin experiencia, sin aptitud, sin la ilustración indispensable. Es una muchedumbre informe e ignara que sustituye a una muchedumbre que durante treinta años se ha ido disciplinando en la tarea oficial. Y si esto pasa en Buenos Aires, en Córdoba, en Entre Ríos, pasa con más rigor en la nación toda, donde imperan, desde las posiciones más elevadas, los que resumen genuinamente el temperamento del partido y el espíritu típico de su clase social, que es una clase aparte, como la constitución del señor Irigoyen es una constitución exclusiva. ¿De dónde vienen esos hombres? Humildes sujetos de tierra adentro, ávidos de gloriola, novatos en el ejercicio difícil del parlamentarismo y en la árdua faena de gobernar, sólo sirven de punto de comparación, buenos para dar realidad

a los chascarrillos desusados contra el provinciano venido a la metrópoli por una humorada de los gobernadores de otro tiempo. Estos son los ministros del señor Irigoyen, los espejos de lo que ellos mismos llaman el "gobierno reparador".

Cuando aparecen en la cámara, cuando se insinúan en una fotografía, provocan la sonrisa. Mas, no por simples y despavoridos son demasiado insospechables. Esas almas azoradas no se santificarán así no más. A pesar de su indumentaria desconcertante, de su aspecto de Bertoldinos desazonados en la sala llena de visitas, se consideran los depositarios de la pureza y los dueños únicos de la moral. Algunos no tienen más títulos para ello que el ser radicales, pero esto no les impide agitar el penacho de la honradez hasta marear a los pupilos de las cárceles. Ser radical es resplandecer de virtud. Bueno, son radicales. Su gobierno práctico no puede ser otra cosa. El fenómeno de Santa Fe, de Entre Ríos, de Córdoba se repite con crasa exactitud. No es nada cuando no es malo. O es la olla popular o es el decreto sobre el sábado inglés. ¿Cuál es la medida administrativa, desde el 12 de octubre hasta hoy que pueda señalarse como obra de alguna seriedad?

En materia de finanzas no conocemos otro

propósito que el del Banco de la República y la festiva solución de la carestía del azúcar. ¿Qué han hecho en agricultura? Quieren intervenir una facultad agronómica y han convenido en declarar que la langosta es dañina. ¿Qué han hecho en Instrucción Pública? Han inaugurado un colegio en Posadas y una escuela en el Rosario, asistiendo a ambas aperturas el ministro del ramo, cuya presencia en todas partes venga al señor Irigoyen de la aristocracia troncal y de la aristocracia adinerada, que suele considerarlo como un exponente exagerado de los barrios del sur.

Pero tanto el señor Irigoyen como sus agentes ejecutivos y parlamentarios se esfuerzan en decir — el mensaje lo protocoliza definitivamente — que forman un "gobierno de reparación", un gobierno antioligárquico. ¿Entenderán por gobierno antioligárquico uno que no sabe gobernar? Debe ser eso, puesto que no existen gobiernos que no sean de oligarquía, salvo los que son de carácter absolutista y despótico, venidos por herencia a personas consagradas u obtenidas por sacudidas pretorianas. Los gobiernos periódicos son fatalmente oligárquicos, toda vez que suponen una selección en virtud de la cual el pueblo los elige o los tolera. Tanto los radicales como los socialistas son

perfectos oligarcas. La democracia supone el predominio dirigente de los mejores, ascendidos a las ramas de los diversos poderes por representar aspiraciones de clases compactas de la sociedad. Así como Justo o Bravo son los oligarcas del socialismo, los que sintetizan en sí, por su inteligencia o por su índole la voluntad de la masa electora, así el señor Irigoyen es el oligarca irremediable de las parroquias, cuyo vecindario ve en su personalidad la concentración de sus confusas tendencias. Lo que diferencia a las oligarquías es la capacidad mayor o menor, el idealismo en que se nutre, la orientación que acentúa su obra. La oligarquía radical se funda precisamente en lo contrario. Se ha forjado en la sombra, soñando, con caudillos chicos en la revolución contra grandes ciudadanos. No se ha ejercitado en el gobierno sino en la protesta, mientras el país iba su camino, las generaciones puliéndose, los estadistas civilizándose en el estudio de los problemas vitales. Cuando dejaron la protesta llana y bravía para ir a gobernar, se encontraron sin los medios para realizar su anhelo más antiguo, su deseo más constante, que era llegar al gobierno. De ahí esa cosa enorme e hilarante que es la administración del señor Irigoyen: una administración que no es posible comparar con

la peor del viejo régimen. Y no es que traiga al escenario gente sin distinción y sin brillo mundano. Nadie se fijaría en nuestra república, bien republicana en el fondo, en la vestimenta curiosa o en los hábitos de sus ministros. En pleno París del siglo XVIII no se reían los finos marqueses y los finos filósofos de las medias de lana de Franklin. Lo grave es que los ejecutores de la política del señor Irigoyen son lo mismo por dentro que por fuera. No se ha revelado un solo espíritu estimable, no ha aparecido un solo hombre inteligente en quien pudiéramos saludar una fuerza prometedora. Todos los suyos son pequeños escribanos rurales, con el corazón y las maneras del escribano rural, orondo en su rúbrica, solemne en su cómica vaciedad, ínfimo y arrogante en su pomposa insignificancia.

Ellos son los que miran con sincero desdén a un viejo príncipe como D. Indalecio Gómez, sutil estadista, a un rey de multitudes, fuerte y magnífico, como Lisandro de la Torre, a un político de genio como el general Roca. El señor Salinas desprecia a D. Alejandro Carbó y mira con evidente superioridad a Mariano de Vedia. ¿Qué es para ellos D. Julio Costa, orador admirable, psicólogo agudo, de tan potente visión personal? Es uno del régimen, del nefasto régimen...

Lo risible de esa política es cabalmente la falta de políticos y la falta de una política. Sin ideas, sin la noción de la hora en que vivimos, se pasan los días proporcionándonos pasajes de comedia bufa. ¿Hay una interpelación? Pues bien, el ministro huirá a Sainuco para hurgar los antecedentes de un hecho policial. ¿Hay que hablar de distintos asuntos en el parlamento? Los ministros dirán cosas innenarrables, de un modo tal que los correligionarios mismos se mirarán sin saber si reirse o enrolarse, por venganza, en las huestes negras del enemigo.

No olvidemos que, mientras esto ocurre, el país juega el prestigio de su seriedad. Es cierto que el señor Irigoyen representa, científicamente, una experiencia de gran valor, con relación al fin histórico de la democracia, pero es la nación la que se derrenga en el terrible experimento. Para darse cuenta de esa caída triste, basta pensar un solo instante en la cuestión internacional, en el equívoco en que nos encontramos, en el papel inferior que desempeñamos después de haber adquirido una figuración respetable, después de haber obtenido el primer rango en la América del Sur. Probablemente lo piensan todos, menos el señor Irigoyen, a juzgar por la forma en que se maneja en tan complicados asuntos: trátase de un presidente que

en esta época de guerra universal mantiene vacante la cancillería y vacante la legación en Londres.

¿Creerá el señor Irigoyen que es un hombre de genio? Supongo que sí y conviene discutirlo. A lo menos, lo afirma indirectamente en el mensaje, al atribuirse una misión sobrenatural y al colocarse fuera de cualquier parangón con los presidentes anteriores. Imagino que no se considera un magistrado de derecho divino, pues en tal caso ya se disminuiría en la comparación con Guillermo II. Nos lo ha dicho en una fabla que apareció antes de asumir el mando. Decía el señor Irigoyen, hablando en su estilo jupiterino, que su obra no la pudieron llevar a cabo ni los gigantes ni los pigmeos.

No siendo un pigmeo, es, desde luego, más que un gigante; es un genio. Sus amigos nos hablan sacerdotalmente de su omnisciencia; le dan del apóstol, del profeta y del monje a cada incidencia parlamentaria y lo pintan sentado en el paraíso, a la diestra de Dios, en fraternal conciliábulo con los bienaventurados. Vale la pena acercarse a esta figura para fijarse en sus rasgos. Es por primera vez que se suscita tal fenómeno en nuestra existencia política. Los correligionarios lo deifican hasta el punto de parecerles blasfemia cuando uno se atreve a preguntarles en

la intimidad si es realmente un hombre preparado para la posición que ocupa. Esto afirman, lo sabemos, aquellos partidarios suyos que no lo discuten y para los cuales — digámoslo con sus palabras — constituye "un dogmatismo absoluto". Los otros, los más tibios, los que frecuentan cátedras de universidad, leen lo que acontece en el mundo y circulan en el mundo, se le someten sin admirarlo y lo alaban sin entusiasmarse, con esa mesura correcta y calculada que es ya un principio de claudicación. Si la oportunidad se ofrece, a la hora del habano y de la humeante copita, susurran al oído del discreto comensal: el señor Irigoyen no es un genio... ¿No es? ¿Y qué es el señor Irigoyen? Es un caudillo, un caudillo que confina en la psicología del cacique, callado, prudente, que especula con su silencio como otros especulan con sus ideas. Ha empleado veinticinco años en estar de acuerdo con las distintas opiniones de sus adictos, consiguiéndolo mediante el supremo recurso de la quietud, por medio de ese instrumento inusitado en las luchas democráticas, que es el mutismo. Esa postura de meditación melancólica, de concentrada soledad, de ensimismamiento pálido, le atrajo la atención. Cuando entreabría los inciertos labios, los acólitos y los catecúmenos se quedaban pasmados y agu-

zaban intensamente el oído: el señor Irigoyen lanzaba entonces una sentencia olímpica sobre la redención del voto y volvía a hundirse en la vaga ensoñación de toda su vida, en el diálogo con los aparecidos, especie de Juana de Arco de la libertad electoral. Su tesoro, su talento, su programa, su éxito estaban en el silencio y hay que admirar la unidad de carácter con que se mantuvo en esa rígida conducta de mudez.

Un hombre que tiene ideas se expone a que se las rebatan; un político que tiene un programa corre el riesgo de que se lo discutan. Triunfan en la controversia y de esta manera la democracia, que es un mecanismo de análisis de valores, elimina las ideas y los programas que no coinciden con la conciencia unánime del momento. El señor Irigoyen optó por callar y nadie pudo referirse a sus ideas y a su plan de gobierno. A fuerza de meditar en el primer piso de la calle Brasil, sus votantes le supusieron más que Sarmiento, más que Mitre, más que Roca. Pero, acaecido el 12 de octubre, los admiradores del señor Irigoyen adoptaron inmediatamente otra táctica: se trata de un hombre en quien resplandece la virtud y brilla la moral con fulgores extraordinarios. Es la Vía Láctea de la honradez. Estas cualidades son precisamente las que adornan

a las personas cuyas necrologías los señalan como respetables vecinos. Son los méritos fáciles y recomendables del noventa por ciento de los inscriptos en el padrón. Estimamos esas mismas condiciones en el sastre que nos viste, en el dueño de la tienda, en el médico y en el notario que da fe al pie de un testamento. No por eso confiaremos al sastre, al dueño de la tienda, al médico y al notario el gobierno del estado. Para eso es muy bueno ser honesto y virtuoso pero memejor es ser apto e inteligente.

Si ahondamos el espíritu del señor Irigoyen nos encontraremos con el alma de un adolescente del año 1875, vagamente imbuído de institucionalismo eleccionario, impresionado por el estilo grandilocuente y vácuo de los tratadistas más mediocres. Sin capacidad de expresar ese sentimentalismo anticuado, se refugia en la fraseología altisonante que es algo así como la retórica del "Canto a Junín" prosificada con prescindencia de las reglas lógicas del idioma. Eso no lo ignora el señor Irigoyen. Mientras los tambores abusan del parche en loor suyo, el señor Irigoyen no olvida la realidad. Se conoce en sus ideas y en su aptitud de trasmitirlas un doncel arromanticado del año 75 y prefiere, en su concepto de sí mismo (los apóstoles y los profetas no están exentos de orgullo)

rodearse de colaboradores cuyo retrato debe excluirse por demasiado notorio. Si una personalidad como la de Drago estuviera al frente de la cancillería, el señor Irigoyen no sería citado en el capítulo de relaciones exteriores; si un personaje como Lobos desempeñara, por ejemplo, el ministerio de agricultura, nadie pensaría en el presidente en materia agrícola. Para evitar esos careos tan decisivos, el señor Irigoyen trajo su gente y gana, sin duda, en la confrontación. A pesar de todo, sale mejor.

Queda, después del examen, aquello del "dogmatismo absoluto" que hace pareja con cláusulas análogas de otros documentos suyos, no menos interesantes desde el punto de vista criptográfico. Supongo que ese dogmatismo es el conjunto de convicciones sobre la libertad, el derecho de los individuos, en fin, la poesía de la democracia. ¿Qué hay de cierto en eso? El señor Irigoyen nos ha dicho a través de su formidable ministro del interior que la Constitución no ha sido interpretada todavía y él lo hará de un modo inesperado. Síntomas equivalentes, aparte de las intervenciones y otros amagos parecidos, denuncian en el señor Irigoyen la voluntad de imperar, no obstante la carencia de condiciones para gobernar con la más reducida modestia. Si esto se realiza, nuestro

profeta y nuestro apóstol habrá probado en una forma dolorosamente experimental que el pueblo no debe ser consultado en la tarea gubernativa sino interpretado en sus necesidades por hombres que llevan en su pasión y en su talento el porvenir instintivo de la nación. Puede ser también — seamos optimistas — que la faena y las responsabilidades, que se manifiestan como una carga pesada, le arredren a tiempo y se retire de nuevo a su silencioso habitáculo a meditar, barba en mano, sobre las estupendas cosas que fueron...

La moral del Sr. Irigoyen

La moralidad del señor Irigoyen no tiene punto de comparación. Es algo tan absolutamente perfecto y algo tan indiscutiblemente sublime que cualquier juicio analógico supone de por sí una irreverencia. ¿Cómo someter a este varón de pureza traslúcida a careos con ciudadanos que no fuesen él mismo? Porque ni el país ni el continente han visto nunca encenderse en un alma llama tan intensa de virtud. Así nos hablan del señor Irigoyen sus partidarios más normales. Encaramado en el pináculo de su devoción, apenas si tienen tiempo, al pronunciar su nombre con la vaguedad del rezo, para hincarse y santiguarse. Es lo augusto hecho persona.

Su moral se ha consolidado aún más desde que ocupa la presidencia. Cuando era tan solo el caudillo silencioso de la calle Brasil y pactaba, hundido el rostro en la sombra, con los descontentos de Santa Fe y con los redentores adventicios de Córdoba, sus ami-

gos le atribuían, además de la santidad inspirada, el dominio de todos los órdenes intelectuales. Unía a sus facultades de profeta los dones múltiples de la inteligencia. Nadie le negaba ni lo uno ni lo otro, porque el señor Irigoyen, a pesar de la vejez sobrevenida hace tiempo, jamás había exteriorizado su manera de pensar o de sentir. Podía de este modo resumir en su misteriosa personalidad las condiciones menos comunes. No había cómo discutirle porque no se le conocía. Su aspecto físico, como su pensamiento, era privilegio exclusivo de los iniciados de la causa, y en tal situación las opiniones apologéticas no encontraban obstáculo serio. Había que creer en el talento del señor Irigoyen fiando en la palabra de sus garantes, como creemos los profanos en la ciencia de los astrónomos al asegurarnos que en el campo de su telescopio se reflejan estrellas maravillosas, suspendidas en la lejanía remota del infinito. Pero el ejercicio del gobierno ha persuadido a los más ardorosos cofrades del señor Irigoyen que no deben insistir en la propaganda respecto de su talento. Es una propaganda demasiado temeraria para ser afrontada sin peligro.

Desde el 12 de Octubre de 1916 ya no se le atribuye genio. En este sentido, el hombre hace lo que puede, por intermedio de sus

buenos ministros y paga a la comicidad el ineludible tributo a que le exponen sus colaboradores, que lo representan y lo caracterizan: no se sujeta a polémicas la intelectualidad de un presidente en nombre del cual perora en las cámaras el señor Salinas, que a fuerza de ser hilarante se ha convertido en una especie de público repartidor de alegría.

Decididamente, el señor Irigoyen no se impone a la consideración de sus contemporáneos como un cerebro muy poderoso. Sus antiguos mantenedores se conforman con suspirar melancólicamente cuando se analiza en su presencia algún mensaje o algún acto gubernativo de este enviado providencial. Los más adictos de antes no dejan de insinuar una sonrisa de generosa disculpa: en cambio, los de su facción, exaltan, llenos de vengativo entusiasmo, la inatacable moralidad del prócer. Es lo que conviene examinar. ¿Es inatacable la moral del señor Irigoyen?

—

El señor Irigoyen está obligado, en efecto, a desenvolverse dentro de la más rígida moral. En compañía de sus agentes políticos ha volcado sobre los gobiernos del régi-

men su odio de opositor y sus diatribas de combatiente. Los errores de los hombres públicos le han revuelto el corazón. Durante décadas enteras fustigó las situaciones de más diverso origen con su desprecio implacable. ¿Era esta una actitud de disidencia doctrinaria? ¿No coincidía con los gobiernos a raíz de la diferencia filosófica que separa un programa de otro programa y a un partido de los demás partidos? No, desde luego. Para fundarse en disidencias doctrinarias se necesita preferir una doctrina dada y el señor Irigoyen no consagró su ilustre vida a la esterilidad de las abstracciones. Las controversias del pensamiento son cosas inaccesibles para el señor Irigoyen; eso es para él lo que el diario para los indígenas del Africa: un papel que habla. Tampoco obraremos bien si buscamos aquella oposición tenaz en el aferramiento a un programa.

Todo programa lleva en sí un fermento especulativo, un fondo mediato e ideológico. El señor Irigoyen no es sospechable, por las razones anteriormente expuestas, de tal posición de espíritu. En este caso, encontraremos la clave de su rencor sistemático en su concepto individualísimo de la moral administrativa y política. El señor Irigoyen pasó veinticinco años en estado de apocalipsis

a causa de los votos fraudulentos y debido a los dispendios de los presupuestos mal estudiados. Esa es la verdad. Esta doble concepción del gobierno le ha sublevado siempre y ha dado a su palabra el acento grave de las prédicas y el gesto irreductible de la rebeldía. Así se ofrecía a la imaginación sencilla de los incautos con el resplandor de un credo nuevo y como el símbolo de una moral mejor. Caballero sin miedo y sin tacha del sufragio redimido, voz oculta y vengadora de los pequeños sueldos ganados sin trabajar, se erguía en la penumbra amenazando con su haz de rayos. No era el propagandista de una teoría social ni el representante de una ciencia política distinta. Era el aspirante sin expresión clara y sin idioma inteligible a que la administración se funde en un criterio severo de equidad y las urnas no sean el resultado de la alquimia oficial, sino de la voluntad firme del pueblo. Por eso no encontraba dignos de la simpatía y del respeto a ninguno de los prohombres que han dado su existencia al país y han elaborado en largos períodos el progreso de la nación y la cultura de la comunidad argentina. Como vivía tan sólo al margen del registro electoral y cavilando sobre los "items" del presupuesto, las grandes figuras de la historia desfilaron a su lado sin ser advertidas

por este apóstol abúlico. Ni Mitre, ni Sarmiento, ni Roca, dijeron nada a su alma anegada en la contemplación fantástica de la honradez.

Para imponerla ha organizado una revolución contra el presidente Quintana, hombre de jurisprudencia y de doctrina, y habría arrojado al mundo en una hoguera con tal de sustituir a la gente enemiga y a la razón de los adversarios con su propia gente y con su propia razón. Para lograrlo no ha necesitado esta vez recurrir a los militares seducidos en su refugio de la calle Brasil, ni al wínchester de sus aguerridas mesnadas. La ley impura de los oprobiosos le ha dado el triunfo bajo la vigilancia imparcial de los réprobos. Un estremecimiento de expectativa recorrió el lomo del país y cada uno se acomodó para asistir al milagroso espectáculo. Ya sabíamos que la lluvia de astros no caería de su cabeza ni la miel de la elocuencia se derramaría de sus labios, contraídos en una parca sonrisa, homenaje sobrio a los electores esparcidos por el suelo de la república. Se esperaba únicamente la aplicación de su moral, no de su moral privada, que a nadie interesa ni nadie investiga, sino la otra, la pública, proclamada como emblema por sus apologistas y ostentada como un evangelio deslumbrante de tierna belleza por sus comentadores callejeros.

Cuando no se tiene un programa teórico ni se posee un rumbo reformador en política y se vive ululando contra lo establecido en nombre de la Constitución y de la ley, es de suponer, que, llegado al gobierno, lo constitucional y lo legal se valorizarán en sus matices más recónditos, originándose así el imperio de la justicia, que es la esencia de la moral. ¿Puede el señor Irigoyen creerse un presidente justo y moral? Analicemos sus actos.

La justicia y la ley no son fenómenos conceptuales y subjetivos. Son fenómenos de hecho, que no varían al azar de la interpretación personal.

En materia política, no hay jueces de conciencia. Sólo pueden derivar de los estatutos escritos orientaciones renovadoras los espíritus fuertes que dan a su obra la misión social del progreso. Las leyes que forman la trabazón del régimen político no son las que se prestan a dilucidaciones caprichosas, pues de lo contrario cada gobierno modificaría a su gusto la estructura de los estados. El señor Irigoyen, como aplicador de la ley, no hace sino tergiversarla. Más aún: la usa cuando la viola. Vamos a demostrarlo. ¿Qué significan las intervenciones sucesivas a las provincias invadidas por el poder federal? Significan el deseo del señor Irigoyen de

predominar sin el control de los adversarios. Incapaz de alcanzar prestigio unánime a fuerza de obra grande y útil, porque no tiene ideas de acción ni posee la visión de la hora profunda en que le toca actuar, desprovisto del sentido de la realidad de los políticos y del concepto de las necesidades de los estadistas, se refugia fatalmente en la violencia metódica. Entre dos que discuten, el que no tiene razón ni aptitud para comprenderlo se exterioriza siempre en formas violentas. El señor Irigoyen se puso violento con el país al darse cuenta de su enorme fracaso. Como no le asiste razón, vá, abiertamente, a la dictadura, no la brutal y llana de los tiranos de médula, revestida de cierta grandeza, sino la blanda e hipócrita de los gobernantes tímidos, la dictadura escurridiza y ambigua de los espíritus enclenques y miedosos.

No hay exageración en lo que digo. El señor Irigoyen nos ha prometido en su literatura de San Vito y en su oratoria de buscapiés venerar la Constitución; o sea, gobernar con austera justicia. No ha intervenido una sola provincia fundándose en hechos ciertos o en exigencias auténticas. Al contrario, las situaciones más legales son las que han solicitado con más vehemencia su agresión partidista. Agrede e injuria. Si

la invasión extemporánea de Buenos Aires pareció inexplicable en su torpeza y en su encarnizamiento, las intervenciones de Corrientes y de Mendoza se ofrecen como verdaderos golpes de estado. ¿Qué le guía en todo ese tejido grotesco de calamidades y falsificaciones? Nada más que el odio, el odio negativo e inferior que en su ceguera le lleva a publicar el desdoro de la nación, pues al afirmar en los decretos que en dichas provincias reina el crimen y la subversión, disminuye el crédito de la república y arroja vergüenza sobre la patria. Se dirá que el mal hay que remediarlo heroicamente. Eso es cierto cuando el mal existe y se propone curarlo con fe. El señor Irigoyen no ignora que sus intervenciones no obedecen a tales propósitos. Es el primero en no hacerse ilusiones al respecto. Sabe muy bien que un gobernador como el viejo Loza no ampara iniquidades y que une a sus sentimientos de cívica dignidad la entereza de los antiguos caudillos y el desinterés de un hombre abnegado. Esto no le impidió atropellarlo con un decreto idéntico al de Mendoza y señalarlo al pueblo como un usurpador. ¿Cómo se avienen tales actos con los preceptos de una moral estricta? ¿Cómo ha tolerado este presidente de la Constitución la siniestra gauchada de Tucu-

mán? Además de tolerarla la auspició desde el comienzo, porque el gobernador que de la noche a la mañana revivió en aquella admirable provincia la fosca barbarie de otro tiempo, coincide con él en la exaltación de los rencores y en la falta de capacidad de imponerse con méritos. ¿Cómo interpreta la ley el señor Irigoyen? No la interpreta; la viola y la trastrueca. Entonces, su moral de hombre de ley falla en absoluto. Ya no es un gobernante moral desde este punto de vista, sino lo opuesto: ofende la Constitución, asalta las autonomías provinciales, derriba gobiernos tan legítimamente constituídos como el suyo. No lo hace por pasión idealista ni por obcecación doctrinaria. Lo hace por conveniencia política, es decir, por mala fe utilitaria, y adorna su tarea con el consentimiento de las peores transgresiones: sus delegados en Mendoza, Corrientes y Buenos Aires cobijan, mientras montan la "máquina" famosa, a los elementos que merodean en el delito, como fuerza expansiva de su política y cierran los ojos a los desmanes convertidos en sistema fundamental.

Siendo esto inconcebible en un hombre de buena fe y en un hombre de ley, el señor Irigoyen se coloca con su método gubernativo fuera de la ley y fuera de la buena fe; es decir, fuera de la moral. De símbolo ex-

clusivo de la moral política se transforma con sus actos en el gobernante representativo de la inmoralidad. No hay que insistir para probarlo. Es de una evidencia tal que el mero enunciado de los hechos consumados resulta más convincente que la lógica demostrativa de los comentarios.

La moral del señor Irigoyen, en lo que se refiere a la vida administrativa, no es mejor que la dominante en el orden político. Su ideal es reemplazar a los funcionarios todos de la administración con elementos de su partido. No puede invocar para disculparse el anhelo de asegurar bien el funcionamiento de los servicios públicos. Podría hacerlo si los reemplazantes fuesen por lo menos personas de innegable aptitud. Pero, se trata por lo común de gente inapta cuando no de desperdicios de comité, actores de aventuras de barriada que dan realidad con su presencia en los puestos nacionales a los entremeses del teatro suburbano.

El orillero desorejado y el analfabeto pomposamente inflado de regeneración cívica son los que sustituyen al gremio funcionaril, si no idóneo siempre, a lo menos pulido por fuera y habituado a la tarea que se le demanda. Se subvierten los ramos técnicos, se confunden las funciones de los empleados y desde el presidente de la república

hasta el último correveidile de club electoral atisban las planillas para volcar sobre los renglones su atestada zahurda. De ahí esos procesos y esos sumarios, realizados con frío aplomo y con prolija asiduidad: el señor Irigoyen gobierna y, por ende, deben tragarse el presupuesto las legiones que han contraído títulos bajo la bandera de su partido. Antiguos trabajadores, que desde años atrás tienen su pan en la faena del estado, se ven bruscamente separados de sus empleos; el señor Irigoyen ha desatado sobre el país el viento de la redención y es por eso que destituye a todo aquel que ha cometido el delito de no figurar en las encrucijadas comiciales en dulce coincidencia con el senador Crotto. ¿Qué espíritu de justicia anima al señor Irigoyen en este enconado afán de desposesión? La justicia no tiene bandería ni la competencia reconoce partidos, ni es propiedad de éstos el dinero del pueblo con el cual se retribuye el trabajo en beneficio de la colectividad. ¿Dónde está, pues, la moral del señor Irigoyen en lo que se relaciona con la obra diaria de la administracción? No la tiene.

Queda otra faz moral, lo que podríamos llamar la moral patriótica, o, si se quiere, el sentido de las altas responsabilidades. Hemos visto en la historia gobernantes

transgresores de la ley ordinaria y poco púdicos en política, pero con cierta noción noble y elevada de su misión en lo que afecta a la finalidad trascendente de un país: malos en la manifestación cotidiana de su obra, eran, sin embargo, factores de adelanto, propulsores de la riqueza, fomentadores de la cultura general. No es de este tipo el señor Irigoyen, pues si desdeña el respeto a la ley y se sale del cauce rudimentario de la moralidad política, tampoco comprende lo que implica plantear y resolver los problemas superiores de un estado.

Posee el criterio cerrado y mínimo del que maneja con ideas limitadas y primitivas un fundo particular. Los horizontes del país se reducen en su comprensión aldeana de las cosas a los confines de su estancia y los asuntos magnos de la república se convierten en incidencias fortuitas que se capean con dejarse estar o con soluciones cuya índole sólo encuentra su comentario adecuado, en los rasgos deformes de la caricatura. El afligente problema de la falta de trabajo no le sugiere un plan que derive en provecho perdurable de los necesitados. Se le ocurre la olla popular, que es en cuestión social lo mismo que envolver en bolsas una mata de trigo para salvar la cosecha de la langosta. Mas ni aun eso, que es tan ínfimo y tan incondu-

cente, resposa sobre un arranque sincero de generosidad: obedece puramente al propósito de substraer a los socialistas su electorado, revistiéndose con la aparente misericordia por los menesterosos. No otra preocupación le animó al tutearse con los huelguistas ferroviarios. Despojado de ideas económicas y de conceptos claros sobre reformas sociales, encaró el estallido con este pensamiento digno de un coronel del año 60: fomentando o tolerando la prolongación de la huelga, el radicalismo enriquece su capital eleccionario y no se daña sino a las compañías de ferrocarriles, que al fin y al cabo, son extranjeras, es decir, gringas, y el dinero del gringo no merece mayores escrúpulos. ¿Pensaba de modo distinto el prototípico Juan Moreira de las ganancias de Sardetti?...

¿Ha conquistado, por lo menos, la adhesión decidida de los obreros? Convertidos en "Soviet" maximalista, gobernaron ejecutivamente por espacio de un mes y a la postre se vieron enredados, como sus enemigos, los capitalistas de los directorios, en una gruesa red de engaños y al día siguiente de resolverse el conflicto, al comprender su propia caída en la intriga, quisieron renovar la paralización general. El señor Irigoyen no ha visto en el conflicto el eterno proble-

ma social que debe estudiarse con sinceridad generosa y resolverse con un criterio de justicia equitativa.

Tampoco ha visto en la huelga convulsiva la riqueza afectada del país ni la libertad del trabajo coartado por la ley marcial de los huelguistas. Sólo divisó en el ejército de brazos cruzados a falanges del padrón cívico, posibles sufragantes de sus correligionarios. No percibe el fondo doloroso y amargo de las cuestiones sociales porque eso reclama un cerebro adiestrado en la cultura de ideas. Menos todavía advierte la grandeza épica de la riqueza, que, colectivizada en vastas compañías o difundida en manos aisladas, resume el esfuerzo grandioso del país, el instinto hondo y heroico de progreso y de bienestar. ¿Cómo se dará cuenta el caudillo escondido durante medio siglo en la cueva de las conspiraciones pretorianas de la belleza y de la pujanza del capital argentino, que, venido de los puntos más lejanos de la tierra, se funde aquí en el ensayo de una nueva conquista? Para observar esto se necesita saber historia y la historia es para el señor Irigoyen la biografía de los comandantes y si no, como el capital inglés, cosa de gringos, y la prueba es que está en los libros, fenómeno gringo por naturaleza.

No busquemos moral donde no hay sino intereses pequeños de política. Si hubiese tenido un concepto verdadero de moral al afrontar el examen de la huelga, habría sabido conciliar el anhelo de los trabajadores con las posibilidades actuales del capitalismo. Habría resuelto el conflicto con un criterio de sociólogo o de economista, en favor de las empresas o en favor de los obreros sublevados, pero sin disminuir la libertad de los gremios ni el crédito de la nación, pues no viene dinero de afuera si el país no inspira confianza y su porvenir no autoriza el empleo de caudales. De no ser así, Honduras sería lo mismo que Norte América y Panamá sería lo mismo que la Argentina, o sea la ley de progreso dependería de la voluntad azarosa de los banqueros y de los agiotistas. La actuación del señor Irigoyen en la huelga ha dañado a la república en lo material, sin usufructo positivo para los proletarios y ha perjudicado a nuestro crédito en el exterior. No es la lucha de clases lo que aleja al capitalista, puesto que tales luchas son la consecuencia del adelanto industrial, de la función misma del dinero productivo. Lo que aleja la probabilidad de inmigración y empeño del capital es la falta de seguridades normales para su desenvolvimiento. Los millonarios ingleses o yan-

quis saben más de huelgas que nosotros y están acostumbrados más que nosotros a colisiones entre proletariado y empresas. Pero, no conciben a los gobiernos explotando esos estallidos como factor político ni sospechan la tolerancia delictuosa de la destrucción de los elementos de trabajo, que es patrimonio de provecho colectivo. Esto no es hilar suposiciones pesimistas. Así lo ha declarado el secretario de la Cámara de comercio británica en Buenos Aires antes de que la huelga adquiriera el carácter explosivo de sus períodos agudos y se reducía apenas a formas parciales de sabotaje.

El criterio que mostró el Señor Irigoyen en la ventilación de la huelga lo reitera en los demás problemas de la riqueza pública. Criterio sin el más vago rastro de amor patrio, desvinculado de esa simpatía abstracta hacia la totalidad del país, que es la emoción íntima del destino de la nacionalidad, se traduce únicamente en indiferencia culpable o en asentimiento cómplice de las enormidades que ocurren. Se queman los trigales, se destruye la ardua labor del año y en ese largo e inenarrable desastre se ve la mano negra del espía alemán: lo dice a voces cada lector de periódicos y lo murmura el transeunte en cada esquina. No es posible que el cúmulo diario de incendios de campos y par-

vas sea el efecto casual de una chispa de locomotora. Vestigios exactos revelan la trama terrible del complot teutónico, interesado, claro está, en la destrucción de la cosecha, dos veces benéfica para Alemania, por pagarla en, buena parte, el ferrocarril de los ingleses y por substraerla al alcance de los aliados. A pesar de tan graves sospechas el señor Irigoyen no se inquieta. ¿ Qué hacen las autoridades? ¿Qué función desempeñan los encargados de la seguridad común ?

Entretanto se amparan bajo su visible protección los brutales personajes de la maquinación germánica. Un espionaje denso y poderoso se ejercita a su vista, dirigido por el ex ministro alemán, por los agentes consulares, por los soldados mercenarios o vocacionales del pavoroso germanismo en acción destructiva. ¿ Cómo se explica la neutralidad del gobierno del señor Irigoyen ante el avance peligroso de los alemanes atestados en el frente argentino? ¿No lo entiende? En tal caso, su incapacidad conduce al país al desastre económico y a la confusión interna; si lo entiende y no lo remedia, si lo percibe y no pone límite al mal, incurre en la inmoralidad espantosa de consentir nuestro hundimiento. ¿ Cuál es su postura moral, su actitud interior en presencia de

este fenómeno ? Todavía no me atrevo a contestar de una manera absoluta a tan inquietante interrogación. Quiero deducir lo más favorable para el señor Irigoyen y es que vive ante tan graves hechos sumido en una suerte de neblinosa clausura que le impide contemplar la tempestad desencadenada por su inercia o por sus desaciertos. De cualquier modo su responsabilidad no es menor por eso ni su culpa se amengua. En uno o en otro caso, la falta de moral es idéntica, pues ningún magistrado puede hallar la justificación de la calamidad en la incomprensión de sus deberes.

He hablado del germanismo desplegado entre nosotros y es este el capítulo más espinoso en lo tocante a la moralidad gubernativa del señor Irigoyen. El conflicto internacional ha perfilado al presidente bajo un aspecto demasiado neto. El señor Irigoyen es germanófilo. Hace en la Argentina la política de los alemanes y les sirve constantemente con una docilidad de hombre sumiso. El congreso ha sancionado la ruptura de relaciones con el imperio alemán; el país ha confirmado la sanción en actos solemnes. El país, ultrajado por el mónstruo teutónico, agredido y humillado, exigió y exige esta reparación necesaria. No sólo lo exige como perentoria satisfacción del decoro herido, si-

no como orientación unánime del alma argentina, cuyo sitio está al lado de las naciones gloriosas que luchan por la civilización. El señor Irigoyen se opone, en rara coincidencia con los militantes del germanismo, a la voluntad popular, persistiendo en una neutralidad equívoca. Con esto infringe evidentemente las reglas más elementales de la moral. Las infringe porque siendo el representante de una democracia no tiene derecho de contrariar las expresiones más claras de la inspiración democrática. Si el señor Irigoyen cree que la conducta argentina debe ser favorable a los bárbaros que han desolado la Bélgica y han creado la doctrina de hundir nuestros barcos sin dejar rastros, si el señor Irigoyen, piensa que las cámaras y el país no tienen razón, debe abandonar la presidencia y confiar a otro la solución del problema. Con hacerlo probaría ser un hombre moral al seguir su convicción. Pero hace lo opuesto. Cree en la democracia cuando le elige presidente y la contradice cuando le impone una norma. Alza su juicio sobre el juicio total de la nación, destacándose así, una vez más, distante de esa ponderación moral que constituye el equilibrio preciso y continuo de los espíritus honestos. Al sobreponerse, el señor Irigoyen, de este modo antide mocrático al consenso clamoroso de la repú-

blica, llega al despotismo, que, es en el régimen de las sociedades, la exaltación de la inmoralidad.

¿Qué ideal o qué sentimiento empuja al señor Irigoyen hacia las filas germanófilas? Los germanófilos no tienen ideales. Lo son por temperamento, por coincidencia con un tipo de civilización inferior o bien es el homenaje de los instintos bárbaros al prestigio épico de la barbarie. El señor Irigoyen extrema su germanofilia ostensiblemente, a punto de cobijar al señor Luxburg, a pesar de que éste le desprecia y difunde por medio de sus colaboradores de espionaje las especies más difamatorias contra el gobierno argentino. Cobija a la extensa red germánica que se agranda sobre el país como una nube sofocante, por no salir de la neutralidad y por su afán de germanizar: ve en lo alemán el triunfo del despotismo y de la fuerza que es, en el fondo, el concepto larvado de su política personal, o sea la inmoralidad del sistema despótico. Pero tampoco tiene el valor moral de proclamarlo y de afirmarlo. Lo infiltra en sus actos, lo insinúa en su silencio, lo sugiere en la ambigüedad de su actitud. Procede con mala fe: acepta sobre el tambor las fingidas explicaciones de la cancillería de Berlín y retarda meses la respuesta a la nota de nuestros her-

manos de América que le comunican su ruptura de relaciones con los imperios centrales. No opina sobre la agresión alemana contra la república; en cambio hace declaraciones hostiles para el Brasil y para los Estados Unidos.

Así desanda lo andado por el país en su avance magnífico; así destruye lo construído en bregas heroicas por las generaciones creadoras de la patria. Traiciona con su política la política de Rodríguez Peña, de San Martín, de Mitre, de Sarmiento, de Roca, que fué el acercamiento con los estados del continente, de alianza espiritual con Norte América. Traiciona el sentido histórico de libertad de la república al ponerla sordamente, deshonestamente, en favor de una raza de opresión, al lado del pueblo de la obscuridad gótica. Esa es su moral de gobierno, esa es su fe de patriota. Y lo triste es que ni eso mismo se basa en un sentimiento profundo. Su obra disolvente descansa sobre el rencor, que es ley de los espíritus amorales. Además de ser germanófilo por similitud de las calidades negativas que definen el prusianismo, milita en la equívoca legión por diferencia con sus opositores: no es aliado porque los hombres de pensamiento y las clases ilustradas son aliados. De esta manera lleva a la nación al desprestigio y al aisla-

miento para contrariar a los núcleos que lo combaten en el orden interno.

Tal es su moral de hombre público. Rodeado de inferiores, se ajusta a su paso y se adapta a su procedimiento. El ministro Gómez es su múltiplo moral; el ministro Pueyrredón, desvencijado y vacilante, es su caracterización definida; el ministro Salinas es la expresión de su pensamiento.

El país no ha vuelto aún de la sorpresa en que le postró con su obra el señor Irigoyen. Aún no se explica cómo este apóstol callado puede acumular tanta falla. Es que las masas observan mal. Ignoran que los silenciosos nunca alientan buenas aspiraciones. Son cavernas de odio. Todo silencioso es un especulador de su silencio: se calla para aprovechar lo que dicen los demás. Oculta en sí el temor de exhibirse por dentro. Son espíritus poblados de miedo y de astucia. Cuando llegan a los puestos de la acción encumbrada, se revelan en su íntegra capacidad de dañar. Los silenciosos sistemáticos carecen de aptitudes. El talento es expansivo por ser creador. Como el silencioso no tiene talento, al tocarle el mando del país, sueña con la imposición de la fuerza, con el método de los hechos irreductibles. Cuando se trata de fuertes, se acaba en la tiranía; cuando se trata de cavilosos sin auda-

cia, se concluye en la violencia disimulada y en la hipocresía ostentosa, o, para decirlo con exactitud, en la inmoralidad del despotismo.

¿En qué forma se arrepentirá la nación de haber elegido a un gobernante de tal índole? Es difícil presagiarlo. El señor Irigoyen ha vivido enseñando la doctrina de la sedición. Esperemos que el pueblo haya aprendido la noción del decoro.

El federalismo del Sr. Irigoyen

El señor Irigoyen es "un federal neto y de color", como se decía en la buena época restauradora para fijar el carácter definido de los partidarios de Rosas. De la restauración procede en línea directa y la doctrina política de aquella fosca etapa es, por hábito heredado, doctrina suya. Jamás lo ha dicho, porque, siendo esto una idea, ha temido confesarla. El señor Irigoyen sabe que las ideas son peligrosas y las evita con cuidadosa prolijidad. Lo consigue con éxito. A pesar de eso, no se ignora que el federalismo fué, a su turno, manantial de sus penas de caudillo y su alma gloriosa sangró profusamente sobre las autonomías holladas. La literatura del partido cavó largamente en esa mina sin fondo, de suerte que los provincianos, quejosos de la influencia exclusiva de los poderes centrales, pudieron ver en el solitario pastor de la nueva grey el baluarte y el adalid de sus derechos constitucionales y consuetudinarios. En efecto,

no es otra cosa la autonomía estadual. Es el conjunto de usos y costumbres de la vida pública regional, sancionado por los redactores de la carta orgánica como conquista prácticamente lograda con anterioridad. Las guerras civiles fueron guerras de autonomía, emanadas de las condiciones geográficas del país y de los múltiples núcleos sociales que intervinieron en la formación de la sociedad argentina.

Imagino que así lo entendían también los sostenedores del radicalismo al acentuar la prédica federalista con un tono evocativo de montonera, para acriollarla todavía más y despojar su acción, con brava energía, de toda sospecha de aporteñamiento y de clase aristocrática con aspiración al dominio influyente.

Pero el señor Irigoyen nos reserva muchas desilusiones y una de ellas, no la menos grave ni la menos profunda, es el modo de llevar a la realidad aquella noción del albedrío legal de las provincias. Sus intervenciones lo revelan, no ya parecido, sino superando en crudeza, a los representantes más descarnados de la política centralista. En los más abiertos violadores de los fueros provinciales subsistía cierto pudor. Se daban la fatiga de suscitar los motivos exigidos por las cláusulas constitucionales, e in-

ventaban, a menudo con ingeniosas combinaciones, la causa necesaria a fin de adornar la injusticia intrínseca de su actitud.

Además, eran tiempos distintos. Se tenía entonces un concepto familiar y patriarcal del gobierno, ejercido por un grupo de hombres capaces en contraposición a las masas desprovistas aún de la aptitud de juzgar y de dirigir. De 1860 en adelante se hizo indispensable convertir en hecho real la unidad teórica de la nación, cuyo regionalismo instintivo corría el peligro de cobrar con las disidencias agrias y los intereses opuestos, matices temibles de tendencia separatista. A cada instante, después de promulgada la Constitución, se hablaba en el interior de denunciar el pacto tácito. Esa cohesión se obtuvo con la paciente obra de los gobiernos sucesivos. Evidentemente, gobernaban con el sistema del cacicazgo local, pero la adhesión de aquellos jefes de pueblos, pues lo eran, resultó preciosa a la última finalidad de ese período histórico, que resume el espíritu íntegro de la organización de la república. Había que contar con los gobiernos sumisos de las provincias para que fueran realmente un elemento constructivo de la nacionalidad. Y si alguno derivaba hacia caminos divergentes, era menester someterlo o cambiarlo. Así goberna-

ron los grandes presidentes y así gobernó Roca, postrer y definitivo organizador.

Claro está, el sistema no pudo sostenerse sin viciarse, no bien disminuía el nivel moral del que lo ejercía, hasta caer en la aberración. Mas, conviene no confundir el tipo de las intervenciones de las décadas recientes con el de las antiguas. A medida que iba evolucionando el país, se hacían raras y tranquilas, terminando por ser lo que son desde el punto de vista puramente doctrinario: un proceso de índole institucional, provocado por fenómenos incontestables del orden subvertido. Los interventores coexistían con frecuencia con las autoridades en querella y eran, por su cultura y por su idoneidad, lo mejor de la gente selecta, en cuyas manos andaba el destino colectivo. Eran responsables de su acción y no faltó vez en que la presencia de un interventor cubriera con su prestigio personal al presidente mismo, siendo tal la seguridad que inspiraba y tal el tino con que se elegía a los agentes del poder federal.

El señor Irigoyen no puede invocar para sí idéntico mérito. Há convertido las intervenciones, que son recursos extremos, en método regular de gobierno. Con ello nos demuestra que su federalismo hereditario y su respeto a las autonomías, o sea el doble

adobe de la vieja propaganda redentorista, nunca dejó de ser mercadería para incautos. Tan es así, que se nos evidencia sin embages al practicar el federalismo, en su impetuoso deseo de apoderarse del país. Y lo hace con el exclusivo objeto de mando sin límites, para evitar que se escurra, a favor del voto auténtico, una situación provincial extraña a su divisa. Porque es una cuestión bandederiza y no institucional la que causa su agitado afán de absorberlo todo. No es un plan de ideas creadoras, no es un ideal de construcción progresiva lo que impulsa su actividad invasora. No hay en esa tormentosa cadena de violaciones la más vaga inspiración de bienestar de las provincias, de adelanto económico o de mejoramiento visible. Semejante aspiración no autorizaría ninguno de sus actos gubernativos. Eso reclamaría, además, aptitudes de estadista, nociones positivas de los problemas, elementos mentales que no son, en suma, su característica. Al revés, lo realizado hasta ahora prueba hasta la transparencia que es hombre únicamente lanzado a la conquista electoral. Es lo que entiende y como las elecciones reposan sobre una ley cuyo funcionamiento le inqueta, prefiere alejar la posibilidad de fallos adversos con la inmiscuencia directa en la vida de las provincias.

De esta manera piensa asegurarse el veredicto de la opinión sufragánea, sin importarle, desde luego, el lado moral de su conducta, pospuesto con franca impavidez en este asunto, como en los ddmás, conforme lo deduce cada uno de lo que lleva a cabo a diario. Va, paulatinamente, a la dictadura política, al excluir mediante la imposición de la fuerza, la regularidad de las prácticas autonómicas, como un factor enemigo. Es la dictadura. Lo es en sus formas peores. Ni siquiera se refugia en la ficción candorosa de motivos ostensibles. El señor Irigoyen interviene las provincias voluntariosamente, sin expresar causa directa ni razón acomodada al más tímido pujo de vacilación moral, a no ser la vaga razón de pelea contra el régimen, inflado con la arrogante cháchara de la regeneración, que es su padrenuestro y su avemaría.

La teoría es sencilla. Todo gobierno que no es radical es un mal gobierno. No importa que haya obtenido el sufragio de la mayoría ni es cuenta atendible la circunstancia de ser sus componentes personalidades respetables por sus condiciones. No siendo radicales son réprobos, y sus huesos pecaminosos deben caer en la vasta hoguera del fuego purificador. Es cierto que el derecho los cubre y la constitución los ampara. Nada

significa eso. El señor Irigoyen penetra el anhelo secreto del pueblo con maravillosa seguridad, tanto más cuando se trata de vísperas electorales, como en los casos de Mendoza y de Corrientes. Se dirá que ese desencadenamiento de furores va en proporción de su idealismo político, que arrasa lo constituído y destruye lo establecido a impulsos de un móvil oculto de beneficio y de saneamiento. Nadie es menos sospechable de idealismo. El idealismo es generoso de por sí y el señor Irigoyen ha demostrado que la generosidad no es su virtud. Llevado de rencores y guiado por los recelos nacidos de la íntima certidumbre de su inferioridad intelectual, consagra sus días a la persecución pequeña del adversario. Y sólo sueña con el triunfo de la urna para desalojar del territorio a los partidos enemigos y llegar al unicato que es su verdadero y definitivo programa.

La inmensa inmoralidad del procedimiento no le preocupa porque la moral de hombre público no constituye su lastre más pesado. Hace tiempo que aligeró su conciencia de esa carga inútil y es así como puede actuar sin sonrojos ni contradicciones, yendo rectamente hacia el propósito fundamental, que es el predominio absoluto e incuestionable. Especie de místico del gobierno,

su misticismo se reduce al aprovechamiento del poder y al usufructo de las ventajas que el poder proporciona al manejarlo en su favor como quien emplea una herramienta. No admite que se discutan sus actos ni que pongan en duda sus intenciones. ¿Acaso no es incurrir en herejía al discutirlo? ¿Acaso no es el presidente del plebiscito? ¿Acaso no es la antítesis del antiguo régimen? Desprecia a los de las filas opuestas como a gente dañada. Desdeña al congreso con desdén grandioso, con altanería imperial. El tono que usa para dirigirse a los legisladores es un tono sacerdotal y agresivo; cuando se refiere a la ley, su acento denuncia la indiferencia de una superioridad que confina en la violación. Ha venido al mundo con la misión augusta de regenerarlo. Es el presidente de derecho divino, revelado en su carácter sobrenatural hasta por la sumisión de los ángeles rebeldes, quietos y anonadados en su presencia deslumbrante.

Y siendo el patrón único de lo bueno y de lo honrado, nadie debe permitirse obstruirle su paso resonante y faraónico a través de las situaciones legales volteadas, de las leyes desconocidas, de la constitución hecha pedazos. Con este criterio de sublimidad, lo malo se vuelve santo en sus manos y lo vedado a los demás es lo accesible para él. Po-

sée la infabilidad y el radicalismo — ¡el Credo, ay de mí! — lava en sus aguas lustrales los pecados, que, a ser de otros, demandarían por boca de sus adláteres la horca terrible y la terrible cárcel. ¿Hay por lo menos, sinceridad en esa forma de raciocinio? El señor Irigoyen se da cuenta evidentemente de que su política supera en tosco descaro a los peores momentos del régimen. Hila su trama con afanoso entusiasmo, sin ignorar que puntadas y nudos de tal grosor no registran los lienzos más cargados de los tiempos abolidos. No, no hay esa sinceridad poderosa y profunda que rodea a los mismos errores con un halo rutilante de belleza. Desenvuelve su plan con frío cálculo, con empeñosa pertinancia, obstinado en alejar de su partido el fantasma de la derrota. Se hunde en el desacierto para luchar contra el desprestigio en que ha caído. Es una especie de megalomanía exaltada por la conciencia de su incapacidad.

En ese orden de cosas, violar la fe pública de la ley es bicoca que no merece reparo. ¿En Corrientes ganarán los adversarios? ¿Ganarán en Mendoza? A Corrientes y a Mendoza van las intervenciones. ¿Tienen esas intervenciones, a falta de justificativo real, la tranquilidad y la mesura que impone la evolución alcanzada por el país? Ningún reato

aminora su explosiva actividad de conquista. Si no respeta la autonomía, si arrolla el concepto más entrañudo de nuestra política histórica, que es el federalismo, con el agregado de que fué una de las bases de su partido como argumento de crítica y de oposición, respetará menos aún cuestiones de forma y de cultura. Y así añade a la flagrante subversión del intervencionismo sistemático la ruda desnudez, la implacable crudeza de los procedimientos.

Ya no estábamos acostumbrados a tales desahogos. El recurso de la intervención se venía haciendo cada vez más difícil y su aplicación exigía, a medida que avanzábamos, cautela mayor y prudencia continua. Lucio López fué interventor; Francisco Beazley fué interventor; interventor fué Mariano de Vedia. Todos recuerdan las intervenciones de Sáenz Peña y esa honda honestidad, esa emoción de civismo que les comunicaba como presidente reformador. ¿Qué ocurre hoy? ¿Es posible comparar cualquiera de aquellos actos transcendentes con los actos del señor Irigoyen? Su política interventora envuelve a las provincias como un huracán. No hablemos ya de los sucesos tucumanos. El señor Irigoyen anduvo barajando el asunto en la esperanza de arraigar en su cargo al estupendo gobernador, procesado por una

legislatura en la cual fueron jueces severos sus mismos correligionarios. Después de exponer a la provincia a negros vejámenes, tocó a ésta, a guisa de paliativo de tanto sufrimiento, la bondadosa aparición del doctor Garro, ciudadano inmemorial, que desde hace medio siglo viene persuadiéndonos de su carácter paradísiaco y del cual se tenía excelente opinión hasta que logró modificarla con su ministerio de instrucción pública. Manso y cándido, se presta a maravillas para endosar con su flébil corazón la pajarota de la imparcialidad presidencial, que a espalda suya sigue sirviendo de palio a los secuaces del gobernante insólito, cuya ceguera apaña con idéntica frescura, el asalto de los vecinos y el enredo de sus funcionarios en tenebrosos folletines de policías cómplices y de mujeres robadas. Y á Tucumán no le ha tocado lo peor, como lo demuestra el espectáculo de Corrientes. ¡Grande, noble y altiva tierra! No ha habido hora de confusión nacional que no pesara sobre ella el lote más duro. Tiranos y bribones agobiaron a su población heroica sin reducirla jamás, ni a buenas ni a malas. Corrientes ha triunfado siempre porque nunca se ha doblegado, y tampoco quebrará su energía granítica la expedición actual del señor Irigoyen. La república entera pronunció su juicio en tan áspe-

ra contienda. El señor Irigoyen, inquieto porque gobernaba a Corrientes un hombre demasiado probo, reemplazólo provisoriamente por Don Daniel Goytía, personaje importante porque ha desempeñado puestos importantes. Recibió la delicada misión de cavarle un hoyo al glorioso Partido Liberal y erigir junto a su túmulo el gobierno del coronel Blanco, que habría sido, sin duda, un aprovechado sargento del Chiquito Saravia. El señor Goytía llegó a Corrientes en el deseo de servir al mandatario y al cacique local, pero éste le desazonó. Era mucho pedir. Como llevaba consigo intenciones suficientes para empedrar el infierno, empezó por no saber que hacer y dióse cuenta que habérselas con aquella mesnada montaraz no es igual que espulgar el código. Un día comprendió que era instrumento de sus propios colaboradores, que por encima de sus hombros se entendían, mediante señas, con el ministro del interior, para cuya moral y gusto el coronel susodicho resulta una tierna criatura, que ha puesto sus zapatos en el umbral a la espera del sagrado regalo de los Reyes. El señor Goytía se vino y en lugar suyo quedó su secretario, muchacho experto al parecer, capaz de juntar en una las cuatro paredes de su despacho.

Y eso todavía nada significa en su misma

irresponsabilidad y en su mismo absurdo. Más grave es la situación mendocina. Allá fué destacado con rapidéz don Eufrasio Loza. Es un hombre admirable. Se recuerda su gobierno de Córdoba, tan sin atadero que se vió obligado a dejarlo de la noche a la mañana. Nada hizo, porque nada sabe hacer. Ante el control de los adversarios y el descontento de los allegados prefirió no insistir en sus cavilaciones y entregar el fardo a quien quisiera cargarlo. Don Eufrasio Loza había, sin embargo, suscitado esperanzas. Vinculado a la Universidad y procedente del régimen nefando, se le atribuyeron cualidades y se confió en su decencia. Devoto y pacífico, se educó en el odio al pecado y a las malas costumbres. Monseñores y matronas alentaron su ejemplar afición, le arrodrigonaron en la doctrina de Dios y en la constancia de la fe. Así llegó a perfeccionarse hasta confundir el novenario con "el vencimiento de términos" y el "mea culpa" con el "otrosí digo". Una piedad ensombrecida de congoja invadió su alma beatífica y estrelló sus castos insomnios con la promesa del cielo. Docto, solemne y pausado, de ademán que lucha entre la cristiana modestia y la certeza de su importancia, completan su figura magistral de hidalgo lugareño, apto para perorar en la botica de la vecindad y

presto para desgranarse en lluvia de consejos. Cuando candidato, abogó por la reincorporación de la Teología, que es ciencia suya, al aula del derecho, y cuando gobernador hizo algo más sabroso: prohibió el desnudo en la Academia, porque el desnudo se le ocurre invento del Diablo, capaz de conducir a los más tranquilos corderos a pactos horrendos con el Maligno. ¿Cómo se puede mirar sin turbarse el albo torso de la mujer? ¡Santa María Egipciaca nos acorra! El señor Loza dió vuelta su rijosa cabeza y no quiso contemplar semejante horror. Los pintores y escultores, alumnos de las Musas fecundas, tuvieron que resignarse a la disposición misericordiosa. En vano le argumentaron con ejemplos, en vano le atestiguaron con fidedigna doctrina que el desnudo de por sí no es pecaminoso, pues los papas, con serlo, regocijan a menudo sus ojos cansados en las galerías del Vaticano, pobladas de mármoles y atestadas de tablas y de frescos que glorifican la augusta desnudez. Nadie pudo poner tasa a la beatitud seráfica del señor Loza, que es rígido en su disciplina y limitado en su credulidad, según cuadra a tan ventajoso hijo de la Compañía, y su decreto púdico le exaltó una vez más ante la consideración de los que traen entre pecho y lomo una pila de agua bendita. A

pesar de eso, falló en plena católica Córdoba y tuvo que ir a Mendoza para reponerse de la vasta rechifla. Helo allí, mogollón en la provincia invadida, al servicio del gobierno invasor. Pero no nos aquietemos excesivamente. Este prócer del cirio y del breviario esconde bajo su ropaje celestial la firmeza rotunda de un soldado para obedecer las órdenes recibidas y la solidez estoica para no alarmarse en presencia del terror desencadenado a su amparo. Sonríe melífluamente y juega con los dedos cual si recorriera el rosario de sus devociones al denunciársele las calamidades que se cometen en su nombre. ¿Qué quiere decir eso? Ha prometido a los representantes de la Regeneración el anulamiento del régimen y cumple su promesa con minuciosa frialdad, comulgando, eso sí, después de cada atropello, porque esto le alivia y así queda en paz con Dios y con el señor Irigoyen, que es su profeta. Acompáñanle en tan meritoria labor gente adecuada. Hordas inquisitoriales, importadas a la provincia martirizada de todas las posesiones del radicalismo, forman sus legiones restauradoras. Borra de la sociedad y espuma de presidio constituyen el escuadrón de sus agentes, que, desplegados sobre Mendoza, dominan a sangre y fuego, extremando la dictadura bajo aspectos ignorados hasta hoy.

¿Cuál es el objeto de todo eso? El objeto es único. El señor Loza, delegado del señor Irigoyen, quiere que los radicales triunfen. Quiere que triunfen en Mendoza, en Corrientes, en Buenos Aires, en Jujuy; es su política y es su obsesión. ¿Con qué época se puede comparar esta época? ¿Qué gobernante puede ser comparado con este gobernante? No busquemos comparaciones que resultarían ofensivas para los peores de antes. Se trata de algo genuino y exclusivo que mezcla a la barbarie aparecida en la superficie la comedia de la honestidad y de la rectitud. Es la comedia de la moral pública, es la comedia de la política, es la comedia del federalismo, cubierto con la majestuosa pompa de la regeneración. El señor Irigoyen respira santidad y santidad respira lo que traman y combinan sus ejecutores. ¿Quién osará discutirlo?

Mester trago fermoso, non es de ioglaria,
Mester e sen pecado, ca es de clerecia.

Así se afirma en el "Libro de Alexandre" y así lo repiten los que aprueban al señor Irigoyen. El país, sofocado y engañado, lo creerá en parte, tal vez, hasta que venga su buena aurora, su despertar definitivo, su liberación necesaria.

La diplomacia del Sr. Irigoyen

I

Septiembre de 1918.

Se ha dicho que el señor Irigoyen no romperá las relaciones con Alemania porque la masa más numerosa del pueblo es neutralista. Los que representan esta tendencia, los neutrales, han hablado al país en un curioso manifiesto. Conviene analizarlo. ¿Quiénes son los neutrales? Sería muy difícil precisar su fisonomía social.

Aparte de su carácter católico y socialista, traducido, en la presencia de firmas netas de Córdoba y en la adhesión de algunos patronímicos antiburgueses, los demás son vecinos sobre los cuales no sería fácil abrir opinión, dada su notoria vaguedad. El manifiesto los revela por primera vez y ese bautismo de historia no logra, por cierto, aumentar su importancia. No sabemos quiénes son; sólo sabemos que son pocos. En efecto,

cualquier comisión para un corso de la calle Pedro Mendoza agrupa más ciudadanos en torno suyo. Esa indigente lista, se nos ofrece, sin embargo, como representación genuina de nuestra sociedad. Representan las actividades más diversas y resumen en sí las tendencias más encontradas. Así nos lo dicen ellos mismos.

No representan al país. Constituyen un núcleo demasiado pequeño para sintetizarlo, núcleo tan pequeño que denuncia en su angustiosa escasez la penuria de una recolección conseguida con el sombrero en la mano, obtenida a fuerza de una campaña tenaz, que no excluye en su labor terrible la prédica devota de los sacerdotes y la influencia segura de los conventos. Lo atestigua la representación de Córdoba, que es la más densa. No ocurre así con las otras provincias, que se prorratean la gloria de recomendarnos la neutralidad con visible dejadez. Entre Ríos, por ejemplo, limita su óbolo miserando a dos apellidos, que, desde luego, no condensan la tradición nobiliaria local. Los nombres porteños tampoco comprenden lo que el manifiesto considera lo mejor de la sociedad. Faltan precisamente, salvo algunos, los que son, por su lustre y su entronque, la clase superior. Esa ristra de apelativos, a fuer de exigua, es en exceso heterogénea. No están

allí los que figuran en toda manifestación de sociabilidad o de cultura.

En cuanto al significado pomposo de las actividades nacionales, acontece algo análogo. Ni siquiera los médicos, que llenan un padrón tan vasto, han querido inscribirse. Y eso que los médicos, contagiados por la moda de la ciencia alemana, suelen inclinar sus simpatías hacia los imperios centrales en virtud de su admiración profesional por la droguería teutónica y por la abundancia de los artículos ortopédicos de aquella fabricación. No son muchos los sabios del género que rubrican el documento. ¿Para qué seguir analizando? Ni la sociedad, ni la ciencia, ni la literatura rebalsan en esa tímida insinuación de germanofilia. Su expresión más categórica responde a un clericalismo estricto, en franco maridage con los socialistas internacionales, unidos por un concepto idéntico: la neutralidad nos conviene porque es ventajosa, porque es útil a nuestro comercio. En el fondo, no es esto lo que atormenta a los organizadores de esa pública exhibición de ideas germánicas. Si tuvieran el valor de opinar, habrían dicho simplemente que desean la derrota de los aliados, que aspiran al triunfo de Prusia. Es que son prusianos por temperamento, por convicción filosófica y política. No lo afirman porque tales doctrinas chocan de

un modo abierto con la conciencia del país y de ahí el antifaz neutralista que da a su actitud un aspecto vergonzante. De no mediar ese miedo, habríamos visto aparecer en ese grupo enclenque la coraza forjada durante medio siglo para sofocar con su peso la civilización alcanzada. Con todo, no han podido evitar que asome la punta del casco, como los diputados socialistas del Reichstag no han logrado disimular en su propaganda a través de Italia y de Rumania, su carácter esencial de agentes del Kaiser. Eso es lo lamentable. Su falta de franqueza los expone fatalmente a consideraciones poco respetuosoas. Se proclaman neutrales. Pero a esta altura de la guerra, no hay neutrales posibles. El mundo está dividido en aliados y germanófilos. Peor si éstos agravan su triste posición ocultando sus propios sentimientos. Con ello demuestran que conocen el error en que se hallan y si perseveran en mantenerlo como una política aconsejable es por falla moral o mental. Son, pues, germanófilos y no neutrales. Lo confesaban al principio de la guerra. Encarguémonos ahora nosotros de recordárselo ya que desde los primeros días del arrasamiento de Bélgica hemos cumplido con nuestro deber de argentinos en protestar contra la monstruosa iniquidad y hemos creído en el triunfo absoluto de los países de la liber-

tad y de la justicia, puesto que en este doble amor se funda la tradición histórica de la república.

Examinemos, aparte de esas reflexiones puramente morales, las ideas céntricas del manifiesto. ¿Por qué nos encomiendan la neutralidad? La propician porque es conveniente. Y esto lo afirma un hombre como don Indalecio Gómez, redactor evidente de esa exposición. Es doloroso ver a un espíritu tan alto y tan claro incurrir en tales razones. Trátase de un estadista cuyo talento ágil y sólido se complacen en reconocer sus más duros adversarios. Y un estadista de tal importancia no puede reducir la situación del país, que ha gobernado con brillo, a una mera medida de utilidad. Por otra parte, don Indalecio Gómez sabe muy bien que la inmensa contienda no es una simple lucha de prevalencias económicas. Es una guerra de razas, es decir, un conflicto de ideales. Los países en guerra discuten trágicamente un principio trascendente de política: así como los imperios centrales afirman con su acción el régimen absolutista y la concepción toscamente materialista de la vida, los aliados se sacrifican para imponer un concepto más elevado del hombre, una idea más alta de su dignidad. Bélgica y Serbia se han inmolado en homenaje de esa dignidad y los Esta-

dos Unidos se han lanzado a la guerra en nombre de una doctrina, en aras de una abstracción moral. En esta hora lúgubre se combate por el honor y no por la conquista de los mercados. Lo demuestra la participación de Norte América, que, como lo dijo Wilson en forma memorable, no recuperará un solo dólar de las cifras infinitas que invertirá en costear sus contingentes. ¿Para que citar a Norte América? Bélgica constituye con su conducta la prueba más impresionante de que no es una guerra económica. El manifiesto redactado por el doctor Indalecio Gómez sólo nos habla de economía.

El señor Gómez es un alma religiosa. Ha sabido dar a su religiosidad militante una elegancia señorial que completa la distinción suprema de su figura toda, a punto que lo concebimos casi como a un cardenal romano de otros tiempos, tan imbuido de su devocionario como de su Virgilio. Es su estética y su estilo. Mas, si alguien estaba obliagado a olvidar por un instante la trabazón economística de las sociedades y alejarse con noble buen gusto del tejido marxista, es sin duda este viejo aristócrata del parlamento y del gobierno. Pero el señor Gómez no se separa mucho del diputado socialista, su favorecido cofrade de la lista neutral. Ni una sola palabra de ideal y de desinterés se le-

vanta sobre la lógica bursátil que respira de arriba abajo esa pacífica página de burgueses preocupados con la marcha del intercambio. Ni siquiera una de esas frases de ficticia concordia, usada en la prosa vaticana, desentumece el compás melancólico de ese capítulo en favor de los alemanes. Se diría que el ilustre hombre público ha olviado que el destino de las naciones se agita en las trincheras lejanas. Olvida que el porvenir de la historia, la suerte entera de la humanidad se elabora obscuramente en medio del fragor de las batallas colosales: el fuego de Bukovina y de los Cárpatos alumbró la libertad de Rusia; la retirada del Marne y la victoria de Verdún renovaron con sus jornadas sublimes la energía creadora del espíritu francés; Inglaterra se ha confundido con sus colonias en un principio nuevo y fuerte de convivencia histórica; el Japón se ha incorporado a la Europa y ha aceptado las normas de la comunidad blanca. Esto surge de la guerra provocada por el estado mayor de Berlín. Los problemas sociales, los problemas étnicos se esclarecen y se resuelven a raíz de esos acontecimientos grandiosos. En suma, la civilización íntegra se juega contra los representantes de la barbarie gótica, que repite en los arrebatos del Kaiser y en la diplomacia de Wilhelmestrasse el despotismo patriarcal

de los Hohenzollern y el feudalismo bandolérico de los burgraves. Esta guerra es la revolución social más profunda que ha conocido la sociedad humana. Y ante este conflicto catastrófico un estadista como don Indalecio Gómez apenas atina con argumentos de esquiva prudencia: el expendio del trigo, las relaciones con nuestros compradores y con nuestros proveedores. En cambio, los neutrales no quieren tener en cuenta algo más grave y más serio, que es la posición del país en presencia de las naciones civilizadas. Es el doctor Gómez quien asigna á la Argentina el papel exclusivo de una factoría: al ocuparse de su comercio, cuando debiera inquietarse por su prestigio moral, la reduce a una simple productora de riqueza. Le interesa más su renta aduanera que su dignidad, en lo cual coincide dolorosamente con la dailéctica socialista.

Los que respetamos en el doctor Indalecio Gómez a un jurista sabio y a un patriota de espíritu elevado, hemos leído con pesadumbre ese pálido manifiesto. Hemos comprendido que tales asuntos son claros para su juicio pero se desvía de su recta interpretación, impulsado por sentimientos germanófilos. Es por esto que se le ocurre únicamente estudiar la situación económica del país en una hora tan honda y tan misteriosa; y cuando

intenta esbozar un plan de política trascendente cae en la enormidad increíble de proponer el arbitraje para cuestiones de honor nacional, cosa imprevista hasta hoy, y que su buen sentido habría rechazado con desdeñosa ironía en cualquier otra circunstancia. Mas, la vecindad de los socialistas le perjudica. A fuerza de transar con ellos y con los germanófilos, acaba por ser más socialista y más alemán que argentino y que hombre de estado.

La doctrina de que no debe perturbarnos la guerra de los otros países es la menos aceptable en estos momentos. Más aún, es la doctrina de los pequeños países que no aspiran a ser tenidos en cuenta en virtud de su total insignificancia. Tales conceptos se explicarían con facilidad en boca de un ministro de Liberia pero en modo alguno es admisible como fórmula de nuestro país, que ha nacido a la existencia histórica representando un ideal común al continente americano, el ideal de la libertad y de la soberanía de los pueblos. Desear la neutralidad cuando nadie es neutral importa soñar para la República un destino exclusivo de mercaderes, o sea la muerte moral, toda vez que las naciones viven únicamente cuando les anima una idea generosa, un gérmen benéfico de vida espiritual.

La inevitable caída de Alemania se deberá a esto. Ha concebido su existencia colectiva como una proyección fabulosa de sus fábricas de obuses y de sus hilanderías. Alemania caerá porque no es un pueblo libre; es una cooperativa con incalculable capacidad de agresión. Pero, una capacidad dada de agresión, suscita, al expandirse, otra capacidad de agresión análoga y es vencida ineludiblemente al encontrarse frente a países que unen, si es necesario, a la potencia de destruir, la aptitud heroica de sacrificarse por la justicia. Y la Argentina debe figurar entre los hermosos pueblos de la libertad y de la justicia, puesto que la libertad y la justicia fueron su impulso inicial.

No importa que nos convenga económicamente permanecer neutrales. Más nos conviene la dignidad. Es por esto que la Argentina está con los aliados. Quiera o no quiera nuestra torpe diplomacia, que cree en la palabra de honor de Alemania después de lo ocurrido con Bélgica, quiera o no quiera el desteñido círculo germanista, somos aliados porque somos de la civilización.

Eso se ha demostrado en el mitin aliófilo del Frontón y en el homenaje a los Estados Unidos. El alma argentina se manifestó íntegra en ambas ocasiones y no serán ahora los pocos firmantes del manifiesto neutral

los que nos convenzan de lo contrario. El objeto de este llamado a la neutralidad es contrarrestar aquella actitud ostensible. No han logrado sino evidenciar la pobreza de la opinión germanófila del país, repartida entre los buenos clericales y los buenos socialistas internacionales, acogidos a la sombra de la cruz de hierro con que premia el Kaiser, socio industrial de Dios, a sus servidores abnegados.

II

Septiembre de 1917. (1)

El gobierno ha encarado el asunto internacional con un criterio exclusivo de amor propio. Ha entregado el pasaporte al conde de Luxburg, pero mantiene sus relaciones con el imperio alemán. Es, sin duda, lo peor que nos podía pasar. El señor Irigoyen demuestra de este modo que ha castigado en el diplomático expulsado la frase hiriente para su ministro, pero no ha reaccionado contra el ataque monstruoso al país, conte-

(1) Pocos días después de haber escrito el artículo anterior, se conocieron los telegramas del ministro Luxburg, revelados por la cancillería de Washington.

nido en los mismos despachos. Lo ha considerado, repito, con un criterio de amor propio. Con esto, lejos de resolverse la cuestión, se plantea en términos más graves para nuestro decoro nacional. Si antes éramos un país ultrajado por la característica brutalidad de la política alemana, hoy somos un país que ha recibido el ultraje sin contestarlo con la única actitud posible en tales circunstancias. En efecto, el deber del gobierno habría sido romper de inmediato las relaciones con Alemania. No es la injuria al canciller lo que hay que vengar. Esa injuria no alcanza a la persona a que va dirigida, precisamente por la misma tosquedad tabernaria de su significado. Por lo demás, no es el señor Pueyrredón el que está en juego en tales momentos, sino la república, contra cuyos intereses más altos conspiró el representante de Alemania. Al aconsejar el hundimiento de barcos argentinos sin dejar rastro, el conde Luxburg atentaba contra la dignidad de la nación y contra sus intereses más concretos. Pero el gobierno se empeña en localizar esa política de crimen y de barbarie en los meros propósitos del señor Luxburg. Así debemos juzgarlo toda vez que redujo su conducta a la simple expulsión del ministro desleal, sin intentar siquiera un pedido de explicaciones a la cancillería de Berlín. No. Esos telegra-

mas no encierran el pensamiento personal del conde Luxburg. Es el pensamiento dominante de la política alemana. Es, al fin y al cabo, la teoría absurda y criminal de la declaración de guerra submarina sin restricciones, que ha determinado la entrada de Norte América en el conflicto universal.

Aquella declaración implica que Alemania, al establecer la zona interdicta, no reconoce el derecho de los neutrales. El conde Luxburg, al aconsejar que se hundieran nuestros barcos sin dejar huellas, aplica esa doctrina, con la diferencia de que recomienda evitar la posibilidad de reclamaciones posteriores.

Mientras negociábamos arreglos con Berlín, a raíz del caso del vapor "Toro" es cuando el señor Luxburg enviaba a Wilhelmstrasse semejantes consejos. De modo que la novedad del episodio no es su barbarie inmensa, sino la deslealtad increíble que acompaña a tal acción. Que Alemania desea destruir los barcos neutrales, no tenemos para qué andarlo averiguando en graves disquisiciones diplomáticas. Lo nuevo del procedimiento consiste en el agregado de evitar el rastro para eludir con ello causas de reclamaciones enojosas. Tal es la cuestión. De manera que los telegramas del señor Luxburg, lejos de ser una sugestión de índole

puramente personal, constituyen el aspecto más visible y más irritante de la política naval de Alemania.

Así, pues, el gobierno de Berlín, al desautorizar a su agente diplomático no ha hecho más que añadir otra burla al ultraje que nos ha inferido. No es posible dudarlo. Tales telegramas no se mandan a guisa de tanteo. El señor Luxburg decía esas cosas enormes a su gobierno porque están dentro del espíritu y de la práctica de Alemania. De no ser así, de contener esos despachos algo ajeno a sus procedimientos habituales, le habría, cuando menos, reprochado tamaña iniquidad. Nada de esto ha ocurrido.

La desautorización venida no es más que otro episodio de la infamia germánica. No debe ser creída, toda vez que el desmentido tardío y obtenido posteriormente al escándalo, no logra ocultar el asentimiento anterior a las monstruosidades trasmitidas por el señor Luxburg.

Esto es muy claro. Lo saben todos y todos lo ven. Sólo no lo sabe y no lo ve el gobierno. Debido a su incomprensión, circunscribe su conducta a la expulsión del ministro alemán, sin advertir que el verdadero culpable no es el ministro, a pesar de toda su deformidad moral, sino el gobierno que lo ha mantenido en su cargo, por estar de acuerdo

con él, puesto que respondía al desenvolvimiento de la misma política, la política horrenda del crimen a mansalva y de la destrucción desesperada que tipifica su acción desde el comienzo de la guerra.

El señor Irigoyen ha debido, romper las relaciones con Alemania al mismo tiempo que entregaba el pasaporte al conde de Luxburg. Unicamente de este modo habría redimido al país de la afrenta sufrida. No lo ha hecho. Ha confundido el amor propio de su ministro insultado con el decoro de la nación, que se encuentra tan humillado como antes de la presunta expulsión del diplomático alemán.

En vez de asumir una actitud enérgica que nos dignifique ante los pueblos civilizados, el señor Irigoyen envía una nota a Berlín, llena de obsecuencias humillantes, que significan en el fondo algo así como una disculpa anticipada por la entrega del pasaporte.

Esta nota es casi tan deprimente para el decoro argentino como la misma actitud de Alemania. Para colmar la medida, el señor Irigoyen, rodea al ministro expulsado de consideraciones cuya galantería melíflua lo convierte, no en el personaje siniestro de una maquinación inhumana, sino en huésped agasajado con minuciosa afabilidad. Esto es tan imprevisto, que ha provocado lógicamen-

te el reproche más unánime, como lo demuestra la actitud del congreso. Pero supongamos por un instante que el señor Irigoyen exagera con esto su voluntad de exteriorizar en tales actos la caballerosidad argentina. Con eso nada logra. En cambio, lo que debe exteriorizar, que es la existencia del decoro nacional, el sentimiento firme de la dignidad del país, eso que es tan substancial y tan fácil, no encuentra en el señor Irigoyen la menor expresión.

No debemos dudar, todavía, del patriotismo del presidente, ni de la sinceridad argentina de sus colaboradores inmediatos. Pero lo que también está fuera de duda es que uno y otros carecen de la energía de carácter y de la seguridad de criterio para velar por los intereses morales más elevados de la república. Es por esto que nos hallamos en tan afligente situación. El mundo civilizado nos contempla con triste asombro y se da cuenta de que somos un país que rebaja su tradición magnífica de libertad y de justicia porque sus gobernantes no tienen la aptitud necesaria para gobernarlo, ni la noción de la hora actual, hora trágica que arrastra a los pueblos a defender la civilización y en la cual sólo la Argentina, histórica y heroicamente libertadora, no se atreve a pronunciarse en favor de la humanidad.

Esta disminución deseperante del prestigio argentino se debía ya antes a la política sin rumbo y sin ideas fundamentales del gobierno del señor Irigoyen. Ahora se añade a la neutralidad temerosa el orgullo nacional herido y que, a pesar de todo, los adalides oficialistas presentan como fortalecido y ennoblecido por los actos del gobierno.

La realidad es que hemos descendido demasiado. Si el señor Irigoyen no vuelve por la dignidad de la república, si nuestro gobierno no nos coloca del lado de la civilización, si no restituye a la Argentina la posición moral que le corresponde, habrá llegado el instante de demostrar al mundo que la política de miedo y de aislamiento, seguida por el presidente y sus ministros, no es la del pueblo argentino. Habrá llegado el momento de hacer algo en el país que pruebe que somos dignos, no de la misericordia actual, sino de la amistad y del respeto de las naciones empeñadas grandiosamente contra la barbarie de Prusia.

III

Octubre de 1917.

El señor Irigoyen anunció a los delegados del Comité Nacional de la Juventud que acataría la voluntad del pueblo en el grave asunto internacional. Lo dijo con las pupilas fijas en los siglos venideros, sin omitir los golpes en el pecho prócer, que son comillas de inmortalidad puestas a esa declaración solemne. No es poca promesa, tratándose de un presidente cuyo evangelio es la democracia y cuyo catecismo es el sufragio libre. Pero ¿qué entiende el señor Irigoyen por sanción popular? Hombre de lógica mayoritaria, no se le oculta, sin duda, que la opinión colectiva se manifestó con singular abundancia en favor de la ruptura de relaciones con Alemania.

En efecto, el pueblo dió su parecer en forma clara desde el primer instante. No bien se reveló el escándalo de los famosos telegramas, la calle y las columnas de los periódicos tradujeron idéntico sentir y todos esperaron la actitud única como respuesta al ultraje alemán. Mas he aquí que ese plebiscito no es suficiente. El señor Irigoyen aguarda otro pronunciamiento en este sentido. Aspira a que el país en masa le signifi-

que su anhelo y recién después de ésto, considerará oficialmente que el decoro argentino necesita una defensa más enérgica y una expresión más cabal de desagravio.

Esta es la situación, reducida a términos desnudos y esquemáticos. En tal caso, no es la sanción popular la que falta a su conducta. La tiene y prescinde de ella. Son sus ideas personales las que determinan el actual estado de cosas. Lejos de guiarse sufragáneamente, como cuadra a su fe política, por el índice del mayor número, se aisla y se ensimisma para perseverar en un error que comporta para la república, la deshonra y el desastre.

El señor Irigoyen realiza en el gobierno un programa germanófilo. Puede no serlo personalmente. Lo es en la práctica. Más aún, es germanófilo por el hecho exclusivo de creer en la palabra de los alemanes. Sólo así se explica su extraordinaria posición frente a los acontecimientos producidos. Asambleas enormes solicitan la ruptura; el congreso opina de manera idéntica; la prensa exterioriza un juicio análogo. A pesar de eso, el señor Irigoyen sostiene lo opuesto. Entonces, no es ya la razón de plebiscito la que le preocupa, sino sus ideas individuales los que predominan sobre el conjunto diverso de sugestión y de causas surgidas del alma misma de la nación.

¿En virtud de qué impulso procede? Conviene examinarlo. La hipótesis que aparece inmediatamente, es que el señor Irigoyen mide y compara la ofensa con la disculpa y acepta esta última. Veamos. El ministro de Alemania ha injuriado al gobierno y por ende, al país. Hizo algo peor, que es agredir al país en sus intereses y en su soberanía. Si la cancillería de Berlín nada dijera a raíz de tales despachos, la expulsión del ministro no habría sido bastante.

Mas de allá vino la consabida explicación. Aquellas cosas monstruosas del conde Luxburg no eran sino expansiones individuales que la diplomancia del imperio no aceptaba. Esos jamás influyó como consejo ni fué aceptado como plan.

Es, en resumen, la nota de la cancillería germánica, creída por el señor Irigoyen, a juzgar por su pasividad actual. Pero ¿cómo es posible creer al gobierno alemán? No es necesario tener pruebas concretas para demostrar que la conducta del señor Luxburg responde al sistema general de la política alemana. Es la esencia y el fondo del espíritu alemán, que reposa sobre la iniquidad y encuentra en la mentira su equilibrio permanente. Lo evidencia la historia de la guerra y lo afirma la tradición de los núcleos teutónicos desde su origen más remoto has-

ta hoy. ¿Ignoramos, acaso, las siniestras maniobras de la diplomancia alemana en Italia, en Rumania y en Grecia? Las revelaciones sobre el espionaje alemán en Norte América denuncian la presencia del mismo propósito allí donde hay un representante de los intereses alemanes. Convengamos en que el conde de Bernstorf es una personalidad diplomática que, por su posición y por su importancia, debe ser considerada como un tipo comprensivo de la vida política alemana. Sin embargo, el conde de Bernstorf es igual al señor Luxburg. Resulta algo así como un Rocambole del mundo oficial, complicado en intrigas tenebrosas, en vastas novelas de crimen y de traición. Ese embajador severo y pomposo, era el jefe inmediato de una pandilla de sobornadores a los cuales pagaba con dinero solicitado al ministro de relaciones exteriores de Alemania. El conde Bernstorf actuaba con un apodo, como se actúa en la vulgaridad del delito.

Si el gobierno norteamericano, en conocimiento de los sucesos tramados, hubiese preguntado al de Berlín si se hacía responsable de la obra de su agente, le habría contestado con la negativa más rotunda. De esta manera, von Jagow y Bettmann Holweg, que le mandaban instrucciones, le hubieran desautorizado. Exactamente lo propio acon-

tece con nosostros. La cancillería de Berlín desautoriza al conde Luxburg cuando el gobierno argentino lo exige. ¿Por qué no se desautirizó a ese diplomático al recibo de su primer telegrama? Si admitimos que en Wilhelmstrasse se conocían esos despachos inicuos antes de conocerse en Wáshington — y esta es la verdad — no podemos admitir que el gobierno alemán no sea cómplice de su ministro en Buenos Aires. Aceptarlo es dar una prueba de excesiva ingenuidad o manisfestarse en extremo interesado en la conservación de la amistad con Alemania. ¿En cuál de las dos equivocaciones incurre el señor Irigoyen? Creo que en la segunda y esto es lo espantoso.

El señor Irigoyen no cree en la buena fe del gobierno alemán. De no ser así habría aceptado en una forma categórica la explicación venida de Berlín. Hasta se habría reducido al simple retiro del diplomático culpable. No sucedió así. Es cierto que procedió con vacilaciones angustiosas y obrando como a regañadientes. Declaró clausurado el asunto con el envío de aquella nota sumisa, más parecida a una solicitud de disculpa que a una comunicación de entrega de pasaporte. Más tarde, en presencia de la agitación popular y del ambiente de las cámaras, rectificó el procedimiento añadiéndole,

a desatiempo, apremiantes petitorios de explicaciones, cuyo carácter de ultimátum permitió sospechar una posibilidad de ruptura. Además de esto, se apoderó de la correspondencia diplomática del imperio, secuestro que de por sí supone un acto de hostilidad de tal índole que excluye la suspensión de relaciones por significar lo mismo en la realidad de los hechos. Es un acto únicamente admisible con una nación con la cual existe el estado de guerra. Al final de tan largo proceso, acaba la doctrina del señor Irigoyen en la conclusión del conflicto. Todo queda bien y no hay para qué interrumpir la neutralidad, desaparecida, para mayor absurdo, con la nota confraternal a los Estados Unidos.

He aquí la asombrosa charada frente a la cual se encuentra el país.

De aquí surge esta consideración: la política alemana, inícua y bárbara, obliga a no creer en el honor de su palabra. El señor Irigoyen tampoco cree en ella, pero admite explicaciones de un gobierno que asciende y gratifica a los personajes siniestros de sus maquinaciones de melodrama. Siendo así incurre voluntariamente en la equivocación de seguir un programa de diplomacia germanófila. Lo es el de la neutralidad en general. Lo es con más violencia y con más evidencia con posterioridad a los telegramas del

señor Luxburg, para quien tiene más consideraciones que para el congreso de la nación.

No es esta una sutileza de diplomacia escolástica ni un problema complejo de ese misterioso derecho internacional que invocan todos los abogados mediocres y todos los políticos que esconden su inferioridad en la huera ostentación de ese profesionalismo de tratados y de protocolos. Es un asunto de sentido común. Si el señor Irigoyen prefiere la neutralidad no obstante las exigencias más elementales del decoro argentino y a pesar de las manifestaciones concretas de la opinión pública, es porque obedece a un pensamiento íntimo de política exterior y ese pensamiento debemos conocerlo. No lo conocemos, desde luego. En cambio, lo estamos viendo. Hace una política germanófila queriendo o no. Pero ¿cuál es su idea fundamental? ¿Tiene alguna idea fundamental? Tanto el señor Irigoyen como sus voceros legislativos afirman que la Argentina debía haber roto las relaciones con los imperios centrales hace ya mucho tiempo. Es por esto que no las rompe cuando se nos ultraja y el tosco insulto germánico hiende en lo vivo el honor del país. ¿Qué lógica es esa? ¿Qué extraño ritmo mental responde a esa increíble actitud? Esa estupenda amal-

gama de confusiones, esa maravillosa candidez y ese gusto de la contradicción no disimulan el fondo interno del teorema. Nuestro gobierno es neutralista porque sospecha a la oposición animada de ideas aliadófilas. Estoy seguro que ya habría declarado la guerra si los adversarios de su partido fueran a la vez partidarios de Alemania. Esta es la clave del enigma obscuro, y no hay que buscar otras razones. Realiza una política germanófila para continuar de un modo absoluto su política radical. Es así.

El señor Irigoyen no percibió al principio, la transcendencia del conflicto internacional, dando de esta manera tiempo a que la opinión ilustrada del país acompasara el movimiento popular en favor de la ruptura. Se halló de pronto ante esta realidad desoladora para las perspectivas de su cosecha electoral: la agitación antialemana, brotada espontáneamente del pueblo, no llevaba la marca de su grey y esto le indujo a contrarrestarla. Es así como este gobernante, que, como caudillo ha vivido en la perpetua apología de las multitudes, está ahora en desacuerdo con ellas porque coinciden en su anhelo con los opositores a su política.

Tal es la verdad. El señor Irigoyen hace política cuando todos la olvidan en homenaje al sentimiento más profundo de patria.

Es el único que se acuerda de sus adversarios cuando las opiniones más encontradas se borran, cuando los resentimientos más hondos se desvanecen. Los conservadores, los socialistas, los radicales más cultos, se unen en el parlamento para proclamar una actitud homogénea, la actitud exclusiva que conviene a la dignidad nacional. Solo el señor Irigoyen permanece en su postura antigua de combate arrastrando en su empecinamiento al país, que así le aisla del mundo para disminuirse ante América y volverse sospechoso ante Europa. Política, triste política, mísera política, ella nos traerá el desastre, como ya nos trajo el desprestigio y la humillación, pues no otra cosa significa vacilar al sufrir brecha tan recia en la honra. El señor Irigoyen humilló al país al desposeerlo de su antiguo carácter de gran potencia de la América del Sur. Con su obcecación, o lo que sea, lo puso a la zaga de Bolivia, provocando el asombro compasivo de los que fuera de la patria nos quieren bien. La actitud admirable del Uruguay y del Perú, al romper sus relaciones con Alemania, lo evidencian exhibiendo al gobierno argentino sumido en una especie de fosca torpeza. Creemos, claro está, en su buena fe, pero prácticamente es como si no la tuviera. ¿El señor Irigoyen será el responsable de este

enorme desastre? ¿No ha comprendido la hora trágicamente solemne? Sólo sabía que era de un partido, que era de su partido. Esto es una obsesión en él al punto de no darse cuenta que también es argentino y es el honor argentino que acaba de experimentar con su gobierno una caída por mucho tiempo irremediable.

IV

Diciembre de 1917.

La correspondencia secreta del señor Luxburg, publicada por nuestra paciente cancillería después de meses de vana espera, nada agrega de nuevo a lo ya sabido y ni siquiera completa con algún rasgo imprevisto el conocimiento que teníamos de su autor. Esa larga lectura sólo sirve para afirmar la impresión producida por los primeros despachos.

En efecto, vemos, a través de ese tejido complicado y espeso, que el representante alemán en Buenos Aires no se reducía a una tarea aislada de informador y de comentarista, cuyas informaciones y comentarios puedan interpretarse como expresiones de una iniciativa personal. Se deduce clara-

mente de su examen que el agente obraba en acuerdo continuo con sus jefes de Berlín, con los cuales trama y coordina el drama grotesco de su política.

En el fondo de esa literatura se destaca la silueta de los destinatarios que le alientan y le contestan. Corresponden con él como en un extenso diálogo. Les pide autorización para sus gruesas iniquidades y obtiene respuestas favorables; solicita instrucciones y pide asentimiento para fomentar intrigas, cuyo fondo advertimos en el idioma estricto y convencional de su clave. Fácilmente se ve, que, además de los telegramas, el señor Luxburg se comunica con los hombres de Wilhelmstrasee en forma menos enigmática y menos reducida; se sospecha sin violentar la imaginación que, aparte de los mensajes cifrados, la cómoda valija de la legación de Suecia ha conducido cartas nutridas y monografías adecuadas sobre los asuntos internos de la república. No se necesita aguzar mucho el ingenio para probarlo. El señor Luxburg habla familiarmente de personajes y de cosas que el gobierno de Berlín no puede avalorar sin informes detenidos, que no registra, claro está, la correspondencia traducida en Wáshington.

Esa situación de reciprocidad entre el señor Luxburg y el señor Zimermann, mi-

nistro de Estado, demuestra con excesiva evidencia que se trata de valores entendidos: Luxburg no es más que el encargado directo de una acción combinada lejos de aquí. Se podría discutir otra hipótesis si se hubiera interceptado un solo despacho en Norte América. Entonces la cancillería de Berlín habría podido sostener su inocencia. Pero se trata de un intercambio sin fin, reiterado y constante. ¿Cómo no se le ocurrió al gobierno imperial advertir a su delegado en Buenos Aires que incurre continuamente en actos de verdadera traición? ¿Cómo no se encuentra en ese denso epistolario una sola censura a la mala fe sistemática del señor Luxburg?

El doctor Molina, representante argentino en Berlín, no nos explica este hecho. Sólo se concreta a persuadirnos de la sinceridad germánica. Podemos estar seguros de que la circunstancia no le ha llamado la atención, y en sus entrevistas con el canciller y con el ministro de relaciones exteriores no se ha preocupado de un detalle tan banal. Pero no seamos demasiado exigentes con el señor Molina porque hace el papel de defensor de la iniquidad alemana. Seamos más severos con el señor Irigoyen y con el señor Pueyrredón, abogados de Alemania, a su vez.

Ellos han aceptado las explicaciones del gobierno alemán. Las han declarado suficientes y han vuelto a repetir, en versiones oficiosas, que la terminación del asunto constituye un triunfo diplomático. ¿Cree realmente el señor Pueyrredón en la inocencia del gobierno de Berlín? Si fuera así probaría una vez más que el señor Luxburg lo conoce bien.

Pero, apresurémonos a decir que el señor Pueyrredón está muy lejos de creerlo. Mucho más "anglófilo" que lo "otro", conoce, desde luego, la historia de la diplomacia alemana. Debemos suponerlo al tratarse de un viejo profesor de la Universidad, cuyas conferencias didácticas versaban sistemáticamente sobre la honradez de los funcionarios. El señor Pueyrredón ha leído, con toda seguridad, las noticias de la guerra y ha de saber a qué atenerse respecto de la fe alemana después de las declaraciones de von Bethmann Hollweg en el Reichstag, a raíz de la invasión de Bélgica. ¿No ve, acaso, repetirse en los telegramas del señor Luxburg el mismo concepto del honor? ¿No se da cuenta, acaso, de que es la doctrina de la "tira de papel" la que sirve de base a esa monstruosa explosión de bajeza?

Por otra parte, no es un caso nuevo ni durante la guerra ni antes de la guerra. El se-

ñor Pueyrredón lo sabe. El espíritu de iniquidad y de hiprocresía se manifiesta tanto en la vida social como en la vida política de ese pueblo hecho de ignominia y de crueldad. Es el pueblo de los subterfugios de Bismarck y del hundimiento de barcos sin dejar rastro. ¿Hay que insistir sobre el particular? Los mismos alemanes están convencidos de ello y lo denuncian al excluir de "Los comentarios" de Julio César y de las crónicas de las Cruzadas los pasajes que describen la falta de lealtad de esa raza. Por último, sus propios directores lo reconocen en Alemania, según puede verse en los artículos de Harden y en los dircursos de Liebcknecht.

En tal caso, ¿cómo admite el gobierno, al cual sirve el señor Pueyrredón con tan beatífica mansedumbre, la teoría de la responsabilidad individual del ministro alemán en Buenos Aires? La explicación es neta: el señor Pueyrredón está resuelto a continuar en el ministerio. Debemos suponer que es esto y no otra cosa. Independiente por su posición pecuniaria, distinguido por su origen, nada le obliga a contrariar lo que podríamos llamar su conciencia. La contraría, sin embargo, desde hace más de un año y sólo porque no se resigna a la caída histórica de separarse del señor Irigoyen, a quien

admira con entusiasmo, pero sin convicción. Quiere ser ministro. Quiere serlo el mayor tiempo posible, ya que esta dicha inesperada no se le presentará otra vez. Sabe con Fausto que si se tiene al diablo por la cola no hay que largarlo así sea a costa de venderle el alma. Es cierto que el diablo sólo compra cosas de valor, a juzgar por sus negociaciones con el sabio de la leyenda y con el arquitecto de la catedral de Colonia. Pero el señor Irigoyen no es tan exigente como el cavernoso Mefistófeles, a quien ha de considerar, a buen seguro, cargado con el oprobio del viejo régimen...

Helos ahí, pues, a los señores Irigoyen y Pueyrredón aceptando, sin discutir, las satisfacciones dadas por la cancillería de Berlín y transmitidas con los habituales juramentos y testimonios por el inefable doctor Molina. Lo curioso es que ahora se publica toda la correspondencia de la legación teutona y el gobierno sólo se limita a afirmar que las informaciones del señor Luxburg son inexactas. ¿Lo son en realidad? Hay que dudarlo mucho más de nuestro gobierno que del señor Luxburg. Comprendo la gravedad de lo que digo, pero no hay más remedio que hundir el cuchillo en carne propia ante la enormidad de tan espantosa aventura. La impresión de cada uno, empezando por el

mismo diplomático alemán, es que el gobierno argentino desenvuelve una política germanófila. Así es en verdad. Lo prueba el hecho de que a pesar de que se nos hunden barcos y se nos insulta, el señor Irigoyen se esfuerza en mantener una neutralidad, cuyo carácter equívoco lo hace sospechoso. Es cierto que el señor Irigoyen manifestó a los delegados del Comité Nacional de la Juventud que ha obtenido con la fingida entrega de pasaportes al señor Luxburg un triunfo diplomático sin precedentes. Pero vemos que su conducta se conforma con las descripciones de la correspondencia secreta: encabeza una política contra los Estados Unidos, país a cuya zaga no quiere ir, según declaró a los delegados aludidos. En cambio, le parece bien ser dirigido por los agentes germánicos como acontece en efecto.

Es probable que lo haga por contradecir la inclinación del sentimiento argentino. Tal vez habría sido partidario de la ruptura de relaciones con Alemania si el senado y la cámara no la hubiesen aconsejado. La sanción del congreso le parece una treta de los opositores, y por eso prefiere estar de acuerdo con Alemania y no con los argentinos que combaten sus golpes de estado en las provincias. Por eso permite a los agentes alemanes pulular en el territorio de la nación y

organizar sus crímenes continuos y su obra de espionaje y de traición. Así es. Después de haber expulsado teóricamente al señor Luxburg le permite vivir y trabajar en el país. Junto con él se encuentran empeñados en la misma tarea los funcionarios de la legación, los cónsules, el ministro de Austria Hungría, el ex ministro y los ex cónsules alemanes en el Uruguay y los del Perú y del Ecuador, que no tardarán en venir. El señor Irigoyen no carece de noticias sobre el resultado de esa obra siniestra, maquinada a diario por los elementos germánicos que protege. Ya se sabe que la salida misteriosa de Luxburg a la estancia de General Madariaga se debió a la comprobación de la policía de que dicho personaje estaba en contacto con organizadores de huelgas violentas.

En tal circunstancia no se puede creer sino en una política oficial en favor de Alemania, aunque esa política nos cueste la amistad con las naciones más vinculadas a nuestra historia y a nuestro progreso. El señor Irigoyen es germanófilo y sus ministros son lo que él quiere que sean: son mansos y obedientes y le acompañan en el propósito de entregar la república al enemigo. De otro modo no puede comprenderse la actitud del señor Irigoyen. Su diplomacia traiciona al

país en sus intereses más elevados y más inmediatos. Pero el señor Irigoyen se equivoca si supone que la nación soportará con igual docilidad su política exterior como su política interna. El honor de la patria significa para los ciudadanos algo más que el fosco episodio de Tucumán o las intervenciones brutales a Mendoza y a Corrientes. Si el señor Irigoyen persiste en su diplomacia acabará por ser asociado en el espíritu del pueblo a los que conspiran contra nosotros bajo su protección. Y el pueblo aplica los pasaportes en una forma muy distinta de la del señor Pueyrredón.

V

Febrero de 1918.

Los diarios sorprendieron al público — hace pocos días — con la noticia de una reclamación alemana, satisfecha con singular rapidez por la cancillería de Buenos Aires. Tratábase de un pedido de explicaciones relacionado con el señor Luxburg, que continúa siendo el huésped permanente del país. El gobierno imperial, que no abandona sus cosas como nosotros las nuestras, quiso saber la causa de los malos tratos inferidos a

su representante, expulsado en teoría y activo en realidad desde su alojamiento en el hospital. El señor Irigoyen, inventor, como se sabe, de una diplomacia nueva, explicó las diversas incidencias y, según parece, la cancillería berlinesa aceptó las razones dadas, a punto de enancar en aquel pedido la solicitud de regularizar sus relaciones con la república mediante el reconocimiento de otro ministro. Dícese que el señor Irigoyen y el señor Pueyrredón, al cual no ha calificado todavía el presunto sucesor de Luxburg, quedaron en contestar. Es asunto serio y esa buena pareja de hombres públicos estará ahora meditando una solución, que, seguramente, será señalada en las cámaras, por un ministro cualquiera, como un acto de milagrosa inteligencia y de sorprendente utilidad.

¿En qué términos se contestó la reclamación alemana? Las notas oficiosas son parcas al respecto y creemos que en Alemania se sabe lo que aquí se ignora. En verdad, los distintos episodios en que actuó el diplomático alemán desde que se descubrieron sus telegramas hasta su vuelta a la capital, no son conocidos en sus detalles más pintorescos ni se percibe, a primera vista, el móvil razonable del gobierno. Se le expulsó y creíamos que dentro del plazo fijado al en-

tregársele el pasaporte nos libraríamos de su presencia. Pero nos informamos después de que se había resuelto tener consideraciones con el siniestro personaje. El señor Luxburg quedó entre nosotros. En su casa de Belgrano recibía a sus amigos — hay una larga lista de amigos del señor Luxburg — y actuaba con eficacia en contra de los intereses de la nación. Agentes consulares, funcionarios austrohúngaros, diplomáticos expulsados del Uruguay y del Perú, compatriotas enérgicos, acudían a su residencia para urdir y para combinar. Empleados de policía le cuidaban sus espaldas y le trataban con la cortesía y la reverencia impuestas por el ejemplo presidencial al enviarle al edecán como disculpa de las manifestaciones patrióticas. Se recordará, imagino, que el señor Irigoyen se creyó en la necesidad de pedir perdón al señor Luxburg porque había en la metrópoli un grupo de ciudadanos con sentimiento nacional.

Un buen día, el señor Luxburg desapareció en automóvil y antes de terminar la semana fué traído con la fuerza pública y embarcado a la madrugada para Martín García. Muchos comentarios se bordaron sobre el incidente. Díjose que se había escapado para desenvolver un plan de acción germánica en un establecimiento rural de

propiedad alemana. Otra versión atribuyó a la huída misteriosa un carácter distinto. Tal vez convenga contarla, ya que los periódicos no la dieron entonces. Según esta versión, no hubo tal huída, sino una especie de alejamiento forzoso. Parece que el jefe de policía pudo comprobar que el señor Luxburg se hallaba en combinación con algunos provocadores de huelga, cuya índole violenta denunciaba, por la frecuencia del "sabotage" inútil, el propósito sistemático de destruir la riqueza del país. El jefe de policía dió estos datos al señor Irigoyen y le instó a que le autorizara a alejarlo de Buenos Aires. Obtenida la licencia, el señor Luxburg partió, urgido por el funcionario policial. Todo eso lo ignoraba el señor Pueyrredón. Lo supo al día siguiente, en una tertulia familiar, y resolvió, en el acto, tener amor propio. En efecto, presentó la renuncia de su cargo. Era un momento turbio para el señor Irigoyen. Otros ministros habían dimitido a su vez y para conjurar la crisis, pidió al señor Pueyrredón el retiro de su imprevista renuncia a cambio del derecho de hacer del conde de Luxburg lo que mejor le pareciera. El señor Pueyrredón aceptó el trato e impuso a Luxburg aquel regreso lleno de vejámenes y su confinamiento en el lazareto de la isla.

Tal es la versión que circuló en aquel tiempo. Es probable que sea cierta. No se explica ese brusco retorno, con escolta de policía, después del envío untuoso del edecán, ni se concilia con la permanencia del ex ministro en el territorio. Luxburg no fué, efectivamente, expulsado, quién sabe por qué razones. No quería ir a Chile, no quería ir al Paraguay donde todavía es ministro. El gobierno del señor Irigoyen consideró estas objeciones. Si las tomó en cuenta, no tenía derecho a aplicarle más tarde vejámenes de toda especie. Mas ¿es posible, acaso, penetrar el pensamiento del señor Irigoyen? ¿Acaso hay alguien que comprenda con exactitud la conducta del gobierno en esta cuestión tan obscura y tan extraordinaria? Sólo se deduce una cosa, y es que el señor Irigoyen, con su flamante y exclusiva escuela diplomática, no ha omitido oportunidad para disminuir el prestigio argentino.

El señor Luxburg, no obstante la ficticia entrega de pasaportes, prosiguió siendo en realidad el ministro de Alemania. Maneja la legación y atiende los intereses alemanes con mucha más certeza y resultado que el ministro argentino en Berlín. La previsión alemana no falta en parte alguna. Está presente en todos los teatros: las huelgas re-

petidas y el incendio de campos prueban claramente que Luxburg y sus agentes trabajan con éxito, amparados por la ineptitud crónica del gobierno.

Entretanto, el señor Irigoyen nos asegura que nadie llevó a un grado tan resplandeciente la dignidad del país. Considera que el corte dado al conflicto con el imperio teutónico, es el certificado de su genio y la demostración evidente de que desempeña en el mundo una misión divina. Estima que su diplomacia nos asegura la buena voluntad de los imperios centrales y la amistad de los aliados. ¿Puede ponerse en duda semejante creencia? Ahí está el negociado de los cereales para negar cualquier sospecha en contra. Y tiene razón desde su punto de vista. El señor Irigoyen no entiende lo que es una cuestión moral y no se da cuenta de que la venta del trigo a Inglaterra y a Francia, puntualizada en un convenio formal, sin previa ruptura con Alemania, nos exhibe precisamente como un pueblo sin noción del decoro. Si el señor Irigoyen supiera pensar y tuviera la aptitud de analizar, se habría dado cuenta de la posición en que ha colocado a la república. Comprendería el valor moral del honor. Pero como esto no sucede, tampoco advierte el señor Irigoyen que somos, debido a su obra, un pueblo sin escrú-

pulos: mantenemos relaciones amistosas con Alemania, que nos insulta y nos hunde barcos, y al mismo tiempo vendemos y prestamos dinero a los aliados. Tenemos la moral de los buhoneros, la religión de los traficantes.

Para mayor desdoro, damos todavía explicaciones a Alemania respecto del señor Luxburg, cuya presunta desautorización por parte del gobierno germánico, constituyó la base de las satisfacciones de la cancillería de Berlín. Esa falta de idea del honor es la condición de la diplomacia del señor Irigoyen. Ha hecho el negociado con los aliados y desciende a explicar a los alemanes su conducta con un particular — pues ya no es otra cosa el señor Luxburg — que perturba la tranquilidad del país. Si mañana le piden más explicaciones, volverá a darlas con igual entusiasmo, lo cual no impedirá a sus ministros proclamar altivamente en las cámaras que nos hallamos bajo el mejor gobierno del universo, el mejor desde luego, pero que ha puesto a la república al nivel de Liberia y la zaga de Costa Rica.

La libertad de pensar

El señor Salinas, ministro de Instrucción Pública, ha repartido una circular según la cual queda prohibido a los profesores ocuparse de los países en guerra. El gobierno del señor Irigoyen, que encuentra en el señor Salinas su expresión más intelectual, no quiere herir la susceptibilidad de los extranjeros—a juzgar por aquel documento—y para evitarlo ordena el silencio en las escuelas y en los institutos. Ningún maestro podrá referirse en lo sucesivo a las consecuencias ya visibles de la conflagración, ni podrá, al enseñar los elementos de derecho público, señalar el caso supremo de Bélgica. Tampoco podrá hablar del patriotismo ni lo que en moral cívica se debe entender por honor nacional, pues caerá fatalmente en lo vedado por el ministerio. Si comenta la sublime resistencia de los belgas y de los serbios, el desventurado maestro desagradará a la colonia alemana. Tampoco se podrá hablar de nuestro comercio con las naciones

aliadas, porque esto supone el fracaso del bloqueo germánico.

Tal es la disposición ministerial. El señor Salinas, abogado y profesor, no ha vacilado en poner su firma al pie de tan monstruosa resolución. No es extraño. El señor Salinas, como hombre de leyes, ignora que para llegar a semejante medida es necesario abolir antes la ley que sanciona la libertad de enseñanza; como profesor, tal imposición no le afecta; sólo aspiran a esa libertad los que tienen algo que enseñar. No es, ciertamente, la situación de nuestro buen ministro. Es fácil suprimir lo que no se comprende y el señor Salinas obedeció sin reparos la orden presidencial, que vienen gestionando desde hace tiempo los diplomáticos alemanes y austriacos, reforzados en su tarea por los personajes influyentes que patrocinan a los colegios religiosos.

A principios de 1917 se pidió al señor Irigoyen esa prohibición. Viejos clericales envolvieron al presidente en su persuasiva dialéctica y le demostraron la ventaja de establecer un límite a los maestros. El señor Irigoyen se dejó persuadir, pero no se atrevió a decretar lo que se le pedía. El país no estaba preparado todavía para un atropello de tal magnitud. Prefirió esperar.

En efecto, fué disminuyendo gradual-

mente las libertades tradicionales y a esta altura de su política la disposición del señor Salinas resulta menos sensacional. Después de la obra destructiva de los interventores, sólo significa una violencia más, un rasgo de los tantos que perfilan, poco a poco, la dictadura que venimos soportando con la misma indiferencia que soportamos el desprestigio total de la nación.

Cualquier ministro del régimen, por mucho que le sorprendiera su ministerio y por mucho que le costara abandonarlo, habría opuesto su renuncia inmediata e indignada a una proposición de tal índole. Pero el señor Salinas no es un ministro del régimen. Es un colaborador del señor Irigoyen. Pasó durante un cuarto siglo a la sombra de los gobiernos réprobos. Si no logró adoptar en tiempo tan largo una ortografía estable y una sintaxis algo más difundida que la suya, adquirió en cambio nociones claras sobre la obediencia. Sabe obedecer con una prolijidad constante y lo hace tan bien que prueba con eso una vocación antigua de su espíritu. El señor Irigoyen le manda y el señor Salinas acata sin esfuerzo, con espontaneidad natural y auténtica. Si como abogado no consiguió penetrar el significado social de las leyes y como maestro no llegó a comprender el carácter de su profesión,

como ministro, en cambio, divisó rápidamente su destino y su finalidad: su destino consiste en obedecer y su finalidad reside en la obediencia.

Tal es su tipo moral. Hasta ahora el señor Salinas sólo provocaba comentarios festivos. Su simple aparición en las cámaras originaba la felicidad de los espectadores y la dicha de los cronistas. Esa felicidad comunicativa e incontenible se expandía por la ciudad y se propagaba por la república. Nos gustaba verlo en la banca del hemiciclo esgrimiendo su diestra, como una almohada, y nos placía oirle perorar. Sus discursos, sus frases, su tono superior y solemne, hacían pensar que a lo mejor sería una excelente persona que no se daba cuenta exacta de su posición nueva y de su responsabilidad actual y tal vez no dejaría de ser estimable al frente de una pequeña escuela en los extremos remotos de Jujuy o al frente de una lejana receptoría. Pero, está visto que no conviene reirse del señor Salinas. Su aptitud para obedecer le convierte en un ser peligroso, tan peligroso como cualquiera de los que acompañan al señor Irigoyen. Si se nos aparecen grotescos por su falta de mundo y cómicos por su falta de inteligencia, son si embargo trágicos por su docilidad al servicio de un gobierno de odio y de des-

trucción. Nos hemos reído de la figura del señor Pueyrredón, cuando conocimos la forma en que lo calificaba y describía el ministro alemán. Nos reímos con pena, más helo ahí persistiendo en sus enormes errores y sirviendo con sumisión a la política que lleva en sí el deshonor de la patria; nos hemos reído del señor Gómez y nos hemos reído de todos los que secundan al señor Irigoyen.

En realidad nos reímos del país, porque estos ministros lo enfangan y lo destruyen. Si se revelasen únicamente ineptos, nuestra ironía y nuestra risa carecería de importancia. Son ineptos para gobernar fructuosamente: son idóneos, en cambio, para conducirnos al desastre. Toleran el incendio de campos que realizan los agentes del perpetuo complot germánico y toleran los crímenes de las policías interventoras. Son, consciente o inconscientemente, los cómplices de esos incendios y de esos crímenes que resumen en su brutalidad y en su barbarie la política interna y la política exterior del señor Irigoyen. A este programa de barbarización de país se añade ahora la medida prohibitiva del señor Salinas. No son, pues, solamente grotescos: son también siniestros.

¿Podemos quedarnos indiferentes ante

una prohibición que borra con cuatro palabras el concepto de la mejor y más grande de las conquistas argentinas, que es la libertad de enseñar, o sea la libertad de pensar, fundamento de las demás libertades? El señor Irigoyen se propone, evidentemente, establecer la dictadura. Este ciudadano del plebiscito sueña con el gobierno del estado de sitio y con la supresión del derecho de los ciudadanos.. Ha empezado por llevar el terror a las provincias, por obstruir el derecho de reunión, por crear de un modo directo, en las comarcas intervenidas, el poder omnímodo de sus agentes. Las turbas que asaltan las imprentas en el interior del país lo representan con la misma exactitud que el jefe político de Mendoza al imponer a los periodistas la amenaza de su fuerza.

Teníamos antes la ignominia de la ley social. El señor Irigoyen la ha reemplazado con su arbitrio exclusivo, peor, desde luego, porque no reconoce más traba que la voluntad de sus comisarios ni más límite que la conveniencia de sus comités, interpretada por ministros sin noción cabal del derecho y por funcionarios serviles dispuestos a violarlo. Es la dictadura. Ya sé que es una dictadura de hombres con más miedo que decisión, pero es precisamente la de índole más peligrosa. La opresión de los flojos de-

riva siempre hacia el crimen. El crimen ya empieza a manifestarse en formas positivas, como en Tucumán y en Mendoza, y en formas morales como en el caso de la circular del señor Salinas.

Pero, no olvide el señor Irigoyen que expone con esa política de comandante de fortín a su propio gobierno. La tolerancia del pueblo tiene cierta elasticidad. Se soportarán las intervenciones, se aguantarán los atropellos, se tolerará la deshonra del país. Mas llegará un momento en que el pueblo comprenderá el carácter del amo que se ha dado y sabrá hacerse justicia. El pueblo, malo para gobernarse, es bueno para destruir.

Los primeros en suscitar una agitación contra la insólita medida ministerial deben ser los profesores. Es una disposición que amenaza su prestigio y anula su autonomía, que es inherente al ejercicio elevado de la profesión. No pueden sujetarse mansamente a la orden del señor Salinas sin renunciar a su individualidad, a su derecho de libre examen, a su libertad de pensamiento. ¿Cómo van a enseñar con espíritu desenvuelto y con criterio sincero si saben que una resolución draconiana les cohibe en sus juicios? ¿Cómo permitirán, por último, que el derecho de los argentinos val-

ga menos que la susceptibilidad de los alemanes? De esto se trata.

El gobierno ha decretado la supresión de la libertad de enseñanza por gentileza hacia las bandas germánicas que queman nuestras cosechas y hunden nuestros barcos; bandas protegidas por el presidente, porque forman parte de su programa de neutralidad. Responde también a su principio fundamental de dictadura: con la circular aludida se evita la discusión de un problema que indirectamente se roza con la política del señor Irigoyen.

Los maestros están moralmente obligados a defender el honor de la profesión. Mas aún: están en condiciones de hacerlo sin ninguna dificultad. Veremos si el gobierno se atreve a destruir el profesorado porque ejerce con la enseñanza la libertad de pensar, que la ley le acuerda y que es una ley de civilización.

La riqueza enemiga

Los que comentan, fuera del país, nuestra situación, muestran a menudo su asombro al referirse a la indiferencia de la opinión argentina, indiferencia que contrasta con los graves sucesos de la actualidad universal. Ese asombro se manifiesta en la mesura cortés de los comentarios, en los cuales se atribuye tal estado de cosas a un desconocimiento de la realidad. Viajeros y periodistas se esfuerzan en creer que aun no ha llegado hasta nosotros el reflejo verdadero de los acontecimientos, ni poseemos, todavía, con exactitud, la clave de lo que pasa más allá del mar. Así se explican la actitud del gobierno ante la agresión de Alemania. Estiman que procedemos con una tolerancia extraordinaria por falta de elementos cabales de juicio sobre la psicología del pueblo germánico, e ignoramos, por ende, toda la actuación de los imperios centrales, en el transcurso larguísimo de la guerra.

Esta opinión es, sin duda, la que más nos

conviene por ser la menos hiriente para nuestro amor propio. Nos presentan así como una nación feliz, que ha logrado sustraerse a la influencia de la catástrofe, obstinada pacientemente en su tarea de producir y de deglutir lo que produce, ajena, por su arrinconamiento en el mundo, al vasto conflicto. En el extranjero se dan cuenta, sin embargo de la importancia efectiva de la república y saben cuál es su línea histórica en lo que se relaciona con el derecho y con la libertad. Piensan así porque es la única hipótesis que conciben al respecto. Nos ven tolerar el ataque teutónico sin asumir una actitud decisiva y al mismo tiempo asisten a la fruición con que el gobierno del Sr. Irigoyen negocia la venta de los cereales a Inglaterra y a Francia. ¿Qué pueden decir en tal caso? Su tesis más optimista consiste en suponernos desprovistos de capacidad para comprender la hora en que vivimos y el deber que nos impone nuestra propia tradición de pueblo libre.

Es un juicio demasiado optimista, en verdad. El país penetró desde el primer momento las causas profundas de la guerra y examinó con criterio seguro la traición de la política alemana. Lo prueban la sanción del congreso y los movimientos populares, cuya índole unánime traslució con elocuen-

cia el sentimiento de la república. El mal reside, no en la incomprensión, sino en la falta colectiva de sensibilidad moral. El país quiere la ruptura de relaciones con el imperio del despotismo pero no tiene la energía necesaria para imponer su voluntad. Estalló en una explosión de ira al sentir en su carne el zarpazo del águila negra, pero no persistió en su conducta porque ello demandaba, al par que firmeza de propósitos, desinterés superior para afrontar el sacrificio momentáneo de su tranquilidad y de su bienestar. Otro tanto acontece en el orden interno. ¿Acaso no nos deprime la política del señor Irigoyen, en lo que se refiere a la vida interior del territorio, como su gestión de los negocios externos? A pesar de eso, la opinión sólo se manifiesta en cenáculos y en clases determinadas. No hay síntomas, siquiera, de una acción poderosa que denuncie la sacudida honda, el estremecimiento de raíz de la nación. Ello está lejos de demostrar la aprobación de la obra del señor Irigoyen. Al contrario. Ningún gobierno ha caído en el desprestigio con tan vertiginosa rapidez. A la oposición organizada, a la crítica de los hombres sin bando fijo, se agrega el descontento de sus antiguos correligionarios. Sus propagandistas más adictos lo censuran en voz baja y los desgarramientos

crecientes del partido oficial traducen, cuando menos, desacuerdos visibles con su tendencia a la absorción, especie de imperialismo eleccionario, o sea, el viejo "unicato", fórmula de creación radical para fulminar la política abolida del régimen.

Con todo, el señor Irigoyen, puede decir que su gobierno encuentra únicamente adversarios dispersos, formados en núcleos todavía débiles. Si es así, ¿dónde está la inmensa masa de gente opuesta a sus procedimientos gubernativos? ¿En qué partido se esconde? ¿En qué rincón se refugia? Si un extranjero dedujera de sus observaciones la política del señor Irigoyen, llegaría a la conclusión de que el presidente carece de apoyo, salvo el grupo fiel de la cámara y la multitud ignara de los comités. Llegaría a tal conclusión porque la generalidad de las personas de las ciudades y del campo son individualmente adversas a lo que el gobierno realiza. Mas aún: el grueso del pueblo juzga con certeza, no desprovista de sabrosa ironía, esa máquina de regeneración, a cuya sombra se cometen, en nombre de la misión divina que el señor Irigoyen se adjudica, los errores más crasos y los atropellos más enormes. Pero son matices siempre aislados y tentativas que no se concretan en un gran esfuerzo común. Se repite en esto el

fenómeno anotado durante el proceso internacional: al pueblo, como a las clases ilustradas, le falta valor para persistir en sus intenciones. Carece de esa cohesión que reclaman los movimientos sociales y que se debe a la aptitud de sacrificio y a la generosidad de un propósito desinteresado. Dicho con otras palabras, esa dispersión estéril y esa incapacidad de imponer los propios sentimientos, acusa una ausencia total de idealismo. Es lo único que explica esa atonía generalizada, esa especie de aniquilación espiritual del país. Es, por otra parte, una característica adquirida en los últimos años, cuyo origen fundamental es sin duda el crecimiento rápido de la riqueza, convertida en rumbo excluyente de cada uno y en religión dominadora de todos.

Debe ser ésta la causa del anonadamiento público, pues el pueblo nuestro poseía un alma distinta en épocas en que el factor económico reinaba con menos universalidad. Recuérdese, sino, la historia argentina hasta hace poco, cuando el afán del dinero y el lucro ya fácil, empezaron a ser dos normas primordiales de la comunidad. Los argentinos ignoraban entonces el miedo al peligro, que viene con el goce del bienestar permanente, e ignoraban el predominio absoluto del interés, que viene con la preocupación ex-

clusiva del dinero. Era éste un pueblo audaz e idealista. No vivía tan sólo para su beneficio, sino para el beneficio de las bellas causas y de los bellos ensueños. Un espíritu quijotil animaba su existencia y un soplo de heroísmo grandioso parecía ser la condición de sus actos más regulares. Fundó la libertad de la nación y se lanzó a la conquista de la libertad para los territorios vecinos. Se impuso insignes empresas y se empeñó en conquistas heróicas. Era lo humano lo que le empujaba a la realización de altos propósitos. Sus tribunos, sus directores, sus guerreros, hablaban el idioma de los paladines. Los océanos no eran demasiado anchos para impedir su desbordamiento magnífico, ni las montañas eran demasiado enhiestas para atajarle el paso triunfal. Soñaba con el bien de todos y las palabras del himno, al resumir el pensamiento redentor de aquellas generaciones insuperables, abarcaban la América íntegra, a los oprimidos todos, a todos los sufrientes de la tierra. La filosofía altruista del enciclopedismo francés impulsaba sus acciones, y la utopía generosa de los reformadores llenaba su corazón profundo, con ensueños de belleza y de liberación. Desconocía el cálculo favorable o desfavorable de las circunstancias, desconocía los pormenores de la realidad.

Ningún egoísmo nublaba la fortaleza de su ánimo y si hubiese sido menester echarse cabeza abajo por la cumbre o hundirse en el mar y morir en homenaje de un principio humanitario, lo habría hecho, sin detenerse a medir el abismo, porque la muerte era el abstáculo mínimo que afrontaban esos hombres inflamados de ideal.

Las luchas de la organización nacional reclamaban del pueblo idéntica obstinación e idéntica fuerza de voluntad. Cada hora significaba un sacrificio nuevo. El país se desangraba en peleas enconadas y los habitantes de las regiones más apartadas, con su caudillo al frente, atisbaban al enemigo, en el llano y en la selva, dispuestos a destruirse una vez más, por la simple divisa de su bando o por el vago concepto que formaba su noción rudimentaria de la política y de la nacionalidad. Las guerras de la independencia, las luchas de la organización, la resistencia a la tiranía, las revoluciones que prece den a la definitiva unificación de la república, muestran al pueblo argentino empeñado siempre en la misma acción idealista. ¿Nos imaginamos, acaso, a San Martín, con su ejército incipiente, midiendo las dificultades de su enorme tarea? ¿Concebimos, por ventura, a la clase directiva del país todavía incierto, analizando las ventajas materiales

de las expediciones a Chile y al Perú? ¿Podemos figurarnos a Mitre, a Sarmiento, a Alberdi, a López, examinando las conveniencias de oponerse al dominio de Rosas? Aceptaron su lote, en su momento, con grave resolución, con austera nobleza. En sus actitudes más normales se descubren, junto con el ideal de la patria, los ideales de humanidad, los móviles del apostolado social, que asimilaron con las ideas francesas, plasmadoras de nuestra codificación e inspiradoras de nuestro liberalismo.

¿En qué rasgo nos parecemos a los argentinos de antes? ¿Cuál es el punto de semejanza del pueblo actual con el pueblo maravilloso de aquel tiempo heroico? No parecemos sus descendientes. Algunos atribuyen la transformación moral del hombre argentino de hoy a la influencia de la masa inmigratoria. Yo no creo eso. Norte América es un país compuesto de aluviones étnicos como el nuestro y, sin embargo, su vida colectiva está llena de un idealismo, que no será parecido al idealismo típico de las razas latinas, pero que encierra en sí orientaciones generosas, preocupaciones continuas, independientes de su interés material. No hay que recurrir a su última actuación ni a los discursos de Wilson para probar su intensa capacidad de ideal. Hay que estu-

diar con atención su esfuerzo hacia la belleza cuotidiana, sus múltiples movimientos religiosos, para darse cuenta de que estamos en presencia de un pueblo de espíritu hermoso. La diferencia que nos separa de esta nación ilustre y de las generaciones argentinas hasta 1890, es el distinto concepto de la vida. Norte América ha comprendido que la simple riqueza no puede ser un ideal exclusivo. Empezó a combatir la plutocracia predominante como a una tendencia peligrosa, cuya expansión absorbe las energías morales y se convierte en un elemento destructivo de la sociedad. De este modo logró sobreponerse a sus propias fallas y recobrar su antigua tradición de libertad y de justicia. Es hoy otra vez el pueblo del derecho, el pueblo de los fueros humanos.

Nosotros, en cambio, hemos perseverado en el culto único de la riqueza. Somos ahora el país plutocrático por excelencia, reducido a la aspiración fundamental de acumular el oro, de conquistar el oro, cuya faz rubia relumbra en nuestros actos y en nuestros propósitos, como guía y como símbolo. La ambición que suscita, el afán que despierta, la sed constante y agitadora que promueve, forman el alma común, la médula perceptible del país total. En el rincón más perdido, en el sitio más apartado del territorio, sub-

siste el mismo anhelo de fortuna rápida, idéntico deseo de enriquecimiento espontáneo. Esa obstinación formidable acabó por darnos un carácter en América y por fijar nuestra fisonomía colectiva, a punto de designársenos generalmente con expresiones que son fórmulas económicas. Hemos sido el pueblo de Mayo. Ya no somos sino el pueblo agropecuario. Lo afirmamos orgullosamente al comentar en los periódicos y en los discursos de los certámenes rurales y lo proclamamos con pomposa literatura al señalar los oscilaciones de la cosecha. La pizarra de la Bolsa se ha convertido en el diagrama de la conciencia nacional.

Esta fiebre del lucro ha deformado el espíritu argentino y ha deformado a su vez la finalidad social de la riqueza misma. Durante las presidencias históricas, la riqueza comprendía, además de la obtención del bienestar unánime, el propósito civilizador de extender la cultura y asegurar con ambos beneficios el orden y la equidad. Sarmiento es el gran propulsor de la riqueza, fomentada en actividades productivas. Es al propio tiempo el gran civilizador. Lo es Mitre, lo es Avellaneda, lo es Roca, que emplea el capital destinado a la compra de útiles militares en la adquisición de material ferroviario. Es un sentido de riqueza diametralmen-

te opuesto al actual. Es un sentido creador, que abarca en sus múltiples aspectos el fundamentalísimo de la prosperidad difundida, que es un nivel de justicia, y el de la organización equilibrada de una sociedad sin amargura. La plutocracia es lo contrario. Es la riqueza por la riqueza, es decir, su forma patológica, su función degenerativa. Pueblo que vive para la sola riqueza nunca llega a vivir para la historia, porque se sustrae al fin primordial de la existencia que es la elevación moral. Traiciona el instinto de grandeza que se agita embrionariamente en el fondo de las naciones más pequeñas.

¿Qué recuerdo queda en la memoria de las gentes, del hombre cuyos días se desenvuelven con la monótona regularidad y la desolada tristeza de una agenda? Al bajar al sepulcro se cierra su ciclo como se clausura su libro comercial. No ha vivido. Aquel ser sin ventura pasa por la tierra sin gozar lo bello, sin emocionarse con lo bueno, que es el más alto espectáculo de belleza. La sonrisa, la estrella y la flor no figuran en su índice gris de las ganancias y de las pérdidas, y la moneda, la inasible moneda, se desluce en sus manos y se trueca en túmulo de plomo para señalar a los transeuntes su huesa vacía.

Somos en la actualidad como el taciturno

mercader, desprovistos de ensueño y destituídos de grandeza. No entendemos la misión de la riqueza como la entendían los grandes argentinos. La entendemos como el ministro de hacienda del señor Irigoyen, que concibe el adelanto del país como un fenómeno de contabilidad y concibe el desarrollo del progreso algo así como una subasta grandiosa. Tranquilo y honesto, limita su moral a la puntualidad de los servicios bancarios y reduce su civismo a la masticación pacífica de las cifras. El ministro de hacienda, cuyo concepto de la gloria confina, sin duda, en la imaginación de un remate fantástico, no debe constituir un modelo para la colectividad. Tampoco hemos de tomar por evangelio el negociado de las cereales a fin de que éste inhiba al país para juzgar con exactitud la obra del señor Irigoyen, el cual, después de la operación, considera una herejía censurar su política. Se siente, a causa de que los aliados nos compran el trigo, más glorioso aun que el 12 de Octubre de 1916, cuando — "pío, felice, triunfador Trajano..." — se vió arrastrado adecuadamente por sus correligionarios desde el palacio del Congreso hasta la Casa Rosada. Ese mismo negociado de cereales, prueba una vez más nuestra falta sensibilidad moral. Nos revela ahogados por el afán de riqueza, deformados por una inapartable obsesión de traficantes.

Ello significa un rasgo de decadencia. Aspiramos a ser un pueblo rico en vez de aspirar a ser un pueblo digno. Rendimos culto al ídolo más duro, al más feo, al ídolo del dinero, que al no ser un instrumento de cultura, de arte y de belleza, al no ser la seguridad de la justicia y el sello de la libertad conquistada, es invariablemente el camino de la perdición. Estamos en la mitad del camino.

El maximalismo del Sr. Irigoyen

La segunda huelga ferroviaria se produjo con la misma violencia que la primera. Fundada en motivos aparentemente iguales, sus organizadores creyeron en el éxito, por estallar en el momento agudo de la labor, en el período crítico del transporte de la cosecha. Empezó en las líneas que más directamente sirven a las zonas del cereal y anunció desde el comienzo su caracter agresivo. No pocos consideran la huelga desprovista de razón y éste no es únicamente el criterio de las empresas. La disidencia ostensible de una de las dos grandes federaciones del gremio, da asidero a tales argumentos, el más importante de los cuales se basa en el hecho de haber mediado, a raíz del movimiento anterior, una especie de arreglo, emanado de concesiones recíprocas. ¿Existió en realidad semejante arreglo? ¿Quién fué su gestor efectivo? La huelga pasada se desenvolvió en un ambiente de complacencia oficial. Explotó un buen día en forma parcial, ge-

neralizándose después hasta asumir el aspecto alarmante que no la abandonó durante su desarrollo íntegro. Supimos más tarde que se volvía al trabajo debido a la aceptación por parte de los directores locales de determinados puntos del pliego de condiciones y al abandono de otros por parte de los obreros. Agréguese que el mérito fundamental era del público, pues se le obliga a costear la mejora de salarios otorgada, con el aumento de la tarifa del pasaje y del flete. Pero el gobierno se vinculó sin tardanza a la conclusión del paro y reclamó para sí la gloria de haber liquidado el conflicto con asombrosa sabiduría.

La nueva huelga prueba con claridad que el conflicto no ha sido resuelto. De no ser así no se reproduciría en forma análoga dentro de un plazo tan breve. Se reproduce con ímpetu parecido y se plantea en términos idénticos.

No se había resuelto el conflicto. El gobierno lo fomentó desde el principio, no por misericordia hacia los trabajadores ni por fantasía sociológica, sino por intereses inmediatos de política. Esto es lo cierto. El señor Irigoyen — lo he dicho con insistencia en esta serie de estudios — ignora los problemas que suscita diariamente la vida del país. Sólo comprende la política de su

partido, la política vista a través de las informaciones parroquiales de los comités. Con esta visión de las cosas, la huelga ferroviaria le pareció útil como instrumento de acción antisocialista. Tolerando la exaltación de los núcleos desbocados, llegaría — pensó — a conquistar la simpatía de la masa trabajadora y a la vez heriría la susceptibilidad de clase de los conservadores, vinculados al capitalismo productivo y, por ende, a las compañías del riel. Con tan magro raciocinio encaró el señor Irigoyen el perpetuo teorema de las huelgas. Púsose en relación con los cabecillas, tratando de seducirlos con su viejo arte de catequizador.

Se conocen algunos detalles de esas entrevistas. Los allegados al señor Irigoyen han descrito, en crónicas fidedignas, murmuradas con voz queda, esas conversaciones históricas. El señor Irigoyen recibía a los caudillos en su casa de la calle Brasil, exhibiéndose ante los representantes de los explotados, en su obscura modestia de ciudadano de la democracia, en su sencillez desmantelada de gobernante plebiscitario.

En efecto, los huelguistas no dejaron de asombrarse. Estaban acostumbrados a la pompa del gobierno, entrevisto por ellos a hurtadillas, en acercamientos fugaces, llenos de sobrecogimiento y de cortedad. Habían

tratado a Sáenz Peña, en su despacho de la Casa Rosada. El señor Irigoyen no necesitó acentuar mucho la diferencia entre uno y otro presidente. Les habló en tono familiar, fijos los ojos en el suelo, mientras los cabecillas recorrían con la mirada la habitación en que se hallaban, adornada con las sillas traídas del cuarto contiguo en el momento de la entrevista, un mapa ya borroso de la república, una mesa de paño raído, una fotografía parduzca del Frontón... El señor Irigoyen les hablaba con acento paternal. No debe creerse que exponía opiniones reales sobre el conflicto. Lejos de eso, se entretenía en atraerlos, en probarles su afecto profundo por los desheredados. Les iba diciendo lo que dijo a los delegados de las instituciones capitalistas cuando fueron a pedirle una solución de la huelga. Lo que les decía era bien simple: había conocido a dos guardas de la línea del Sud, en una noche de lluvia y de frío, y sintió por ellos una conmiseración sin límites...

En el fondo de todo eso no hay sino comedia. El señor Irigoyen no experimenta la tristeza en que viven los trabajadores ni posee sobre la eterna cuestión ideas inevitables en un hombre de estado. Le gustaría agrupar en torno suyo a los gremios obreros para substraerlos a la influencia socia-

lista. Los obreros le interesan en cuanto significan votos y no en cuanto suponen una vasta faz de la sociedad y de la obra común.

Al mismo tiempo, siente cierto rencor hacia los ferrocarriles. Los ferrocarriles son de capital extranjero, que se han desenvuelto durante el transcurso de los gobiernos del régimen y, por lo tanto, son cosa de pecado y de abominación. Por otra parte, le inspiran esa antipatía que no ocultan los paisanos hacia los grandes elementos del progreso. Son un invento de los gringos. Su mentalidad no concibe claramente el proceso técnico del país. Es de esos criollos rudimentarios que contemplan con áspera melancolía la mestización del ganado y la modernización de los establecimientos rurales, producidas por la asimilación del ejemplo venido de afuera. El señor Irigoyen, como aquel militar primitivo, enlazaría con gusto la chimenea de la locomotora en marcha y ordenaría por decreto, si pudiera, el retorno a la antigua poesía del rodeo y a la vida de la estanzuela aborigen, menos compleja y menos exigente, con su corral de palos, que la cabaña actual, urbanizada a la inglesa, con libros de contabilidad y con intervención de especialistas.

La huelga le presentó la oportunidad de hostilizar a los compañías gringas. Se re-

cuerdan los largos trámites, las minuciosas molestias a que fueron sometidos los ferrocarriles. El señor Irigoyen no quiso comprender las razones económicas que daban las empresas. Eso de los dividendos y eso de las ganancias y pérdidas no entraba en su cabeza. ¿Acaso no eran ricos los accionistas de Londres? Además, la causa esencial de los obreros tampoco la abarcaba con exactitud, pues es tan complicada en su multiplicidad de problema como la de los ferrocarriles en sí. Lo substancial consistía en prolongar indefinidamente el conflicto, a fin de dar a sus promotores la impresión de su apoyo moral y la certidumbre de su tolerancia positiva. Los huelguistas comprendieron el propósito. Averiaron ramales, quemaron vagones, asaltaron trenes en pandillas nocturnas. Las fuerzas siempre estaban lejos o llegaban después del desmán. La versión de la tolerancia oficial fué la consigna de los grupos tumultuosos.

Mientras tanto, las gestiones de arreglo se alargaban cotidianamente. El gobierno tergiversaba las promesas de unos y otros hasta que la solución se produjo, por agotamiento mutuo, resultando de ello el descontento de todos. La consecuencia más cercana fué el comienzo de una nueva agitación no bien cesada la huelga. Esta agitación se ha con-

cretado en una segunda huelga, que pudo haber costado al país, a las empresas y a los trabajadores de las empresas, tanto sacrificio y tanta pérdida como la primera. Pero esto no importa; la política partidista del señor Irigoyen sacó su ventaja del enredo. Lo prueban las últimas elecciones de Santa Fe. El personal ferroviario de esta provincia votó por los candidatos oficiales porque la policía los trató con benevolencia a raíz de los diversos atentados contra la propiedad de las compañías. Es posible que esto se haya repetido en otras provincias y en la capital. Ello demostraría que el señor Irigoyen analiza inteligentemente sus conveniencias de hombre de partido. En cambio, desconoce las conveniencias de la nación que gobierna.

Ha encarado los arduos conflictos del capital y del trabajo con un sentido exclusivo de utilidad electoral. Con esto logrará triunfar en las elecciones, pero se expone a sufrir la reacción total del país, empezando por los obreros a quienes simula proteger. Los obreros, que tienen de la política un criterio más utilitario todavía que el señor Irigoyen, acabarán por darse cuenta de la treta. Y se darán cuenta pronto, porque las elecciones se efectúan cada dos años mientras que los conflictos sociales son permanentes.

Entretanto, el país es el que sufre los re-

sultados desastrosos de esta política de duplicidad interesada. La afluencia del crédito se amengua por el temor natural de los capitalistas extranjeros y se perturban lógicamente las normas regulares de la vida económica. Hemos asistido, durante la huelga anterior, a la paralización completa de las industrias y del comercio de la república. Y ahora acontece lo mismo en circunstancias mucho más graves: los cereales, cuya venta a Inglaterra y a Francia constituye la aureola del gobierno, según lo proclamaron sus representantes en el parlamento, yacen aglomerados en todas las estaciones del territorio. Esta interrupción, por más que no sea definitiva para la exportación, origina consecuencias igualmente peligrosas. Al margen de la cosecha viven innumerables oficios y se desenvuelve un comercio especial. Esos oficios y ese comercio se malogran con el retardo originado por el paro ferroviario. Tan es así, que una huelga importante durante el período intenso de la cosecha, equivale para el país a una mala cosecha, dada la merma, inevitable que ocasiona la perturbación de los transportes.

El señor Irigoyen no lo entiende. Por más que sus amigos e intérpretes lo presentan como deseoso de afrontar los problemas económicos con criterio reformador, al es-

tilo de ciertos gobiernos europeos, su móvil verdadero se ve a distancia. Los conflictos obreros son para el señor Irigoyen un resorte electoral y nada más. Cuesta concebir al irritado adversario del socialismo y al enemigo de las compañías extranjeras — enemigas por ser éstas extranjeras — como gestor acertado de la cuestión social. En efecto, no pocos hombres de estado han sabido contrarrestar la expansión socialista por medio de leyes equilibradoras del trabajo y de la remuneración. El ejemplo de Alemania, tan vulgarizado y tan estudiado, permanece desconocido para el señor Irigoyen y para sus colaboradores inmediatos. Ni el presidente ni sus ministros son sospechables de haberse enterado de la transformación operada, desde 1871 hasta hoy, en la vida industrial del imperio germánico. Precisamente, la obra de Bismarck, aplicador inicial de las reformas en aquel país, ha consistido en fomentar la legislación de mejora social a fin de evitar los estallidos proletarios.

Ha tratado de substraer los gremios a la dirección del socialismo organizado en fuerza combativa y ha tratado de hacerlo incorporando a las leyes en vigencia beneficios cada vez mayores para la clase productora. Son múltiples las leyes obreras ini-

ciadas durante su predominio. Constituyen un código cuya evolución ha llegado a extremos de considerable amplitud. Abarca la tarea rural y los problemas del proletariado urbano, es decir, las manifestaciones más complicadas del trabajo. En esta forma el socialismo alemán no pudo invocar para sí la única representación de los intereses obreros. De este modo las reformas de Bismarck, al crear mejoras positivas para los trabajadores, impulsaban a su vez la organización colectiva de las industrias, cuyo control, puesto bajo la tutela de entidades del estado, aseguraba a éste un desenvolvimiento más eficaz y cada vez más gregario, que es el fundamento del principio germánico de la sociedad. Otro tanto, y con más audacia, se ha hecho en Inglaterra. Lloyd George, al cual no compararemos con nuestro ministro del interior, ha introducido hondas modificaciones en el régimen económico inglés. Su intervención en la huelga de los hulleros fué la de un economista, la de un sociólogo, al par que la de un hombre de gobierno.

Lejos de eso se halla el señor Irigoyen. No concibe el mecanismo de la vida económica ni imagina la naturaleza de los conflictos sociales. Más aún: encara esos conflictos con mala fe al atribuirles una utilidad

pasajera de cómputo comicial. Los problemas sociales son los problemas de la sociedad por excelencia. Afectan además de la regularidad de la producción, los aspectos morales de mayor trascendencia de la clase más densa y más sufriente. Llevan en sí una aspiración de justicia, un anhelo de equidad que no es posible descartar en ninguna de las soluciones propuestas. Es un problema doloroso, es el problema del dolor más visible, que resalta lúgubremente en cualquiera de los detalles de la existencia de los obreros y que las huelgas, que son explosiones de crisis, resumen en síntesis desesperadas. Toda huelga implica un principio revolucionario. Es la resistencia a la continuación del trabajo en condiciones desiguales de beneficio. Si se llegara a establecer relaciones fijas y equitativas entre el capital y la mano de obra, se llegaría a una nueva estructura del cuerpo social, a un sistema societario completamente distinto del presente, no sólo en lo que se refiere a las normas de la producción, sino en lo que se relaciona con la justicia íntegra y con el concepto general de la vida de colectividad. Hay al respecto dos hipótesis. Los más moderados, comprendiéndose entre éstos las gradaciones de la burguesía, sin excluir a los socialistas, sostienen la necesidad de alcanzar

la realización de este postulado de justicia por medio de conquistas paulatinas, o sea mediante la recíproca evolución de los dos factores en juego: el perfeccionamiento progresivo de la clase trabajadora y la transformación metódica del organismo capitalista. Los que se oponen a las reformas y se aferran a los moldes medioevales del privilegio son cada vez menos frecuentes. Ya no hay partidos estáticos como los había hasta 1848, pues los conservadores actuales incluyen diariamente en sus programas de gobierno reformas que los aproximan a los que reconocen como inevitable la ley histórica de los cambios sociales. La segunda hipótesis es la de la transformación violenta, brusca, rápida y catastrófica, soñada por los bakunianos y propagada hasta los alrededores de 1890. El dogma de la revolución inmediata, el principio del Apocalipsis económico, sufrió gran mengua con el impulso de las organizaciones gremiales cuyo crecimiento poderoso se convirtió por sí solo en una influencia decisiva, en un contrapeso riguroso en el equilibrio legislativo. Si por un lado la acción política del socialismo determinó una revisión de las normas jurídicas del trabajo, los movimientos obreros, los estallidos álgidos, contribuyeron todavía más. En verdad, muchos años de obra política de

los representantes laboristas de Inglaterra no habrían alcanzado el fin a que llegó la huelga de los mineros, considerada en sus consecuencias como adquisición de ventajas concretas.

Tal es el problema social bajo cualquiera de sus aspectos. Se puede utilizar esos problemas como móvil político, pero a condición de trabajar severamente por el bien de la sociedad. El señor Irigoyen ha logrado dar una finalidad imprevista a la amarga cuestión y es la del voto por sus partidarios. En todo ese debate trágico no ve más que la urna al alcance de la mano. El drama de la vida ahogada del obrero, el espanto de su miseria económica, le afligen tan poco y le conmueven tan escasamente como el fenómeno de la riqueza unánime del país, quebrantada vuelta a vuelta por los estallidos gremiales sin beneficio para ninguno de los bandos en lucha. Busca el voto de los obreros y por esto tolera sus desmanes. Ignora, sin embargo, que este es el método más temerario para asegurarse el sufragio de los tra bajadores, que son, por su posición siempre desventajosa en la sociedad, pesimistas en política y le darán hoy su voto a cambio de la ausencia de fuerza pública en los atentados, pero se vengarán con idéntica crudeza cuando perciban la maniobra engañosa. Es un

juego arriesgado el del señor Irigoyen. Lo es mucho más en estos tiempos de contagiosa rebeldía obrera. Si el ejemplo de Alemania, de Inglaterra, de Francia y de Bélgica no le sirve para inspirarse en su obra modificadora, tendiente a acrecentar la justicia, la comodidad y la elevación del pueblo, el ejemplo de Rusia, por ser más plástico en su caos inmenso, debe servirle a su vez de modelo contrario. ¿Sabe el señor Irigoyen lo que significan los sucesos de Rusia? ¿Concibe los límites del maximalismo? No es posible valerse del pueblo como de un pretexto inofensivo. El peligro consiste en caer en sus redes y volverse en sus manos un instrumento cuando no una víctima. Lo prueba el maximalismo, que no es, según creen no pocos espíritus superficiales, una batahola momentánea. Es algo más grave y más serio en medio de su pavoroso desorden. Es la revolución social, estallada en un instante, que amenaza con derrumbar el orden habitual de la sociedad. El maximalismo no ha empezado con Lenin y Trotsky, sino con la caída del régimen imperialista, al desmoronarse con éste los principales elementos de seguridad y de conservación. ¿Qué saldrá de ese infierno de pasiones opuestas, de odios y de fiebres homogéneas? No se discute en Rusia un principio exclusivo de economía o

de política institucional. Allí se dirime el magno asunto de la deseparación de la propiedad y de la renovación de todos los cánones sociales. Sueñan con la justicia definitiva, impuesta por la dictadura popular, y con la libertad absoluta, perfecta, sustraída a los prejuicios y a las tradiciones, impuesta por la tiranía del proletariado. No debemos reirnos tanto del aspecto rústico y vulgar de Lenin ni de los discursos breves e imperativos de Trotsky. La señora Kolantai, amiga de esos tremendos revolvedores de Rusia, influye más en su pueblo que la reina de Inglaterra en el suyo y que madame Poincaré en Francia. Aquellos hombres no son ridículos; son trágicos. Llevan en sí tal capacidad destructora que significan una promesa de creación desconocida. Eso es tanto más importante y temible cuanto hay síntomas de coincidencia universal con este movimiento. Es fácil observar la constante agitación obrera de España, la inquietud creciente en el mundo proletario de los Estados Unidos y de Inglaterra. Los hombres de gobierno de Europa y de Norte América se dan cuenta de lo que acontece como de una pesadilla abrumadora. Lloyd George va a los centros laboristas para discutir y razonar con el proletariado, porque prevé, para después de la guerra, nuevas relaciones en-

tre el capital y el trabajo. En Alemania y en Austria, la aurora de la libertad se manifiesta en sacudidas de huelga, en convulsiones de hambrientos.

Los que lo prevén proceden con inteligencia. Se anticipan a los hechos, pues no es filosófico oponerse a lo que es fatal.

Si el estado romano hubiese podido prever la futura expansión cristiana habría empleado, sin duda, otra política con los míseros núcleos que se juntaban en las catacumbas para comentar la palabra evangélica. Aquella vasta renovación social era la primera que aparecía en los países cohesivos del occidente, en cuyos intersticios infiltraba la fe y la libertad individuales de los pueblos místicos del Asia. La clase selecta de Roma no podía imaginar la caída del privilegio, como en efecto no cayó, en lo político y en lo económico, sino que representó una sustitución de clases. Pero, fué un cambio de sociedad y un cambio de creencias.

El maximalismo representa otra cosa. Es la aspiración a una sociedad sin creencias colectivas, fundada en la desaparición de los beneficios aislados, constituída por la equidad en la producción y en el usufructo igualitario. Fuera torpe suponer que ello sería evitable con medidas previas ni de que su estallido sea susceptible de una reglamenta-

ción anticipada. Lo que ha de venir, vendrá. Y bien venga, agregaremos, lo que ha de venir, por trágico y rojo que fuese, pues las revoluciones son inherentes al progreso, son la ley estable de las transformaciones sucesivas del mundo. Lo de Rusia es tan profundo y tan removedor que se necesita un largo proceso mental para comprenderlo.

Desde luego, el señor Irigoyen no lo entiende. En su cerebro no caben estos hondos teoremas de economía y de ética. En su imaginación de estanciero de antaño, de propietario rural, no penetran tales conceptos de la sociedad ni tampoco los conceptos contrarios, las normas opuestas. El señor Irigoyen tampoco comprende el capitalismo, tampoco conoce la historia de la transformación de la riqueza, de la vida poderosa de las industrias y del comercio, eje de las naciones y causa de las catástrofes internacionales. Comprende la política del voto, la política del atrio y del comité. "Voten por mi; voten contra aquél". Esta es su noción de la política y este es su sentido de la historia. La libreta electoral en su filosofía y su religión. Pero como dista tanto de entender el desarrollo del trabajo como el desenvolvimiento del capital, recurre a ambos como a un sufragante disponible. Con semejante sistema introduce en el país la pertur-

bación de la riqueza normal y aumenta los conflictos sociales, sin ánimo ni aptitud para resolverlos. Sin advertirlo, hace maximalismo. Pero su maximalismo no es más que volencia estéril y enajenamiento de la libertad. No impone el respeto a la propiedad y no asegura beneficios a los que la atacan.

Aprovecha el desórden a costa del país, yendo a un programa maximalista sin maximalismo y a un sistema de convulsiones sociales sin objetivo real, siendo en el fondo un reaccionario de ideas y de sentimientos, o mejor dicho, reaccionario por falta de ideas y por falta de sentimientos.

El argentinismo radical

Los jefes de las distintas fracciones radicales, y especialmente los del interior, suelen espantarse ante la influencia, grande o chica, de los extranjeros en el desarrollo de la política nacional. Ese temor, es más que nada, una crítica al socialismo, pues en sus filas militan con predilección los elementos inmigrantes. Sin embargo, el radicalismo, convertido hoy en gobierno, no puede indignarse demasiado contra tal influencia, toda vez que recurre a ella de modo sistemático. Saca partido igual en los trances eleccionarios, del italiano acriollado y del alemán inacriollable. Su carácter retrógrado da no obstante, a su tendencia y a sus directores, un aspecto criollísimo y su padre universal y absoluto, el señor Irigoyen, sugiere a los que le siguen la impresión del tipo genuino del criollo de nuestra política, en el sentido agrio que le asigna el diputado Justo. El señor Irigoyen se presta singularmente para renovar la silueta, ya borrada, de esos primi-

tivos representantes de las contiendas electorales. Su patriotismo es el de los buenos vecinos de la aguerrida parroquia de las Balvaneras, del año 90, y su concepto del país, de su evolución y de su historia, es el concepto del comandante de frontera, que añora, en el largo retiro, la época brava del fortín y contempla con silenciosa amargura el auge de los militares de escuela, agringados por las matemáticas y la estrategia, formados en un molde uniforme de disciplina mental.

El señor Irigoyen, que responde a esta psicología, se atribuye, claro está, entre sus diversas misiones sobrenaturales, la de restaurar el carácter argentino, de acuerdo con su noción arcaica de la argentinidad. Su argentinismo no es, en el fondo, sino la hostilidad al extranjero en lo que éste representa de progresivo en ideas y en procedimientos.

No es, por otra parte, un asunto nuevo. Algunos hombres políticos de los grupos moderados lo abordaron hace pocos años, a raíz de la renovación producida por la ley electoral de Sáenz Peña.

Cuando los socialistas triunfaron por segunda vez en la capital, no han faltado periódicos ni políticos que dedujeran del hecho

observaciones de grave pesimismo. Tampoco dejaron de descubrir en las cifras del escrutinio al extranjero alevosamente oculto en su derecho de ciudadanía para desalojar con su voto a los núcleos troncales del país. Este fenómeno se produjo concretamente en el escenario de la provincia, y es un senador del primer estado argentino el que dió relieve a la cuestión al margen de la pequeña victoria del socialismo provincial, con declaraciones que entrañaban una doctrina peligrosa. En efecto, el señor Gazcón, al excluir de la vida pública a los naturalizados y a los artesanos, fundó entre nosotros una tendencia contraria al espíritu elemental de libertad y de justicia, que forman la substancia íntima del régimen constitucional. Llegó en su tesis exclusivista y aristocrática a esta premisa antinómica: el extranjero que se vincula con el medio y obtiene su ciudadanía, sólo puede aspirar al cumplimiento de los deberes del ciudadano, pero nunca al goce de los derechos procedentes de aquella misma situación; el artesano, factor de la riqueza y del progreso comunes, como cualquier miembro de cualquier grupo social, se halla, según dicho postulado, en análoga circunstancia.

Como se ve, la teoría del señor Gazcón, que reclamaba para sí, como hoy lo hacen los radicales, el privilegio de velar por la tra-

dición de la república, se opone a ella en lo que tiene de más fundamental. A fuerza de querer conservarse, resulta su principio decididamente revolucionario, lo cual es interesante, puesto que nos proporciona el espectáculo curioso de colocar a los socialistas en posición de conservadores del más riguroso carácter, al defender ellos el concepto verdadero de la carta orgánica. Habría sido lamentable que tal orientación, desde luego aislada y sin perspectiva de prosperidad, sólo fuera combatida por la agrupación directamente afectada. Era necesario que se levantara en el senado provincial una voz tranquila para definir lo anómalo de semejante postura. Los conservadores lo han hecho con éxito, abarcando, con el examen del problema inicial la doble cuestión del naturalizado militante en política y del socialismo revelado al país como entidad influyente. El radicalismo imperante renueva el problema.

A mi juicio, la cuestión originaria no es más que una, y es la presencia de los socialistas en los sitios directivos del estado. Confesémoslo con sinceridad. Si el extranjero con derecho al voto, o mejor dicho, el argentino nacido en otros lugares, fuera una masa aun más considerable y actuara ostensiblemente en las líneas del señor Irigoyen, su influencia no sería discutida ni temida. Es lo

que ocurría hasta hace pocos años. A muchos patriotas excelentes les parecía normalísimo acuartelar naturalizados, por medio de caudillos congéneres, para llevarlos a elecciones de dudoso cariz. Hoy, esos elementos, al destinar su boleta a favor del doctor Justo, se nos ocurren hostiles a nuestra finalidad de nación y a nuestra índole de argentinos. En tal caso, digamos con franqueza que el tema en debate no es el del extranjero en sí, sino el del socialismo. Y lo grave es que se le quiera combatir, no en el terreno teórico o práctico, analizándolo, midiéndolo en sus consecuencias posibles, en sus resultados hipotéticos, en sus aplicaciones más o menos conocidas, sino con la eliminación, disimulada en argucias sentimentales.

¿No sería más cuerdo y más prudente afrontar la crítica del socialismo en una forma menos absoluta y más positiva? Yo diría que es también la forma más fácil. Es lo que deben hacer los antisocialistas del congreso y de las legislaturas. Cuentan para ello con los documentos abundantes de un siglo entero de la historia política, económica y social de Europa. Y es la historia de la democratización paulatina de las instituciones europeas la que nos demuestra hasta qué punto influye la obra socialista en ese desarrollo y hasta qué límite es permitido consi

derar fracasado o concluído este movimiento de ideas, convertido en fuerza cohesiva, después del Manifiesto Comunista.

De este modo, con un poco de estudio apacible, se verá que los partidarios de la sociedad bien organizada deben al socialismo disciplinado en partidos, la preocupación de los fenómenos sociales. El socialismo ha ejercido una presión intensa sobre las clases dirigentes, las cuales arribaron de esta manera a la comprensión exacta de los problemas económicos y jurídicos que la crítica socialista reveló en la integridad de sus fallas y en la profundidad de sus vicios. Me dirán — lo preveo — que esas mismas críticas, que constituyen la base vertebral de la propaganda, desde Marx con su "Capital" hasta los discursos de sus lejanos cofrades en la cámara de la nación, existían antes del Manifiesto Comunista. Así es. Pero esa crítica adquirió valor perentorio al agruparse en el molde constructivo de un sistema, que se tornó al poco andar en la chata y ruda biblia de un partido. Gracias a su insistencia, se pudo penetrar sus razones parciales y aplicarlas, de acuerdo con la evolución inapresurable y con la voluntad de las agrupaciones burguesas.

Es ésta la obra más benéfica del socialismo. Su virtud histórica consiste en haber

generalizado en el mundo un concepto equitativo de justicia social. Y este concepto, al ser profesado por los no socialistas, ha mejorado, puesto que abarca no sólo a una clase determinada, sino a todas las clases concurrentes de la sociedad.

Pero esas son las reformas, que, siendo del socialismo en su origen, fundamentan los programas de los partidos moderados, radicales y aun conservadores, ya que el sentido de justicia no es concebible como patrimonio exclusivo de una secta. Es la expresión unánime de los países evolucionados.

¿Dónde se encuentra, pues, la posibilidad de afirmar la bancarrota del socialismo? No olvidemos que el socialismo se divide en dos socialismos: el inmediato y el mediato, el mínimo y el máximo, el sensato para las vastas mayorías y el que resulta utópico para esas mismas mayorías. Es decir, se presenta como aceptable en los principios rudimentarios de las modificaciones sociales de evidente necesidad, y constituye una serie de aspiraciones comunes a los grupos políticos, desde los conservadores hasta los demócratas de la burguesía liberal. Más, en sus lineamientos filosóficos de doctrina, se le oponen resistencias que encarnan leyes que vienen de lo más hondo de la historia humana. Y es la filosofía socialista la que ha fracasa-

do. Sus constructores más grandes y más geniales han establecido cánones, variables en sus prolijos detalles, pero iguales en la esencia del estado socialista. ¿Podemos creer todavía en su posible realización? Cometería un exceso al hacerlo, puesto que los intérpretes más fieles del dogma ya nos hablan de su caída irremediable. La sociedad socialista tiene características demasiado precisas para ser confundida. Fué su condición teórica la familia universal, sin frontera, sin ligaduras de prejuicios hereditarios, hecha para respirar a plena Tierra y a pleno Océano. A esta concepción política, emanada de la propiedad, sobre el régimen de la total socialización de producto y consumo, se añadía la reforma moral que implicaba a su vez la concepción laica del mundo, surgida del calafateo de los vulgarizadores científicos. ¿Qué han llevado a cabo de todo esto? El internacionalismo se hundió en la forma más baja. Hemos visto a los diputados socialistas de Alemania sancionar primero los empréstitos militares, que son el origen efectivo de la conflagración actual, y los hemos visto después justificar la guerra de conquista del kaiser, con los argumentos más repulsivos. ¿Quién no ha leído la carta del viejo Bernstein, quién ignora que legisladores socialistas como Südekums sirvieron de

agentes secretos del gobierno imperial en Rumania y en Italia para disuadir a los trabajadores de estos países de su tendencia antigermánica? ¡Socialistas que proclaman la guerra, que aprueban la guerra! Ellos nos dirán que en los momentos trágicos de una nación no se filosofa, no se reflexiona: se siente.

Con esto certifican del modo más cabal la muerte del internacionalismo, la muerte de la Antipatria, antiguo travesaño de la doctrina, cimiento y cúpula del sistema de la perfecta felicidad social, emergente de las fórmulas de Marx, que ha creado una sociología con un criterio de contador y una metafísica colectiva con un concepto de estadígrafo.

Resulta, pues, que el antipatriotismo, o sea el carácter internacional del socialismo, se derrumba ante la primacía fundamental del sentimiento histórico sobre la hipótesis puramente intelectiva de la sociedad sin frontera. Son, por ende, patriotas, puesto que sus ideas cardinales se ahogan en el instante en que debían imponerlas. También han abdicado de sus principios morales. Un congreso socialista ha declarado que la cuestión religiosa es una cuestión privada. Quiere decir que no sólo nos permiten acogernos a las tradiciones heredadas del país, no sólo nos autorizan a cultivar la emoción duradera de los

lares paternos, sino que hasta abandonan a nuestro propio albedrío la dilucidación de los graves asuntos de conciencia. Desde que se juntan con los católicos en Alemania para derrotar a tal o cual grupo en las elecciones, nos toleran que esclarezcamos bajo nuestra exclusiva responsabilidad, los problemas relacionados con Dios. En cuanto a la propiedad privada, los socialistas no serán los primeros en apresurar su reorganización definitiva: el "Worwaers", de Berlín, es una de las más importantes empresas capitalistas, y el socialismo necesita mantenerla, a fin de combatir eficazmente el capital. No nos aflijamos; la evolución del capital continúa, y mientras llegue el final de su ciclo, los socialistas no serán los últimos en disfrutar sus beneficios.

¿Qué queda del socialismo? Ya sabemos que no se producirá el advenimiento que inspiraba, veinte años atrás, tan horrendas pesadillas al alma ingenua del conde de Mun. No lograrán condenarnos al falansterio soñado por el admirable utopista; no conseguirán someternos a la igualdad injusta acariciada por todas las mediocracias; no nos impondrán el régimen colectivista, cuya perfección de colmena seduce a los que conciben el mundo como un inmenso rebaño, cebado en satisfacciones vulgares, ajeno al do-

lor, que es inextinguible y eterno, y a las inquietudes solemnes que mueven nuestra esperanza y agitan el fondo más noble de nuestra vida. El socialismo ha fracasado como doctrina sistemática al claudicar en sus principios motrices. Subsiste únicamente el programa mínimo del socialismo, que ya no es del socialismo sino de los partidos inteligentemente organizados.

La fórmula más intensamente renovadora de ese programa puede ser sostenida por los conservadores. Se reduce a reformas aisladas. Así lo han comprendido los conservadores de Alemania, los liberales de Inglaterra, los radicales de Francia, y son ellos los que han plasmado en obra visible y creadora, las aspiraciones más justificadas de los socialistas. En los países europeos, esa legislación es el resultado de la labor convergente de los partidos todos, y en Alemania, las reformas sociales han sido hechas con un criterio esencialmente antisocialista. Es ya un lugar común citar las iniciativas del período bismarckiano, pero conviene repetir aqui que la situación jurídica del obrero en dicho país, las tramas defensivas que lo amparan, así como los cambios de otro orden, sin dejar de ser atingentes, tienen su base en la política del capitalismo y del conservantismo germánicos, encaminados contra la acción de la Democracia Social.

La totalidad de tan compleja tarea ofrece los rasgos inconfundibles de una constante y minuciosa anticipación a las exigencias socialistas, si bien esta sola situación denuncia la influencia ejercida por las masas agremiadas. Hoy, la Democracia Social alemana no es más que una agrupación tímidamente radical, desprovista del menor ensueño, del más mínimo matiz romántico, salvo los vagos devaneos de paz sin anexiones. Esa evolución han seguido en grado equivalente los partidos socialistas de Francia y de Italia. Se han nacionalizado.

Entre nosotros ocurrirá análogo fenómeno. ¿Debe temerse la acción socialista en la Argentina? No se debe temer las ideas; hay que practicar lo que tienen de bueno, que es el modo mejor de apartarlas de lo impracticable, que es siempre lo peligroso, pues toda quimera teórica engendra calamidades en la realidad. Mas, ¿contiene quimeras el programa mínimo? Ofenderíamos gravemente a los directores de ese partido si los supusiéramos imbuídos de poesía. Como su filosofía desconoce el misterio, su política rechaza el ensueño, y ésta es hoy la característica fija de los antiguos soñadores del bienestar humano. El socialismo es la única doctrina que excluye lo inesperado, que reglamenta el porvenir con la rígida precisión de una em-

presa anónima. Su acción se limita a una faz crítica, y esta acción es útil. Aportan su visión parcial sobre los errores actuales para que los núcleos burgueses — factores de realización, generalmente — se encarguen de conciliar el interés de clase, que aquéllos representan, con los intereses múltiples de la nación.

Ellos son los críticos enérgicos, otros son los creadores eficaces, y en tal sentido su concurso ha de ser saludado con respeto. Son inteligentes, son activos. No incurramos en la trivialidad de no creerlos sinceros; al hacerlo se correría el riesgo de parecérseles, puesto que difícilmente admiten la posibilidad de la buena intención o de la capacidad fuera de sus filas, cosa también explicable; ostentan con orgullo áspero la intolerancia producida por largos años de lucha silenciosa, sin la compensación inmediata del fruto de su siembra paciente.

Tengamos nosotros la amplitud de comprenderlo y de estimarlo. Ese batallar continuo en el aislamiento les ha dado una noción sectaria de las cosas. Por eso son absolutos y rígidos. Se contestará con la notoria objeción: nadie discute la necesidad de las reformas sociales, ni de la utilidad del socialismo como elemento progresivo, pero los socialistas de Alemania, Inglaterra o

Francia son alemanes, ingleses o franceses. No así los nuestros, extranjeros y naturalizados en su mayoría.

Es, en verdad, el punto esencial del debate provocado hace años, en el senado de la provincia, y suscitado posteriormente por el radicalismo. El problema se resume en el concepto nacional o antinacional de los socialistas. Pero, si esta tendencia ha perdido allí donde tuvo contacto con la realidad su fisonomía internacional, ¿cómo creer que entre nosotros mantendrá un aspecto destinado a llevarlo a la bancarrota? El problema, sin embargo, no es imaginario. Es, a mi juicio, un problema psicológico. Tomemos por caso a los diputados de la Democracia Social, que ha votado en el Reichstag los armamentos y la guerra, y podemos tomarlos por caso, ya que de Alemania ha salido la doctrina con su esplendor primitivo y con los indicios de su ruina presente. Intelectualmente internacionalistas y antipatriotas, afirmaron en sus comienzos, en la prédica inflamada de los fundadores, con el acento magnífico de Lassalle, con la voz dolorosa y errante de Heine, la patria unánime del mundo levantándose sobre los escombros de las patrias tradicionales. Estado reflexivo, duró lo que dura una convicción nacida de una hipótesis. Llegada la

hora augusta de la responsabilidad histórica, los socialistas se sintieron, antes que nada, ciudadanos de su país: la emoción del suelo natal obró con su calor instintivo más que las frías formas de raciocinio. ¿No hemos visto, acaso, en Francia, al antimilitarista más neto, más heroico, a Gustavo Hervé, predicar la guerra a los alemanes? ¿No hemos visto al dulce príncipe Kropotkin olvidar su vieja misión de profeta rebelde y salir de su destierro de Londres para incitar a las multitudes de Rusia contra el imperio germánico?

La ternura de los lares venerables, el eco del hogar ancestral, recobró en esas almas su borrado prestigio. Mas, si aconteciera en la Argentina un hecho semejante, ¿cuál sería la actitud de los diputados socialistas venidos de otras naciones? Sin el vínculo suficiente con la tierra, ¿se sobrepondría en sus espíritus el derecho maternal de esta tierra al árido pensamiento de La Internacional? He aquí la cuestión. Hay que analizarla en la política cotidiana, hasta que los socialistas nos digan si su condición de tales es secundaria en relación a su carácter de argentinos.

Tengo la certidumbre de que se irán nacionalizando poco a poco. Se irán despojando de la inútil hojarasca teórica hasta con-

vertirse en partido argentino, cambio anunciado ya por los desgarramientos sufridos y las divisiones palmarias, en medio de las cuales, la agrupación más antigua, la genuina, ocupa un lugar intermedio. Perderán lentamente su sequedad doctrinaria, su aspereza verbal, su acritud tendenciosa. Verán que si el presidente Sáenz Peña pudo devolvernos la libertad comicial, los grupos burgueses o conservadores podrán colaborar con ellos en la tarea ya empeñada de lo que se llama con acierto la solidaridad social. Pero, esa argentinización necesaria no ha de ser exclusivamente espontánea. Queremos que vengan gentes de los lugares más lejanos a compartir con nosotros el beneficio de una existencia accesible y grata, que mezclen, con las nuestras, sus energías ávidas, sus aptitudes deseosas de objetivo compensador; mas ha de ser con una finalidad igualmente común, la finalidad de la patria. Es decir, así como cambian su idioma por el nuestro, para entenderse con nosotros, así deben cambiar sus sentimientos por los nuestros, para que entren al seno de la amistad argentina. Para lograrlo, urge evitar el acceso demasiado rápido, y de ello se encargaría una ley más oportuna de ciudadanía, a fin de que el naturalizado haya tenido tiempo de familiarizarse con el país y haya adop-

tado la nueva patria, no sólo por la conveniencia, sino por el sentir que lo aproxime al destino de la nación, mezclado con su cultura, inquietado por su amor.

Es lo que ha de hacerse en buena lógica. Es lo que se conseguirá. Nuestra tierra produce el milagro de confundir en una sola simpatía, en un solo amor, a los que se acogen a ella y someterlos a la gravitación de sus designios colectivos.

Si hay una doctrina que no es temible como factor revulsivo es precisamente la doctrina socialista. Fué una fuerza de revolución cuando el derecho individual era todavía una utopía. Hoy es el socialismo una fuerza retardaria dentro de la órbita de sus antiguos anhelos de transformación. En efecto, ¿qué es el viejo socialismo como capacidad impulsiva al lado del maximalismo, confuso y tronante, pero lleno de enorme vigor? Es una cosa tímida, flaca y pobre.

El menor argumento que se puede hacer, la menos eficaz objeción que se puede formular contra el socialismo es su índole antipatriótica. Y no es porque sean patriotas los socialistas, sino porque el patriotismo es inmortal de por sí. Ningún movimiento reformador de las sociedades se ha substraído en miles de años de historia a la influencia honda y cardinal de la nacionalidad. El cris-

tianismo determinó características nuevas en la nacionalidad, heredada del mundo antiguo; la invasión de los bárbaros completó, con su ingerto poderoso en los grupos clásicos, esa elaboración íntima de los pueblos; la Revolución Francesa dió origen, con la conquista de la libertad, a la patria moderna, fundada en el destino común de grandes núcleos humanos y no, como en la edad media, en el amparo y en el usufructo del príncipe y del señor feudal.

La transformación de la sociedad actual tocará el organismo económico, barrerá los prejuicios subsistentes, modificará las formas de relación social, pero no desarraigará del alma humana el sentimiento profundo y trascendente de patria, la evocación familiar de las aglomeraciones homogéneas, la poesía doméstica de los conjuntos regionales.

Hay un separatismo superior al contrato constitucional de los países, cuya raigambre entrañuda y lejana persiste a través de las fórmulas más coercitivas y de las adaptaciones políticas más dominadoras. Es el separatismo inconcreto de la raza, de la tribu, de la región, que diferencia al catalán del vasco, al yanqui del inglés, al siciliano del romano. Este separatismo es el sentido instintivo de la vida patriótica. Es imborrable e inextinguible. Lo será todavía por mu-

chos siglos, porque no es un hecho directo y externo, sino un fenómeno psicológico.

El patriotismo del señor Irigoyen, el de los políticos que lo expresan y lo resumen, no es el adelantado y fecundo de la formación de una gran nacionalidad, plasmada en la justicia y dignificada por el esfuerzo unánime hacia el bienestar y hacia la elevación de la existencia. Por eso, su rencor a los socialistas y al socialismo arranca de la frecuencia de apellidos extranjeros en esa agrupación o de la fraseología ya inactual de sus propagandistas, que encierran un internacionalismo huero y estéril, destruído para siempre al estallar la guerra de 1914. Por lo que hay que combatir a los socialistas es por su árida concepción de los deberes del hombre, por su mezquina y ruda concepción de la vida.

No lo advierte el señor Irigoyen ni sus divulgadores públicos. Y no lo advierten porque profesan, en realidad, la misma concepción y tienden exclusivamente al predominio político, triste cosa, mísera cosa, pues tal predominio es fatalmente efímero y sustancialmente bajo si no echa raíces en un amplio ideal, en una bella esperanza. Algo distinto es el argentinismo. El señor Irigoyen y sus radicales más típicos creen profesarlo. Sólo consiguen revelar con su acti-

tud la primaria vestidura moral del paisano inadaptable a los nuevos hábitos filosóficos y a las nuevas ideas de nación y de sociedad.

El verdadero argentinismo, el bueno y el necesario, consiste en un concepto distinto. Es el de Sarmiento, el de Mitre, el de Alberdi. Es la persistencia del sentimiento original de la libertad y de la justicia, mejoradas progresivamente en la acumulación de beneficios superiores, cuyo conjunto eleve y enaltezca el alma argentina, haciéndola perdurable.

El monstruo de Flaubert

El triunfo casi unánime del radicalismo permite ahora sostener a sus partidarios esta doctrina interesante: el señor Irigoyen ha hecho bien en intervenir las provincias, pues la mayoría obtenida prueba que se debía impedir la acción electoral de los gobiernos anteriores. Es una especie de doctrina pangermanista, inventada después de los hechos consumados, y que encierra en su compacto rigor la violencia característica de los sistemas germánicos. Pero, no por haber triunfado, ni por afirmar el triunfo con semejantes argumentos, tendrán más razón. Por encima de las minucias de la política de imposición y de invasión, el señor Irigoyen deja ver un plan concreto, una tendencia fija. Este plan, esta tendencia, uniformados en su diaria tarea de jefe de partido con sede en la Casa Rosada, ofrecen los datos necesarios para deducir los resultados posteriores. El señor Irigoyen vá al unicato, es decir, vá al régimen que dió origen a su agru-

pación y que la agrupación calificó con el vocablo definitivo. Hay tan solo una diferencia. El gobierno que entonces provocaba el unicato se valía para ello de elementos troncales, difundidos en los distintos estados del país. El señor Irigoyen tampoco omite estos medios, repudiados por la prédica de sus adictos. La variante consiste en que coinciden con la anuencia popular.

Los que creen tal cosa no incurren, ciertamente, en exageraciones suscitadas por la adversidad del momento. Lo demuestran los actos del señor Irigoyen. Un presidente que interviene las provincias y las disciplina militarmente en la sumisión a su credo, a su secta, ante el temor de un fracaso eleccionario, no difiere de aquellos a quienes ha fustigado en los conciliábulos de las conspiraciones y en las tenidas obscuras de las tramas sediciosas.

El señor Irigoyen no tenía, hasta hace pocos meses, la certidumbre de su propia popularidad. Suponía que el pueblo de las provincias permanecería dividido y optaría por las viejas divisas si estas continuaban con representantes activos en el poder. Esta hipótesis, fundada en presunciones exactas, le indujo al implacable pisoteo de los preceptos constitucionales y al derrumbe vertiginoso de lo que constituye el apostolado legalista del

partido. No quiso someterse a careos francos y leales con el enemigo. Prefirió derechamente la victoria sin discusión posible, por virtud de la fuerza aplanadora de sus agentes. Bien lo pintan las intervenciones de Corrientes y Mendoza, donde los delegados federales, llena la boca de pureza cívica, renovaron los peores procederes de ese oficialismo escandaloso que nutrió por tantos años la evangelización de los patrones de hoy. Podía el señor Irigoyen aducir en su defensa algún raciocinio si se hubiera mantenido en los límites de una prudente mesura, si hubiese proporcionado a los adversarios la más mínima ilusión de imparcialidad. Podría, de ocurrir así, alegar un distingo en su favor con respecto a los gobernantes catalogados entre los opositores por sus capitanes de fila. Lejos de acontecer tal fenómeno, se ha visto que el propósito exclusivo de la política oficial se circunscribía simplemente a la voluntad imperiosa de ganar las elecciones, sin desconocer recurso, por ilícito que fuera, sin apartarse de los procedimientos del pasado, y no del pasado común, corriente y reciente, sino del pasado de los unicatos.

Ello se explica. El señor Irigoyen retorna al unicato y se engancha inevitablemente en los picos más agudos del género. Así como

toda política de elevada finalidad y de hondo concepto moral se ejerce, en cualquier época y en cualquier país, con medios análogos, la política inferior, la de vuelo a ras de acera y de objeto bajo, se logra siempre con métodos idénticos. Lo sabe el más mediano cultor de letras históricas. Sábese, en efecto, que los tiranos de los más diversos períodos acusan sorprendentes rasgos de similitud, una especie de homogeneidad fundamental que emana, sin duda, de la misma deformidad de espíritu. El unicato, forma de tiranía disimulada, que tuvo en nuestro continente su culminación mansa y terrible en el abolido Porfirio Díaz, sugiere a los que caen en la tentación de practicarlo, igual conducta y parecidas formas de exteriorización.

Dirán los justificadores sistemáticos del oficialismo imperante, destructivo de lo que es norma de tradición saludable y eje de estabilidad ordenada, que las objeciones se refutan con el consenso del pueblo, manifestado en los comicios. Sería eso escoger caminos peligrosos. Contestaremos a fórmulas tan cerradas de dialéctica con otras no menos concluyentes: Rosas era popular. La plebe rural y suburbana lo respetaba y temía, como temía y respetaba a sus rojos ejecutores. Ese apogeo de chusma no impidió

que la hostilidad de los cenáculos de hombres selectos—Mitre, Sarmiento, López, Alberdi—le cavaran su huesa en lo inmediato y en lo mediato, en la vida y en la historia, pues esta es la obra acumulada de las almas superiores y cuenta más que las sacudidas bruscas, momentáneas y pasajeras, que las estratificaciones que acolchonan las sendas: la paja da el volúmen externo de la parva mientras las espigas definen su valor efectivo.

Por otra parte, la autentificación de los atropellos del señor Irigoyen por la abundancia del sufragio electoral pertenece a una lógica poco afortunada. Es el sofisma de la lógica plebiscitaria: el pueblo no yerra.

Así se afirma con dogmática seguridad, y cuando yerra visiblemente, el carácter unánime del error convierte a éste en un acierto más, según lo declara el proverbio. El ejercicio ya largo del voto popular viene probando que esa teoría no es muy exacta. El pueblo yerra por lo común, y sus yerros no pueden interpretarse como resoluciones laudables. Resulta así, sin embargo, por lo fatal del caso. Siendo irremediable, se acaba por no lamentarlo. Siendo inevitable el extravío de las masas, se prefiere dar a su actitud el sentido misterioso del destino. ¿Quién discute los designios ocultos? De esta manera la sanción decisiva de la sobe-

ranía se ofrece como un azar inescrutable. Se apela al pueblo con la misma lógica con que se convocaba en los siglos lejanos al juicio de Dios.

Entre nosostros se hablaba del sufragio universal con más intensidad que en otras partes. Somos en eso bien españoles: no tenemos ideas de política ni fundamos nuestra acción en propósitos constructivos; pero, en cambio, vivimos ocupándonos de todo lo que se relaciona con la política. No tenemos toros; nos concretamos a los discursos. El voto, la libertad del voto, la autenticidad del voto, fueron por muchos años el tema de los periodistas y el asunto primordial de los opositores. Aquí ha ocurrido este fenómeno extraordinario: un partido — el radical — ha luchado durante un cuarto de centuria para conquistar el derecho de urna. Su programa se redujo a tan breve pensamiento y su voluntad a tan pequeño objetivo. Ninguno de sus próceres expuso jamás su punto de vista sobre problema alguno. Desde el primero hasta el último miembro de la agrupación se limitó su existencia a la prédica sufragista, a cuyo amparo se tramaron revoluciones y se conspiró permanentemente contra la tranquila evolución del país. Nada importaba a los apóstoles de la honradez electoral. El progreso de la nación, el creci-

miento de la riqueza, el aumento considerable de la civilización colectiva, no interesaban a los ardientes propagandistas del voto redimido.

Cosas épicas, cosas múltiples sucedíanse ante su fosca indiferencia. Querían únicamente el voto libre, o sea el voto desprovisto de la posibilidad de ser forzado en favor de los grupos adictos al gobierno. Naturalmente, en esa pertinacia se atribuía al pueblo el don maravilloso de la clarovidencia, la aptitud suficiente de intervenir con su juicio en los complejos negocios del estado. Un buen día, el pueblo recibió el regalo inesperado, y cuenta desde 1912 con la pesada suerte de imponer su fallo exclusivo. En virtud de semejante prorrogativa, el partido radical ha reemplazado a los nefandos usurpadores. Conviene recordar esto: el radicalismo ha vivido clamando por la redención del sufragio con el objeto — substancial en política — de llegar al gobierno. Ahora lo posee con ímpetu frenético y sigue profesando el principio de siempre, o sea el voto en sus infinitos aspectos de milagro, con tal de que sea ejercido en su favor y no en el de núcleos adversos que incurren en la siniestra blasfemia de querer sustituirlo alguna vez.

¿En qué consiste la cualidad del sufragio tan duramente conquistado? Los radicales

han obtenido, en las distintas elecciones del país, ruidosas mayorías. Las expresiones de esas mayorías no suponen una tendencia ideológica ni una inclinación ostensible hacia una política dada. El señor Irigoyen hace hoy lo que ayer censuraba, acepta más tarde lo que a la mañana le parecía abominable. En suma, a fuerza de no tener principios fijos de acción ni rumbos notorios, oscila de tentativa en tentativa y sintetiza su obra más gruesa y más neta en el programa de tironear a los adversarios caídos.

Si esto pasa con el gobierno central, algo peor ocurre con los de provincia. Ofrecen escándalos a diario y si no es fácil juzgarlos por lo que se proponen, resulta, por lo menos, sencillo examinarlos en su violencia y en su grosería. A pesar de esto, las mayorías siguen sufragando por sus listas, es decir, siguen de acuerdo con su actitud. ¿Cuál es, por lo tanto, el ánimo del electorado? Consiste evidentemente en manifestar su odio. Es esta la pasión plebeya por excelencia, y ella se exterioriza rotundamente en los plebiscitos. Cuanto más auténtico es un plebiscito más representa el odio anónimo de las muchedumbres. Odia a los que están en el poder.

Los de ahora son muy recientes y el pueblo no se ha acostumbrado aún a considerar-

los como los poderosos del presente. Los acepta con su incapacidad, con su torpeza, con su falta de moral superior y con su falta de responsabilidad. Para el pueblo tienen el mérito de ser distintos de los hombres que gobernaron en diversos períodos y probaron, si no su buena fe política, su idoneidad para el espinoso oficio de dirigir el estado. Dentro de un tiempo, cuando los radicales hayan formado un elenco menos cómico y lleguen a ser efectivamente útiles, el vasto electorado dará la mayoría a los conservadores. Se habrá cansado del señor Irigoyen o de sus equivalentes y los odiará vengándose con el voto. Es la ley del plebiscito, es la ley que rige el instinto popular. Lo curioso es que los partidarios del sufragio universal cifran en éste la razón única de los buenos gobiernos. Los que no proceden de la sanción mayoritaria en el sentido absoluto, reciben la clasificación depresiva de oligárquicos.

La oligarquía es para los doctrinarios irreductibles del sufragismo algo así como los siete pecados capitales amasados en una sola monstruosidad. Son, no obstante eso, oligárquicos a su vez, pues el gobierno es de por sí un fenómeno de oligarquía. La democracia no es más que la organización metódica del oligarquísmo, ya que confina su ideal

en la selección sistemática de los mejores. Es esta una afirmación vulgar, o si se quiere una verdad de escuela primaria. ¿Garantiza el sufragio universal, honestamente practicado, el triunfo seguro de los mejores? La presencia de los radicales en el gobierno demuestra cabalmente lo contrario. Siempre ocurre y ocurrirá así. Donde las clases dirigentes de los partidos ofrecen diferencias notables de cultura y de aptitud, el sufragio universal es un peligro.

En Francia, en Inglaterra, en Italia, donde los hombres directivos de las agrupaciones políticas poseen las condiciones requeridas para gobernar, el voto del pueblo es menos susceptible de producir sorpresas como las que experimentamos nosotros. En cambio, aquí, sufrimos la consecuencia de la doble falta de preparación: la del elector y la de los electos.

Así es; no puede ser más absurda la doctrina de que para gobernar no se necesita aptitudes especiales. Siendo una ciencia y un arte, es natural que los electores no posean nociones, así sea elementales, de la especialidad. No se les exige. El pueblo sabe que se necesita saber medicina para curar e ingeniería para levantar puentes y trazar caminos, pero cree que nada se necesita para saber gobernar, que es más difícil que tra-

zar un camino y curar a un enfermo. Para optar siempre por el que más se le parece, por el que resume con más exactitud sus odios profundos, sus envidias cavernosas, su perversidad anónima, elige, cuando vota sin limitaciones, a los oligarcas de la inferioridad. Conduce al gobierno a los radicales para saciar su rencor contra los gobernantes anteriores y no porque puedan hacer algo bueno o algo noble; los electores socialistas eligen a Justo y a Bravo no por su inteligencia o por sus ideas, sino porque representan un odio: el odio de clase. Son socialistas por lo antiburgueses y no por un sentido de justicia social o de elevación de la sociedad.

La lógica plebiscitaria es orgánicamente una lógica tan irracional como la de la fuerza. Tienen razón, porque son los más; es la razón brutal del número, y justificarla es igual que reconocer la legitimidad de un disparo de revólver contra una persona que argumenta con datos y con ejemplos. Es absolutamente lo mismo. Claro está que la razón del mayor número sería estimable si procediera de un electorado de densa cultura y de difundida preparación. Un pueblo en tales condiciones se ocuparía de todo menos de votar, porque el gobierno le resultaría un mecanismo inútil. Se reduciría, como en las

sociedades utópicas imaginadas por los escritores y los filósofos, a seccionamientos gremiales para encargarse de la repartición del trabajo y del sustento. El sufragio universal en un país sin preparación suficiente conduce a sus representantes a la obediencia sumisa al electorado. Y el absurdo es monstruoso: obedecer a un pueblo que ignora, cuando el ideal del gobierno es desobedecer precisamente sus malas pasiones para mejorarlo y enaltecerlo con obras cuya comprensión está fuera de su espíritu y fuera de su voluntad.

Si los gobernantes interpretaran con dócil fidelidad el verdadero e íntimo sentido de las inmensas mayorías, no existiría progreso, porque éste contradice habitualmente las concepciones populares de los problemas públicos. Imaginemos por un instante a los fundadores del matrimonio civil, de la ley de enseñanza y de los ferrocarriles, — tres aspectos distintos y cardinales de nuestra evolución — como entidades expresivas de la sanción plebiscitaria en su origen político. Si hubieran querido someterse a los sentimientos rudimentarios y a las ideas retrógradas de su electorado, aun predominarían los conceptos de estado de aquellos legisladores que se reían de Sarmiento cuando proponía la creación de ferrocarriles.

El señor Irigoyen se ampara en la lógica plebiscitaria para tender las líneas de su política de unicato. No debemos discutir lo que hará, una vez llegado a la plenitud de su pensamiento. No es difícil deducirlo. Hará lo que han hecho todos los presidentes al encaramarse en tan equívoca máquina: caerá de su máquina y caerá en el olvido y en la hilaridad, después del ascenso majestuoso en las alas presuntas de la ley y de la virtud. Es, por lo demás, la historia de los unicatos. La dictadura de Rozas lo fué en sus extremos más horribles y se hundió en un charco de sangre . Fuera de aquella dictadura, conoció el país dos tentativas de unicato, la que terminó con la reventazón de 1890, germen confuso del radicalismo actual, y la que concluyó triste y opacamente con la elección de Sáenz Peña. Los rasgos externos del predominio oficial de 1890 denunciaban una solidez engañosa. Parecía predestinado a perdurar en sucesores adecuados. Pero la uniformidad del mando y la unánimidad de la obediencia engendra afortunadamente potencias incontenibles de reacción. Tan es así que de la política de 1890 derivan los primeros núcleos rebeldes y nace la sedición y la revuelta. El gobierno vence militarmente la revolución, pero en cambio no puede vencer al espíritu público, que al advertir lo anóma-

lo de la situación rodeó al circulillo de la Casa Rosada con la soledad vindicativa, más dañosa que el motín y más eficáz en su fallo que la acción de las armas. El gobierno tuvo que dejar su sitio; y esto que no se trataba de gente absolutamente mediocre. Juárez Celman, persona de cultura y de estirpe, había realizado obra y a su grupo pertenecían hombres capaces que más tarde ilustraron el país con su dedicación al beneficio colectivo.

A raíz de la muerte de Quintana se inicia el segundo unicato político, breve y agresivo, con cuyo acto esencial, la clausura del congreso, coincidió el corazón puro del señor Irigoyen, según lo demuestra el telegrama célebre al doctor Pedro C. Molina. Unicato de intervenciones, de policías electoras, de agentes de opresión, dura, no obstante el poder difundido y las riendas sujetando las más remotas zonas de la república, tan poco como lo permite el marco constitucional del período. Fenecido éste, el beneficiado del sistema, el directamente favorecido por una elección sin posibilidad de contienda, se vió obligado, por un sentimiento moral, por un impulso de mentalidad proba, a desagraviar a la opinión pública, a disculpar el origen turbio con una acción reparadora que resulta de castigo instantáneo para los sostenedores más responsables del gobierno espira-

do. La reforma de la ley electoral es en realidad un desagravio que brinda Sáenz Peña a la Nación. Los legisladores que la votaron la rechazaban en el fondo de su intimidad y comprendían que era el cuchillo de su exterminio. La aprobaron sin embargo, porque no se atravieron a resistirla, por no sentirse con la autoridad necesaria para ello; provenían del unicato reciente y se daban cuenta que los sofocaba el aislamiento sucesivo a todo unicato.

A pesar de tan ciertas experiencias, el señor Irigoyen no se arredra. El unicato, o sea la imposición incuestionable del poder, le alucina hasta confinar su gestión en el último extremo de la tiranía pacífica. Y el señor Irigoyen ni siquiera se apoya en hombres de reconocida valía y de méritos suficientes como para hacer concebible la esperanza de algún ensayo benéfico. Aquellos tenían inteligencia y asi mismo eran insoportables como padrón normal de un estado; los de hoy no poseen tan primordial cualidad y aspiran a la canonización. El señor Irigoyen afronta con extraordinario aplomo una situación de aventura de consecuencias previsibles. La dictadura tienta y tienta especialmente a los mediocres, por carecer de condiciones avalorables para sobresalir en un régimen de libertad y de crítica. Desea suprimir con la

unificación incontrovertible de los medios de dominio los puntos de comparación, las medidas de sano equilibrio que constituyen la esencia de la vida democrática. Los partidarios contestaron a esta reflexión, aparentemente casuista, sosteniendo que la influencia de Roca, aparte de sus dos períodos de poder directo, se prolongó por largo tiempo. Recordemos que la extensa influencia de Roca nunca tocó los bordes del unicato. Sólo la propaganda partidista, nublada de prejuicios heredados y de odios nacidos en la lucha, pueden confundir manifestaciones tan distintas de la acción gubernativa o del prestigio personal. Roca es el postrer organizador de la república. Es también el último jefe de agrupación que continúa la línea de los partidos históricos. Llega al gobierno después de haber borrado las fronteras internas, problema sin cuya solución no se concibe la verdadera unidad del estado. Desde el gobierno, prosigue la gran obra de cohesión nacional, o sea, recoge el programa de Mitre, de Sarmiento y de Avellaneda, de dar a la nación el espíritu de homogeneidad que solo vivía en los conceptos abstractos de la doctrina constitucional. ¿Podía entregar al país a su absoluto albedrío, para que logre en la práctica las aspiraciones teóricas de los constitucionalistas y de los fundadores? Te-

nía que recurrir fatalmente a los elementos aborígenes para aproximarse a aquellas formas, demasiado prematuras, por cierto, con relación, a la realidad del medio social. Entonces, se valió de los factores más directos y más útiles para obtener el fin buscado: empleó en la vasta obra el esfuerzo de los caudillos locales, cuyo arraigo y cuya eficacia aseguraban de antemano la paz duradera y la posibilidad de dedicarse al trabajo creador. Las provincias eran los enemigos naturales del centro regulador y propulsor de la república, es decir, de Buenos Aires. Tradiciones políticas, disidencias agravadas por la guerra civil, intereses divergentes, daban a cada región un carácter asperamente individualista, que dificultaba la definitiva formación de la familia argentina. La autoridad autonómica de las provincias se resumía en la permanente actividad disolvente de los caudillos. Roca convirtió a esos caudillos en colaboradores de su plan. De este modo, lo disolvente se volvió conciliador y lo agresivo se tornó susceptible de docilidad. Con este sistema, que dió lugar al adormecimiento de las fibras cívicas en el sentido de la crítica, se consiguió algo más valedero y precioso: la cohesión nacional, la concreción de la fisonomía del país. Roca extinguió los gérmenes de la *South América* ancentral que se revol-

vía en el organismo argentino obstaculizando esa fusión profunda, sin la cual la Argentina no se diferenciaría aún de las pequeñas y desventuradas naciones del continente, dominadas siempre por la anarquía y por los fermentos mortales del revolucionarismo militar. Roca desmilitarizó el país dándole la vitalidad y el carácter de una masa consistente y animada.

Nada más lejos del unicato que la política de Roca. Roca hace la política de la cohesión reduciendo a su causa a los elementos de disgregación. Al bajar de la segunda presidencia dejó al país formado moralmente y materialmente capaz de afrontar el porvenir. La tranquilidad interior, mantenida durante un tiempo considerable, permitió el comienzo de la evolución múltiple cuyo cuadro nos aparta de las repúblicas inopes, sumidas en la revolución perpétua, a fuerza de miseria, y ahogadas en la miseria a fuerza de no salir de la revolución. En la actualidad, los gobiernos no tropiezan con tales problemas. Su acción se circunscribe al estudio de las cuestiones técnicas y de la orientación espiritual. No se plantean ya debates institucionales y esto sólo ocurre cuando, los gobernantes, como hoy sucede, subvierten las instituciones. El señor Irigoyen no hará la paz interna porque ya está hecha; no fijará las

normas constitucionales por que el proceso constitucional del país se ha elaborado. Su deseo de unicato es, por ende, un simple afán de predominio y de perpetuación. Es esto lo que traerá su derrumbe.

La victoria popular será efímera. Así como la duración exagerada de los grupos descendientes de los partidos tradicionales, engendró, por sus malos intermedios, el ambiente radical, la persistencia abusiva del radicalismo gobernante, sin aptitud de gobierno, engendrará a su vez el ambiente contrario, con la ventaja para el país de formar en la disciplina opositora a núcleos de pensamiento, que lleven en su propósito algo del futuro y lo mejor y lo más conservable del pasado. La oposición ha petrificado al señor Irigoyen y a su gente en la ineptitud y en la protesta negativa. La oposición, que empieza a corporizarse, constituirá en lo venidero una escuela fecunda de crítica y de acción.

Si el señor Irigoyen hubiera disuelto a su partido, dándole por contorno final la conquista del sufragio, y hubiese llamado a la actividad productiva y seria a los hombres aptos, borrando así la fronteras de odio sectario, su presencia en el gobierno hubiera adquirido un significado importante. Pero ha optado por el odio, ha llevado al gobierno el principio de la venganza. No supo ser

vencedor y por eso será vencido. Con su oposición se renueva, a medio siglo de distancia, el vejámen de Rosas. No se da cuenta, en cambio, que Caseros puede renacer en cualquier aldea. El señor Irigoyen quiere ser un alud de gauchage. Esto es peligroso. Resucitar el pasado es hundirse en el pasado, pues se determinan por lógica elemental los mismos sucesos que concluyeron con él. El señor Irigoyen no ve el porvenir. Cree que es factible gobernar con pasiones regresivas y con astucias de comité. Apesar de las expresiones desoladoras del sufragio libre, apesar del error del pueblo, el país se encamina hacia sus altos destinos y el que intente detenerlo, resurgiendo lo arcáico, quedará aplastado bajo el peso de la mole enorme. El señor Irigoyen roe su propia base, como el monstruo de que nos habla Flaubert. Era un mónstruo del mundo primitivo, híbrido e informe, que acumulaba bajo su cuerpo formidable la resaca de las riveras y el cieno de los pantanos. Su cabeza caía hasta el suelo, porque era un órgano inútil a su vitalidad embrionaria, desprovista de las aptitudes múltiples y delicadas de los seres completos.

El Catoblepas carecía hasta de la noción elemental del dolor y por eso se comía sus propias extremidades sin sentirlo.

El señor Irigoyen forjará con su obra la oposición inteligente y enérgica de los partidos dispersos, disciplinándolos en una tarea común de acción fecunda. Catoblepas de la política, se destruirá a sí mismo. Será su fin inevitable y su único mérito.

FIN

INDICE

Gerchunoff, Alberto
El nuevo régimen


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 21 25 13 001 7